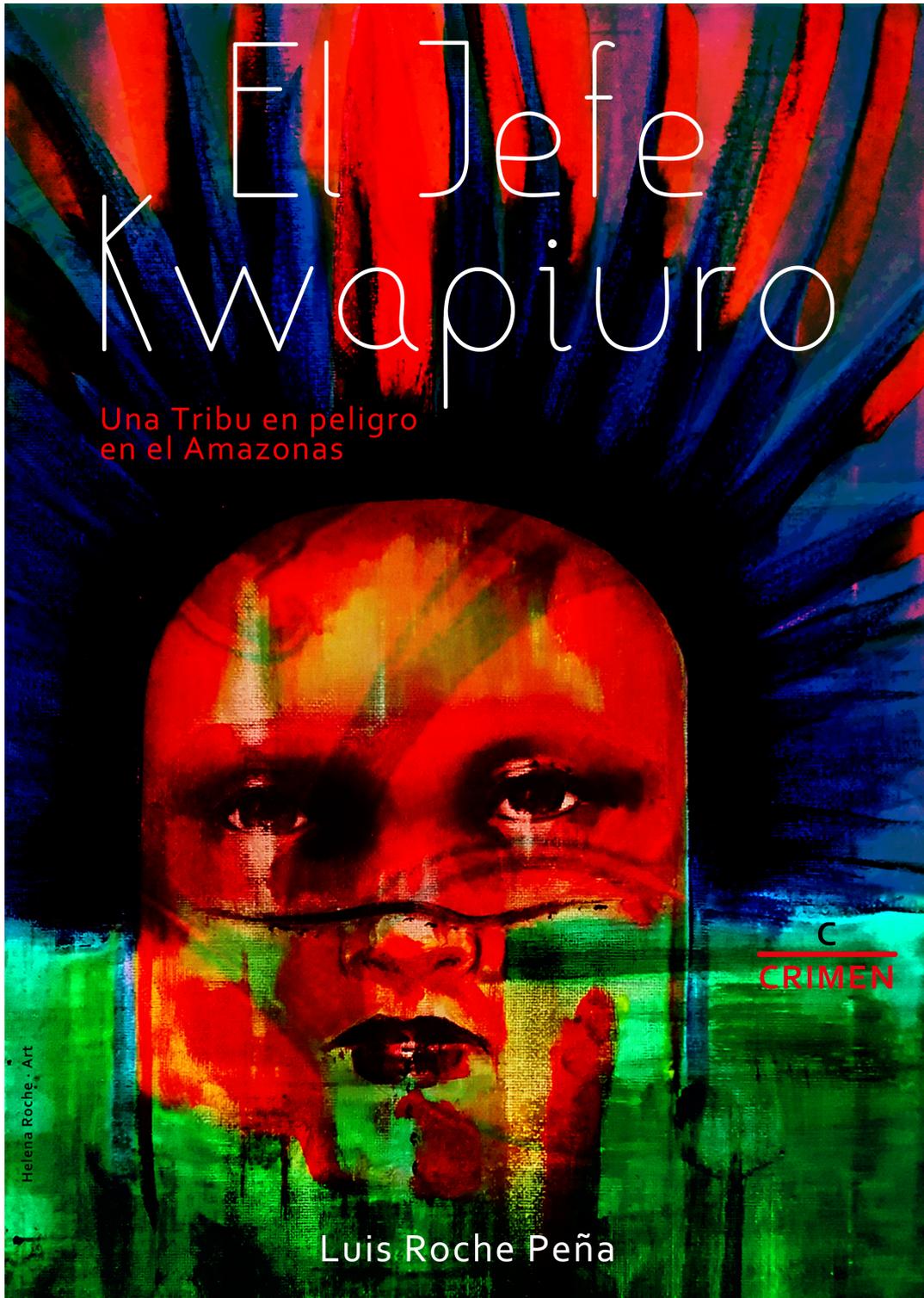


# El Jefe Kwapiuro

Luis Roche Peña



# Capítulo 1

Dedicado al *Jefe Raoni Metyktire*

Los nombres y hechos concretos de esta novela son ficticios, si bien hechos parecidos suceden y han sucedido realmente. No se refieren a personas reales ni tratan de insinuar ninguna relación de lo narrado aquí con personas reales.

Pero es cierto que los intereses comerciales matan a los Pueblos Originarios y destruyen la Amazonia.

*Portada: Helena Roche Art*

Prefacio

*"Tus actos establecen la diferencia"*

Lucía Mouto y Pedro Aluche bajaron del coche de la hermana Muriel. Ambos se despidieron de ella con dos besos y caminaron por una vereda que se abría a un lado de la carretera, hacia el norte de la región de Mato Grosso Do Sul, donde su comunidad tenía una serie de actividades, desde servicios religiosos y catequesis hasta una pequeña oficina profesional de defensa jurídica de la población autóctona, que pertenecía a etnias muy diversas.

Había mucho que hacer. Las tribus nativas se veían expulsadas de sus territorios ancestrales y se convertían en mano de obra esclava, o casi. Había un gran desarraigo social. Quienes habían conocido el paraíso, descubrían de pronto la miseria. Se les llamaba 'indígenas', que provenía de la palabra 'indigente'. Perdían su cultura.

En Brasil, como en toda la América Latina, la religión no tenía tan mala prensa como en el continente europeo. El valiente activismo que demostraban las llamadas 'comunidades de base' y algunos obispos y

sacerdotes frente a los abusos de las minorías adineradas, las multinacionales y los intereses de los latifundistas les habían valido el respeto de los militantes de izquierda.

Las comunidades de base seguían el liderazgo de la Pastoral de Sao Paulo y su obispo Pere Casaldàliga cuyo ejemplo había marcado la pauta en Brasil. Y el ejemplo de personas como Monseñor Oscar Romero y otros. Se añadía a ello la actividad evangelista y los movimientos como los 'Sem Terra', de signo marxista, muy preocupados por la pérdida de tierra a manos de grandes terratenientes que a veces eran multinacionales que culpaban a las etnias autóctonas del perjuicio que ellas mismas ocasionaban al ecosistema.

Naturalmente, tal activismo les creaba enemigos, a veces temibles y crueles.

Debido a esa razón, una tribu guaraní kaiowá había organizado un encuentro con varios jefes representativos de otras tantas tribus en su territorio. Habían solicitado asistencia jurídica ante el Alto Comisionado para los Derechos Humanos y ante el Fiscal Ambiental de Brasil.

Lucía era abogada y colaboraba a menudo en el pequeño despacho instalado en la comunidad católica de Campo Grande, que era la capital de la zona. Pedro era su colaborador en esta tarea, y llevaba los papeleos. Una especie de procurador voluntario.

Lucía y Pedro, en su calidad de encargados del gabinete jurídico de su comunidad (que solían llamar 'la misión'), se habían ofrecido voluntarios para recoger las solicitudes de los jefes nativos y darle forma jurídica adecuada para los ojos de las Naciones Unidas y el Fiscal Ambiental.

A los pocos minutos, la jungla les rodeaba. Caminaban por una vereda casi imperceptible, que los kaiowás habían preparado a golpe de machete para que pudieran seguirla.

Lucía percibió algo fuera de lo habitual. No había monos saltando, y de vez en cuando unos pájaros abandonaban los árboles que tenían delante a lo largo de la vereda.

–Nos están vigilando –comunicó a su compañero.

–La verdad, eso me tranquiliza –dijo Pedro mirando de hito en hito a la espesura–. Vete a saber qué bichos habrá por ahí.

Lucía soltó una carcajada.

Siguieron caminando prudentemente durante una hora, aproximadamente. De pronto, escucharon ruido de ramas detrás suyo.

–Eso no son kaiowás –dijo ella.

De repente, una ráfaga de ametralladora arrojó a Lucía al suelo, llena de sangre. Otra más acabó con Pedro.

Dos individuos sudorosos salieron de la jungla y uno de ellos montó una pistola automática y remató a ambos de dos disparos. Se escuchó ruido en los árboles, y luego el silencio invadió el lugar. Los dos sicarios dieron media vuelta y volvieron sobre sus pasos.

La comunidad a la que pertenecían las víctimas denunció su desaparición.

Joao Silvestre tenía unos cuarenta y cinco años, veinte de los cuales había sido policía. Quince de ellos en Río de Janeiro. Primero agente, luego... Luego se enfrentó a su Departamento debido a las actividades paralelas de algunos de sus compañeros, siendo trasladado a instancias de Asuntos Internos a la Criminal de Campo Grande. Era un hombre delgado, con aspecto un poco filosófico, un mostacho bastante generoso y un inspector minucioso y dedicado. Había estado casado, pero de eso hacía muchos años. Le hubiera gustado tener hijos, pero la vida no le había concedido ese deseo. Quizá por ello el horror que le sacudió cuando conoció las actividades de algunos agentes en su tiempo libre le empujó a intentar detener los asesinatos de los niños de la calle, que estorbaban a los comerciantes de la zona, que pagaban un dinero para librarse de ellos, 'como fuera, eso no les importaba'.

El equipo de la policía encabezado por el inspector de homicidios Joao Silvestre descendió del vehículo y el guía guaraní les indicó la senda que Lucía y Pedro seguían cuando fueron asesinados. No tardaron más de medio día en localizar los cadáveres, o lo que quedaba de ellos. Los animales de la selva habían tenido un buen festín. Sin embargo, los casquillos de las armas no son digestivos, y algún otro resto permitió recomponer el crimen. Se tomaron fotos y algún optimista buscó huellas

de botas o zapatos entre la espesura, en vano. Se cubrió las manos y pies con bolsas, aunque la naturaleza del delito no permitía esperar mucho por ese lado. Ni colillas de cigarrillos, ni huellas dactilares (como no fuera en los casquillos, que fueron recogidos meticulosamente).

La policía científica analizó la munición. La mayoría de los casquillos pertenecían a una metralleta de uso habitual entre los sicarios a sueldo, pero había dos que sin duda habían sido disparados por un arma corta, una pistola automática. Coincidían con las heridas en la cabeza de ambas víctimas. Habían sido rematadas una vez acribilladas a balazos.

Tardaron relativamente poco en relacionar los casquillos con un arma. Sin duda su propietario era de gatillo fácil, pues había sido denunciado por atemorizar a un periodista dos años antes. Por fortuna, se había guardado registro de la munición incrustada en el domicilio del citado periodista, y el ordenador de la científica había mandado una alerta en pantalla cuando los análisis del nuevo delito fueron introducidos.

Se puso este hecho en conocimiento de un juez de guardia que emitió una orden de registro en el domicilio del denunciado, Antônio Abregu, y la policía encontró en su poder dos armas: una metralleta y una pistola. Ambas fueron sometidas al examen de balística y los resultados no dejaron resquicio a dudas. eran las armas usadas en los asesinatos del Mato Grosso Do Sul.

Sin duda el trabajo más chapucero de ese sicario.

El caso le llegó a Mário mientras daba carpetazo a un informe anterior en su despacho de la Fiscalía. Mário tenía cincuenta años y estaba soltero. Tuvo varias 'novias', pero su trabajo le absorbía demasiado tiempo, y su carácter era demasiado independiente. O quizá sería por otra razón. Por lo que fuera, seguía viviendo solo. Cuando la criminalidad le saturaba, leía poesía de Benedetti o, cuando se sentía realmente solo, de Cristina Peri. Cristina le parecía cercana y su poesía erótica le proporcionaba cierto alivio.

El Fiscal de lo Criminal de Campo Grande, capital de la zona, recibió el incipiente sumario con las indagaciones policiales y procedió a comenzar su trabajo en el caso. Arrancó al detenido una primera confesión en la cual implicaba a la compañía para la que trabajaba: la Compañía de Explotaciones Agrícolas, S. A.

Sus indagaciones no tardaron en llegar a los oídos más interesados en

ellas:

Un alto ejecutivo de la misma compañía recibió una llamada en su despacho.

–Soy 'Kojak' –dijo la voz de hombre al otro lado de la línea–. Hay un problema con el asunto de Abregu. Me han dicho mis fuentes que los indios estaban siguiendo a 'los paquetes' cuando se cumplió el contrato, y hay testigos. Una tribu de guaraníes.

–Me ocuparé de eso –aseguró el ejecutivo, y colgó. Luego maldijo en silencio la torpeza de los asesinos. Reflexionó unos segundos, y luego volvió a descolgar su teléfono.

–¿Diga? –. Una voz contestó al otro lado de la línea.

–Tenéis que terminar un trabajo –dijo–. Hay testigos de lo de Abregu y lo tuyo. Es un momento delicado, has de encargarte. Averigua qué tribu son y ya sabes...

–No hay problema –respondió el otro.

## **1**

### **En la selva amazónica**

Kwapiuro se detuvo. El hombre espíritu Onti se había inmovilizado escuchando.

Los guerreros se mantuvieron alerta. Toda la tribu se disimuló tras los árboles gigantescos. Los mismos que sus perseguidores habían condenado a muerte.

Árboles que tenían miles de años, la memoria de la Humanidad, el vínculo con las raíces ancestrales.

Su gente había vivido allí durante miles de años. En realidad, se habían estado desplazando desde que llegó el hombre blanco y desde que la jungla amazónica se reducía progresivamente bajo su acción. La selva era su 'tekoha', su territorio. El tekoha era básico en su identidad como Pueblo. La tierra, el habitat, los seres vivos con los cuales interactuaban y

su propia tribu, era su hogar, su tekoha. Y era algo sagrado.

Los niños y niñas no hacían ruido. No gritaban, ni lloraban. Habían aprendido desde su nacimiento que la jungla habla en el silencio, que sus madres no necesitan sus gritos para cuidarles, que el ruido sólo puede traer desgracia cuando las madres hacen callar.

Unos guerreros que se habían adelantado para asegurar la ruta volvieron. Hicieron señas: los pistoleros estaban un poco más adelante, pero no les habían localizado. El jefe Onti les condujo en silencio, invisibles en medio de la vegetación, durante varias horas.

Cuando se detuvieron, la luz casi no penetraba la espesura.

Los pistoleros mataron al padre y a la madre de Kwapiuro. Desde entonces, el propio jefe Onti cuidaba de él como de su propio hijo, porque veía en él cualidades especiales.

Kwapiuro tenía sueños y visiones, como el jefe espíritu Onti.

Los pistoleros sólo querían el dinero de los grandes terratenientes, deseosos de librarse de molestos 'guardianes de la Tierra', 'espíritus de la selva', para hacer negocios con los países extranjeros. Además, su tribu se había visto envuelta en un asesinato cometido por la compañía que les había colocado en el punto de mira de los sicarios.

La tribu eligió un grupo de árboles, y treparon a ellos. Unos cuantos guerreros se hicieron invisibles en la espesura. Iban a velar toda la noche, escuchando los sonidos de la tierra, las voces animales, los susurros de las hojas al ser apartadas, las ramas al ser pisadas. La selva les hablaba en el silencio, delatando a los intrusos que mataban la vida.

Las madres y padres, los que quedaban con vida, cobijaron a sus hijos e hijas, amarrándoles con largos tallos verdes, sosteniéndolos en las encrucijadas de las ramas más gruesas, que además de sostenerles, les

ocultarían de posibles visitantes peligrosos, humanos o animales.

Las criaturas se entretuvieron arreglando sus atuendos, sus adornos de semillas rojas y negras, o blancas con motas negras, sus cuerpos teñidos con jugos vegetales, sus cabellos cortados con una moda hiper moderna y post punki, con la mitad del cráneo afeitado y el resto de la cabellera trenzada y sujeta con semillas y piedras brillantes, de místicas cualidades.

Los guerreros decían que habían encontrado perros muertos de un disparo, en su camino de regreso. Los pistoleros mataban a los perros para dejar bien claras sus intenciones: los perros eran ellos, a quienes iban a matar.

Los frutos comenzaron a pasar de rama en rama. Con los pistoleros tan cercanos, no podían arriesgarse a cocer la carne que podían cazar silenciosamente con sus cerbatanas. Se alimentarían como los antiguos, con frutas y semillas, bayas y algún pequeño animalillo que se pusiera a mano. Lo suficiente para mantenerse con energía en su huida.

¿Hacia dónde?

Todos confiaban en la inspiración del hombre espíritu.

La partida de pistoleros contaba con la ayuda de un especialista en indígenas, alguien capaz de seguirles el rastro, alguien que conocía su forma de pensar, que sabía que enviarían un grupo a asegurar el terreno y que, si les habían encontrado, se habría movido en los alrededores. Encontró el rastro de los exploradores en las cercanías de su posición y así pudo seguirlo. No fue fácil, pero lo consiguió.

Uno de los kaiowás olfateó el aire e hizo una señal a sus compañeros, que corrieron a alertar a la tribu. Se miraron unos a otros: el olor al aceite de las armas venía de todas partes. Sin hacer un solo sonido, el jefe Onti preparó la huida. Debían esperar un ataque en cualquier momento. Buscaron las ramas altas, donde pudieran cobijarse desde varias direcciones.

Los disparos no tardaron en llegar. Habían intentado sorprenderles rodeándoles, pero la tribu estaba sobre alerta y comenzó a escabullirse

aprovechando el follaje denso de las ramas gruesas y su habilidad para deslizarse de árbol en árbol.

Incluso el especialista se sintió sorprendido de la evanescencia demostrada por los kaiowás y por las flechas que no tardaron en lloverles de todas partes. Sintieron temor porque conocían los mortíferos efectos del curare con que impregnaban las puntas de las flechas, y pronto tuvieron que admitir que los kaiowás habían logrado escapar, no sin sufrir varias bajas por sus balas.

Los kaiowás se detuvieron cuando los oteadores se aseguraron de que estaban a salvo de los blancos. El jefe Onti buscó con la mirada, y echó en falta a varios guerreros, fieles amigos. Algunas mujeres sollozaban en silencio. Las balas de los extranjeros habían alcanzado a varios. Había heridos, además de las bajas. Comenzó la tarea de curarles. Extraer balas, desinfectar las heridas con las plantas adecuadas, valorar los daños...

Habían roto el cerco y habían huido, pero el jefe Onti sabía que era cuestión de tiempo que volviesen a toparse con los pistoleros a sueldo de los destructores de la tierra. Debía encontrar una salida.

Si seguían en el terreno habitual no podrían esconderse perpetuamente.

Debían acceder a la tierra incógnita, que se encontraba más allá del conocimiento del mundo exterior. Era un secreto que se guardaba a través de los siglos: la existencia de un refugio ancestral. Cuando la existencia misma de los Kaiowás peligraba, conocían un camino hacia una tierra desconocida hasta entonces por los extranjeros. Una tierra protegida por la orografía del terreno, las cascadas de agua, las rocas, las fieras de la jungla. Un lugar que ningún blanco encontraría sin un guía y cuya búsqueda podría acarrearle la muerte a manos de los insectos, las fieras o los propios guardianes del Tekoha Sagrado.

Se veía capaz de despistar a los pistoleros hasta poner a salvo a la tribu, pero debía buscar ayuda exterior.

Su antecesor le había hablado del mundo exterior, de cuando viajó entre los hombres lejanos y extraños. Le explicó que no todos eran pistoleros ni destructores, que también había guardianes entre ellos, y que existían tribus en otras tierras, tribus de Pueblos Originarios que mantenían la relación con la Tierra. Y le contó las visiones que había tenido sobre el tiempo en que las tribus de todo el mundo se unirían, y los guardianes del mundo exterior hablarían en su favor ante los pueblos del mundo. Fue él

quien introdujo entre la tribu el aprendizaje de la lengua extraña de los hombres lejanos.

El jefe Onti se reunió con Kwapiuro tras supervisar el improvisado campamento arbóreo. Pese a su edad –tenía casi cincuenta años–, estaba ágil y fuerte todavía.

–Kwapiuro, ¿tu espíritu está en paz?

–Sí, jefe Onti, ¿y el tuyo?

–Sí –. Tras una pausa, dejó de mirar hacia la espesura y le miró a él–. ¿Sabes hacia dónde vamos?

–No, jefe.

–Te aguarda una tarea diferente a lo que conoces. Eres diferente y tu tiempo no es como el mío, tú vives una época distinta, y por eso harás cosas diferentes. Hasta hoy hemos sido custodios de los árboles y la selva, pero ahora la selva tiene miedo. Yo soy viejo, y también tengo miedo. No de las armas de los pistoleros, pero sí del cambio. Pero tú no. Tú no tienes miedo, ni esperanza, ni odio. Tú eres un guardián.

Un sonido, seguido de varios ecos, recorrió la zona. Los guerreros se comunicaban, diciendo que había tranquilidad.

–Mi tiempo se agota. El tiempo de la tribu se agota. Los monstruos de metal vendrán, y no habrá dónde esconderse.

–¿Y qué haremos sin un lugar donde dormir o comer tranquilos, donde tener hijos o cazar?

–Kwapiuro, ese tiempo llega a su fin. Los árboles lo saben. Su espíritu tiembla, en ondas cada vez más cercanas. Sienten el sufrimiento de sus congéneres, y yo percibo su miedo. Por eso también tengo miedo.

–Yo no tengo miedo, jefe Onti.

–Tu corazón se ha helado. La muerte de tu padre y tu madre ha helado tu corazón. No siente miedo, ni compasión, ni odio. Como las piedras que lava el curso del agua. Como el agua, seguirás tu destino, y un día despertará tu corazón.

El hombre espíritu se quitó su collar de semillas con plumas de ave y colmillos de varios animales y lo puso alrededor de su cuello, pero retuvo

los atributos de Jefe de Tribu.

–Ahora eres el hombre espíritu. Que tus visiones te guíen.

El jefe Onti cerró los ojos y puso las palmas de sus manos en la frente y la nuca de Kwapiuro, que también cerró sus ojos y visualizó las formas sagradas.

Quienes ocupaban las ramas cercanas vieron la improvisada ceremonia, y cuchichearon. Pronto todo el campamento arbóreo conocía la noticia: tenían un nuevo hombre espíritu. No era una sorpresa para nadie que fuera Kwapiuro, pues todos le conocían, sabían de su intuición y sus visiones, y de la especial atención que le prestaba el jefe Onti.

Aquella noche, Kwapiuro aprendió muchos secretos que todavía no conocía. Secretos sobre los seres humanos, porque sobre la selva nadie podía enseñarle nada.

Su espalda sentía la rama, y sus oídos escuchaban los sonidos. Había calma. Pero su cuerpo estaba totalmente dormido, todavía. Siguió relajado, pero un joven apareció en su interior: era un hermano de los pueblos originarios del mundo extraño, el mundo de los monstruos de metal. Vestía camisa y tejanos, pero era indudable que era un hermano, aunque no era de los suyos, sino de otra nación.

El joven tenía miedo.

Pero Kwapiuro percibió algo más: el joven era como él, era un guardián.

Despertó del todo.

## **2** **En México...**

Miguel estaba mareado. Había mezclado cerveza y whisky, y eso le sentaba fatal.

Sus colegas reían y contaban chascarrillos sobre las chicas a las que pretendían. Sonaba una música estridente, pese a estar en la calle. La botella de cerveza de Miguel descansaba sobre una ranchera roja enorme.

Todos habían estado cantando los elogios del vehículo. Era un trasto caro y lujoso para ellos, para casi todos, excepto Lucas. Lucas era el hombre afortunado. Con veinte años recién cumplidos, ganaba más dinero a la semana que los padres de todos juntos, incluyendo a las madres que tenían trabajo.

Eran la pandilla de Lucas. Empezaron juntándose en el callejón tras la escuela, pero pronto eran más los que no iban a clase que los que iban, de forma que la pandilla se trasladó a una plaza a cien metros, tras un par de esquinas, donde había una taberna de un colega de más edad. Pronto fueron unos nueve, estudiantes fracasados arrojados al paro y a la migración forzada y suicida a través del desierto, camino del vecino americano del norte. Pero Lucas tenía otros planes, que incluían dinero y mujeres, de forma que condujo a la pandilla a entablar peligrosas relaciones con el cártel dominante allí. Era algo cotidiano: la mitad de las pandillas se unían a los cárteles y, de vez en cuando, alguno se convertía en un hombre importante y entraba en los cuadros de los mismos.

Lucas siempre había sido el líder, debido a su osadía y a una cierta forma de cinismo que a los demás se le antojaba muy de hombre bragado. Y lo cierto es que Lucas no le temía a nada, excepto a su padre. Su espalda llevaba la confirmación de su rigor en forma de cicatrices. Pero ni el padre de Lucas había conseguido enderezar sus estudios. Les gustaba a todos más el rap y la marihuana (la señora marijuana, como la llamaban).

Lucas sacó un papel y su bolsa y se puso a liar un porro.

–¡A quemar las patas al diablo! - exclamó Lucas, que era su forma de decir que le apetecía un porro ('churro', en su jerga) .

–Hey, has un buen churro –dijo Jem (se llamaba Jeremías, pero era demasiado largo)

De pronto Lucas miró a Miguel y a su botella:

–No me chingues la troca con la chela, o la pagas tú. (el otro entendió que no le rayara el vehículo con la botella)

–No hay pex, además no tengo tanta lana.

–Pues cuidadito –dijo Lucas, y siguió liando su 'churro'.

A Miguel que hubiera dicho 'troca', en lugar de carro, le puso los pelos de punta, porque ya sabía lo que era la troca, el vehículo para traficar con merca, el polvo blanco que hace que lluevan dólares, lana de verdad, no miseria como la que ganan los doctores de esquinas, o sea, los pequeños

traficantes de barrio. Así se entendía que aquel cuate pareciera nadar en pura lana.

–Oye, Miguel, no te molestes por lo de la troca, ¿eh?

–Nada, cuate.

Puso su brazo sobre su hombro y se lo llevó aparte, mientras los demás seguían con la borrachera y dando toques al churro.

–Te voy a dar una chance, pero la tienes que rifar (ser fino, cuidadoso y no meter la pata), o me buscas muchos líos.

–¿Con qué gente andas, Lucas? –preguntó preocupado Miguel.

–Ah, con la que tiene lana de verdad.

–Sí, ya se cuáles. Ves con cuidado o acabas encintado con un tiro en la jeta.

–No me vengas con sermones. ¿Cuántos años hace que trabajan tus viejos? ¿Y qué han conseguido? Mira, en unas semanas he ganado lo que todo el barrio no ha visto junto en su mera vida.

–No sé, cuate...

–Te lo digo, y haces lo que te ruede. Cojes esta troca tan chida, dentro de tres noches, y conduces unos seis kilómetros, no llega, por la 45, en dirección al Saladillo, y la dejas allí, junto a un letrero que te diré, no tiene pérdida, y te vas a la chanta y listos, no hay pex. Y te ganas 100.000 pesos.

–¡No mames! No hay tanta lana junta. - Miguel no sabía si reír o qué.

–¡A que sí! Mira -. Diciendo esto, sacó un buen fajo de billetes de los que valen para comprar comida para todo el mes. Allí había tanto dinero que Miguel no podía ni imaginarlo. Su familia toda junta no había ganado tanto en su vida.

–¿Pero qué haces con tanta lana? ¿Estás reloco tú? Como te la vean...

–No se atreverán conmigo. Tengo alguien que me respalda. Piénsalo, cuate.

–No se, ahora mismo estoy mareado de ver tanto billete.

–Bien, lo piensas.

Lo pensó, vaya si lo pensó. Como que no durmió en toda la noche. Entre las caladas al porro, la borrachera y el susto, no consiguió cerrar los ojos. En realidad, a Miguel le gustaba leer, pero era algo que no solía decir a sus amigos. Le hubiera gustado matricularse en Literatura, y llegar a ser profesor, o algo parecido. No era ambicioso. O sí, porque para estudiar necesitaba más dinero del que nunca había tenido. Sólo la matrícula le supondría un sueldo y medio del que su familia necesitaba para mantenerse. Y luego estaba el tiempo que necesitaría para estudiar, que habría que restarlo del trabajo (caso de que consiguiese uno, claro estaba). Y el material, y...

Imposible. Ya lo había dado por imposible.

Y ahora, podía ganar lo que necesitaba para toda la carrera sólo moviendo un poco de merca que ni siquiera vería, unos cuantos kilómetros.

Sí, lo pensó, vaya si lo pensó.

Hasta marearse.

### **3**

#### **Sueño de Kwapiuro**

La mujer del color de las ramas de los árboles estaba sentada a la puerta de un lugar donde había comida extraña, envuelta en plásticos y colores. Era joven, delgada y hermosa, pero su humildad la hacía todavía más hermosa. Y también sentía miedo, como el joven de tierras lejanas y el propio jefe Onti. Sentía miedo, pero no por ella misma, sino por los suyos. Entonces, Kwapiuro lo supo: ella también era una guardiana.

Una ola de rubor le cubrió, y el corazón empezó a palpar más y más intensamente... De pronto, Kwapiuro despertó.

El jefe Onti estaba despertando a todos. Los guerreros de vigilancia habían escuchado a los pistoleros cerca, muy cerca.

A toda prisa, lo que quedaba de la tribu de Kwapiuro se puso en marcha,

dejando atrás lo poco que les quedaba de su patrimonio.

‘Tu patrimonio es tu vida y tus conocimientos’, escuchó la voz de su padre en su interior, como en los tiempos en que le educaba como un buen guerrero.

Dejando casi todo atrás, se pusieron en marcha... ¿hacia dónde?

Siguieron al jefe Onti y al hombre espíritu Kwapiuro sin rechistar, sin duda ni queja alguna. La Tierra era grande, algún lugar encontrarían.

El joven guerrero y el jefe Onti cerraban la comitiva, mientras los pocos guerreros rodeaban a las mujeres y los niños.

–Kwapiuro, ha llegado el momento –dijo el jefe Onti–. Debo conducir a la tribu al refugio ancestral, donde ningún blanco entraría jamás. Allí nos haremos más numerosos. Pero eso no alejará el peligro, sólo lo retrasará. Has de ir lejos, a la tierra de las máquinas de metal y árboles muertos. Debes ponerte en contacto con los guardianes de la Tierra que hablan en la gran asamblea azul. Debes hablar por nosotros, debes conseguir que paren las máquinas asesinas.

–¿Irme? ¿De la tribu?

Kwapiuro no concebía una vida sin su tribu. Sin tribu, era la muerte.

–Sí.

–¿Pero... dónde?

El jefe Onti señaló en una dirección y, en un tono que no admitía discusión, dijo:

–Por allí.

No hubo despedidas. No hubo más abrazo que el del jefe Onti.

Era cierto, su corazón estaba como muerto, como las piedras que riega el caudal de agua.

Mientras la tribu marchaba camino del refugio ancestral, Kwapiuro tomó la dirección contraria, y recorrió la selva como una sombra, fuera del alcance de las fieras y los hombres.

Había aprendido a volverse invisible para los blancos, pero el olfato de los felinos, y, peor todavía, de los insectos mortales era más difícil de engañar. No obstante, lo consiguió utilizando los remedios vegetales para cubrir su olor corporal, y teniendo mucho cuidado. Caminó deprisa, durmió poco y en los árboles. Comió lo justo. Cubrió cuidadosamente sus deposiciones para que no señalaran su ruta ni atrajeran a los insectos.

La mayor parte del camino lo hizo sobre la tierra, entre las copas espesas de los árboles milenarios, donde era más fácil evitar los peligros.

Cuando alcanzó los límites de la selva espesa caminó entre la vegetación teniendo cuidado. Al fin, la capa verde y viva dejó lugar a una cinta oscura y lisa que atravesaba hectáreas de tierra desnuda y ocre que parecía haber sido removida recientemente.

#### **4**

#### **En Barcelona...**

Madeleine estaba pasando calor de verdad. En pleno Ramadán, sentada a la puerta del supermercado, viendo cómo salían las personas con carros cargados de comida y, las pocas que le daban algo dejaban los céntimos del cambio. De vez en cuando, alguien le daba una lata, o una bolsa de arroz o pasta. Había llevado un carro de la compra, pero la verdad era que las donaciones eran escasas. La crisis económica atenazaba a todos, incluso a quienes en realidad no tenían necesidades, pero vivían instalados en el miedo al mañana.

Su marido Eric intentaba vender bolsos cerca de allí. Bolsos, gafas de sol, pañuelos, o lo que sus 'proveedores' les diesen. Eran unos cinco, cuyas familias vivían junto con decenas de otros que intentaban comerciar en el Maremagnum, la Sagrada Familia o el Paseo de Gracia, u otros lugares de mucho turismo. Mientras, su hijo David estaba en casa de una amiga. De noche, cuando no estaba demasiado cansada, despertaba sudando, con una pesadilla repetitiva: ella y su esposo eran deportados sin siquiera permitirles ponerse en contacto con David, que quedaba solo y abandonado en Barcelona. Si, esas cosas pasaban.

Ellos habían llegado desde Camerún, a través de Marruecos, arriesgando su vida porque en su país su vida ya estaba en peligro.

Aunque a veces, también despertaba soñando con un lugar paradisíaco, lleno de vegetación y árboles enormes, muy diferente de África, y escuchaba un canto muy dulce, como una canción de cuna en un idioma extraño, pero hermoso. Y una voz de mujer que reía y repetía: 'Kuapi', 'Kuapi'. A pesar de la dulzura de aquella voz, despertaba con una sensación de gran peligro.

Aquella tarde, cuando se levantó de la puerta del supermercado y cogió su carro de la compra con lo poco que le habían dado, se dirigió al metro y bajó pesadamente por la escalera. El ascensor estaba fuera de servicio. En el siguiente tramo, un joven amable la ayudó a bajar los escalones, lo cuál supuso una considerable diferencia.

Se bajó en la parada y cuando estaba llegando a la zona donde vivían todos ellos, comenzó a ver patrullas de los Mossos d' Esquadra.

Sintió que las piernas le flaqueaban. No había comido nada en todo el día, desde que salió el sol. Rezó mentalmente, sintiéndose la persona más desamparada del mundo.

Habían desalojado el lugar. Seguramente habrían detenido a alguien.

Afortunadamente, unos y unas activistas se habían congregado intentando detener el desalojo, y pudo hablar con Salva. Salva era profesor de instituto y militante de un partido minoritario.

–No han detenido a Eric, al menos aquí no.

Ella asintió, con los ojos llorosos.

–¿Y tu hijo? –le preguntó.

–Con Teresa, una amiga. Está cerca de aquí.

–Bien, vamos a buscarle, aquí ya no hago nada.

Se despidieron de los demás y fueron en busca de David. Cuando ella le tuvo entre sus brazos, pareció que nada ni nadie podría separarles. Pero

había que buscar dónde pasar la noche.

–Verás... –se excusó Teresa–, mi marido no querrá que os quedéis.

–Claro, claro - susurró ella. Salva la miró con cierto reproche.

–Os venís conmigo –dijo él–. Si viene Eric, le das esta dirección –añadió, tendiendo un papel a Teresa.

Quiso llevarlos a los dos inmediatamente, pero ella insistió en esperar a su esposo en las inmediaciones del campamento desalojado. Se sentía muy insegura sobre el futuro.

Al fin, tras esperar en una esquina sentados sobre unos ladrillos de una obra que nunca terminaba de finalizar, Madeleine soltó un gritito y vieron a Eric corriendo hacia ellos.

–Me dijeron que había venido la policía –dijo jadeando. Había estado corriendo casi todo el camino.

–Estamos bien, estamos bien –dijo ella llorando–. Gracias a Salva –añadió.

Los cuatro llegaron hasta el domicilio del profesor. Su pareja, Adela, también profesora y militante no pareció extrañarse mucho. Prepararon entre los dos cena para todos. Sin cerdo ni vino.

Contemplaron en silencio cómo hacían las oraciones vespertinas y luego celebraron la ruptura del ayuno, todos juntos.

–Nunca entenderé lo del cerdo. ¿Por qué cerdo y no vaca? ¿Es que el cerdo merece menos respeto que la vaca? –preguntó Adela.

–No hay nada malo en el cerdo –explicó Madeleine–. Sólo está mandado así. Demostramos fe al abstenernos, pero vosotros está bien si coméis cerdo.

–No lo entiendo, hacéis algo sólo porque os lo mandan... –. Adela era feminista y anarquista, y eso de seguir normas le repugnaba especialmente, sobre todo sin un motivo racional.

–Los límites. Son disciplina –intervino Eric–. Es nuestra disciplina. Nos construye... ¿cómo explicar?

–Lo entendemos –aseguró Salva. Aunque en realidad pensaba más o menos como su pareja–. Aunque algunos antropólogos piensan que se prohibió porque la carne de cerdo se parece a la humana, para evitar tentaciones de antropofagia –explicó. Los dos cameruneses le miraron con estupor. Nunca se les ocurriría comer a un humano. Esa explicación les parecía estúpida, pero, por supuesto, no comentaron nada.

Sonó el teléfono. Siempre sonaba en casa de los militantes. Salva respondió y mantuvo una pequeña conversación, luego volvió a la mesa.

–Han internado a cinco en el CIE, mañana irán a informarse, a ver si podemos hacer algo.

Siguió a este comentario una larga declaración de Adela, muy poco amable con los Mossos, los funcionarios de los CIEs, que son los Centros de Internamiento de Extranjeros, la policía en general y el sistema canalla que los mantiene.

Aquella noche, los tres africanos durmieron apretujados en una cama de matrimonio, mientras Salva se acomodaba en un colchón estirado en el comedor, y Adela utilizaba una pequeña cama de niño, que nunca tuvo ocupante.

Y los tres sintieron agradecimiento y cierta sensación de protección muy dulce.

Y Madeleine volvió a soñar, pero esta vez sus sueños estuvieron poblados de armas y sangre.

## **5** **En México**

Miguel se aproximó a la ranchera roja, la troca donde estaba la mercancía. Iba a hacer de burrero. Esperaba que no hubiera bronca. Cuando el cártel llamaba a las pandillas para un asunto, solía tenerlo todo

arreglado, para eso pagaban una buena mordida a los agentes, aunque nunca se sabe.

Le flojeaban las piernas, pero él no era un cobarde, así que abrió la puerta y se encaramó al asiento del conductor.

–¡Ándale!, hay que ver lo alto que es este carro –se dijo.

Le dio al encendido y el motor rugió cuando pisó el pedal del acelerador. Era un carro bien poderoso. Cuando empezó a circular, desapareció el miedo, y se sintió el pandillero más bragado de todo México.

No muy lejos de allí, Lucas y su grupo estaban cargando cuernos de chivo, recién llegados del otro lado de Río Grande. El cuerno de chivo, el AK-47, era el fierro más popular en los narcocorridos y las leyendas del mundo del narco. Tenía un poderoso atractivo sobre aquellos jóvenes sin futuro. Además de una gran potencia de disparo.

El cártel había cargado una gran cantidad de cocaína en el coche-burra, y necesitaban distraer un poco la atención, no fuera que las recientes reformas en el Departamento de Policía Nacional hubieran tenido sus frutos.

La pandilla de Lucas se subió a dos automóviles y, bien encapuchados, salieron a todo gas hacia el puesto de policía del que dependía aquella zona.

Los centinelas de puerta vieron llegar los vehículos y supieron al momento lo que les esperaba: una lluvia torrencial de proyectiles de guerra. En pocos segundos cientos de balas de gran calibre acribillaron la fachada del puesto. Los agentes, cubiertos de chalecos antibala, se parapetaron como pudieron y respondieron al fuego enemigo.

Los proyectiles entraban en el puesto por todas partes, pero los agentes respondían según su capacidad, haciendo gala de un valor admirable. Fueron breves segundos, o quizá un minuto, puesto que los vehículos casi

se detuvieron para regalar bien sus balas por todas partes.

La idea era llegar, disparar unos cientos de balas y salir corriendo, pero las ruedas de los coches fueron el primer objetivo de los agentes, cuyo entrenamiento en los Estados Unidos no había sido un gasto inútil. En el tiempo en que los coches de la pandilla se ralentizaron para disparar, los neumáticos fueron alcanzados, dejándoles varados allí. Los jóvenes salieron corriendo hacia el refugio más cercano, pero el fuego devuelto por los agentes acabó con la mayoría de ellos. Lucas y otros tres jóvenes fueron abatidos casi en los primeros segundos del tiroteo.

La terrible balacera acabó con ocho de los once agentes del puesto. De la banda de Lucas, sólo dos chicos consiguieron escapar, y eso fue en forma casi milagrosa.

Una vez concluyó la balacera, comenzaron a oírse sirenas de ambulancias y toda la zona se apercibió de lo sucedido. Las madres, sufridas y valientes madres, llegaron al lugar, sabiendo a medias y a medias adivinando el triste desenlace del tiroteo. Todas lo habían temido durante años. Todas sabían que su familia estaba destinada al sufrimiento.

Mientras tanto, ajeno a todo esto, la burra proseguía la ruta que condenaba a su gente, a pesar de darle dinero. La condenaba a la violencia y al desastre.

Miguel condujo con toda prudencia, no fuera a pararle una patrulla de tráfico. Sin embargo, no vio ninguna en todo el recorrido. Llegó sin problemas hasta el lugar acordado, aparcó, sacó las llaves y las dejó tal como le habían explicado, y caminó de vuelta. Era una buena excursión, pero el pago valía la pena.

Caminó durante la primera mitad de la noche. Fue cuando estaba por llegar que le detuvo un control casi militar.

Temblando de miedo se dejó cachear y entregó su identificación. Para su sorpresa, le dejaron marchar sin más problemas.

Cuando estuvo en las inmediaciones de su domicilio, empezó a ver señales de las pesquisas. Registros domiciliarios, patrullas dando rondas con las luces puestas... Luego vinieron los llantos de sus vecinos. Sobre todo las

madres. Empezó a temerse lo peor.

La chica de Lucas, Esmeralda, corrió hacia él con los ojos descompuestos y enrojecidos, gritando:

–¡Han matado a Lucas! ¡Han matado a Lucas!

–¿Qué... qué ha ocurrido?

Pero la chica sólo chillaba: “¡Han matado a Lucas!”.

Al fin, alguien le explicó que Lucas y su pandilla había colaborado con el cártel en un asalto al puesto de policía, y habían muerto casi todos.

“¡A quién se le pasa por la sesera! ¡Asaltar el puesto policial!”.

Fue al cabo de un rato que se le hizo extraña la coincidencia, y por qué no le habrían dicho nada a él, y por qué justo aquella noche le habrían dado la chance del carro-burra.

Y llegó a la conclusión de que no había sido una casualidad.

Fue por el mediodía que apareció por su casa un tipo muy duro, con todo el aspecto de ser del cártel. Por suerte no había nadie en su casa a esa hora, su padre y su madre estaban trabajando.

Dejó una automática muy pulida sobre la mesa del comedor, como si le pesara demasiado y debiera descansar. Miguel le ofreció bebida fresca, aunque no hacía demasiado calor, era invierno. El tipo prefirió tequila. Bebió un vaso de un solo trago y sonrió, como si le gustara el chico, sus modales, o su candidez.

Al fin, sacó un fajo de billetes y lo tiró sobre la mesa.

–Quizá te ofrezcamos más –comentó, como de pasada, con una sonrisa en su ancha cara.

–Gracias, señor –respondió él, muy educado. Las pistolas automáticas suelen producir ese efecto sobre los muchachos que nunca han matado a nadie.

Se sonrió aún más y se marchó por donde había venido. Un carro enorme con dos acompañantes le esperaba a cierta distancia.

Cuando desapareció montado en su auto, se abalanzó sobre los billetes. Había 95.000 pesos.

Pero se sentía mal. Todos habían muerto. Sospechaba que había sido una trampa, una maniobra de despiste, pero todos, menos dos, habían muerto. Aquel dinero le daba miedo. Y, sin embargo, le permitiría cumplir todos sus sueños.

## **6**

### **En Mato Grosso do Sul**

Kwapiuro siguió su camino inexorablemente hasta el borde del mundo. Más allá estaba la muerte. Aparatos de metal, hombres recubiertos con extraños atuendos, armas de fuego...

Sabía que debía internarse en ese extraño mundo, para encontrar a los guardianes azules. Y también sabía que no podía salir de la selva vestido como él estaba. Estuvo observando al hombre blanco varios días. Y no era tan blanco. La mayoría de ellos eran tanto o más morenos que él. Sólo que no tenían elegancia. No conocían los adornos de semillas, ni de plumas, ni los colores vivos sacados del tinte vegetal. Vestían animales muertos hacía años, y telas grasientas. La mayor parte de ellos parecían mendigos, cubiertos con materiales ajenos a la tierra.

Decidió que cualquier cosa que le cubriera valdría. Lo demás debería descubrirlo con prudencia. Kwapiuro no era un ignorante. La tribu contaba historias de su contacto con el mundo exterior. Conocía el dinero, y la importancia que le daban allí. Hombres –por llamarlos algo– sin honor, capaces de matar niños y mujeres a cambio de unos papeles de colores, dinero.

Seres sin alma capaces de exterminar los mejores y más antiguos árboles del mundo a cambio de unos papeles de colores: dinero.

Hombres-diablo que violaban a sus mujeres porque no sabían controlarse: salvajes.

Hombres-diablo que abandonaban a sus padres y madres porque no les soportaban: salvajes.

Semi-hombres que manchaban la Naturaleza con la basura que no se comían los gusanos ni los animales ni las hormigas: salvajes.

Él podría hacerse pasar por cualquiera de ellos, porque no tenían tribu, ni colores, ni distintivos, todos estaban igual de grises, igual de sucios.

Robó una camisa y unos pantalones de unos obreros. Se sacó, con pesar, sus adornos. Escondió sus pulseras y collares en una bolsa pequeña que llevaría al hombro o a la espalda, y se lavó los maquillajes vegetales. Cuando se miró en el río, sintió pena de sí mismo.

También robó un cuchillo muy afilado y de hoja grande y brillante. Su tribu sabía luchar con puñales de hueso y armas de piedra y madera. Y Kwapiuro era muy diestro en usarlas. Y escondió en la bolsa una cerbatana pequeña y varios dardos con curare, envueltos cuidadosamente.

Luego, simplemente comenzó a caminar, haciéndose invisible con el pensamiento. Allí la selva no le ocultaría, pero aquellos hombres no parecían sentir curiosidad por nada ni nadie, aparte de su trabajo maquina y rutinario, y sus vicios, que reservaban para las noches de borracheras. Podía cruzar el país de las máquinas sin que nadie se diese cuenta de que estaba allí.

Y realmente, lo hizo.

Caminó y caminó en la dirección que el jefe Onti le había señalado, esperando que alguna de sus visiones le guiara en sus siguientes movimientos. El jefe Onti le había hablado de los guardianes de azul. Eran hombres y mujeres que servían a una asamblea de pueblos. No había muchos originarios allí, todavía, pero estaban obligados a escucharle. Le dijo que llamase al relator especial. Le dijo las palabras precisas, 'relator especial', y él tenía buena memoria.

Se preguntó quién de aquellos seres extraños con apariencia de seres humanos sabría llegar hasta el relator especial. Desde luego, ninguno de quienes mataban árboles y animales, y a ellos. Le quedaba un largo camino por delante. Recordó sus sueños del hermano de tierras lejanas, de la mujer negra.

Recorrió un camino lleno de polvo, sin árboles ni vegetación, como un río seco en los terrenos ya talados. Pronto encontró viviendas a los lados del río seco, y pronto vio un símbolo rojo sobre uno de aquellos edificios. Sabía que era una cruz. Conocía bastante de los extranjeros. Aunque era un mundo extraño para su corazón y su mente, no le era del todo desconocido. Y el jefe Onti les había hablado mucho de aquellos lugares. Debían saber para protegerse. Les contó que hacía muchas generaciones, en otras tierras, sus hermanos tomaron a los recién llegados como los enviados de los dioses, y no tardaron en arrepentirse de haber depositado su confianza en aquellos que les robaron y les mataron. Debían saber sobre el mundo extraño.

Caminó hasta el edificio. Estaba pintado de blanco, y una mujer estaba fumando en la puerta. Llevaba una bata blanca.

Se le quedó mirando. Sonrió.

–¿Estás enfermo? ¿Necesitas ayuda?

–Sí. Necesito ayuda. ¿Trabajas aquí?

–Sí –sonrió, señalando su bata blanca–. ¿No se nota?

–Necesito llegar hasta el relator especial.

La mujer dejó de sonreír. Pensó que quizá era un trastornado. Realmente, no parecía uno de aquellos rudos trabajadores, ni uno de los nuevos colonos. Y todos los que había por allí trabajaban para la compañía, de una forma u otra.

–¿Quién eres? –le preguntó.

–Soy Kwapiuro –. Iba a continuar explicando su tribu y clan y que era nuevo hombre espíritu, pero pensó que quizá no era prudente–. Estoy de viaje.

–¿Y a dónde vas? – la mujer aspiró un poco más de tabaco.

–Lejos, donde está el relator especial –. Esperaba que ella supiera algo del relator especial.

–¿Relator especial?, ¿qué es eso, un nuevo cargo político?

-Hombre azul, relator especial -. Se encogió de hombros, simulando ignorancia.

Ella le miró profundamente, a los ojos.

No era como los demás, los que mataban jaguares y árboles. Kwapiuro se fijó en que llevaba una pulsera de semillas. No eran rojas y negras, sino amarillas con manchas negras. Teñidas, pero eran semillas.

-Entra -dijo.

Le condujo a una habitación al final de un pasillo. Se cruzaron con varias personas, pero no les preguntaron nada.

Le hizo sentar en un incómodo mueble. Trató de arrellanarse en él, con las piernas encogidas. Ella le observó detenidamente.

-Es una silla. Las piernas han de colgar.

Sus miradas se cruzaron.

-¿Eres de la jungla? ¿Un kaiowá?

Kwapiuro asintió. Estaba al descubierto. Pero no había pistoleros por allí, no los había visto.

-Soy médico. Una doctora. ¿Sabes lo que es eso?

-Sí, medicina. Curas.

-Exacto. No tengas miedo. ¿A dónde has dicho que vas?

-Tengo que encontrar al relator especial -. Ya que estaba descubierto, decidió confiar en la mujer medicina-. Mi tribu está siendo asesinada por pistoleros. Jefe Onti me envía a pedir ayuda al relator especial, pero no conozco dónde vive. ¿Vive cerca de aquí?

-¡Dios mío!

La doctora Laura cogió el teléfono y marcó un número. Esperó unos instantes, observando al joven kaiowá.

-¿Armando? Tengo un paciente nuevo. Es una alerta verde. Sí. ¿Podrías avisar a Johnny? ¿Cuál Johnny va a ser? ¿Cuántos conoces? El de Amnistía

Internacional.

Una alerta verde. Era una triste rutina encontrar indígenas muertos o heridos, y la mayoría de las ocasiones, era mejor que la compañía no se enterase. Actuar con sigilo y prudencia. Algunos médicos también habían sido asesinados. Periodistas que denunciaban, médicos que ayudaban y misioneros y misioneras que apoyaban habían caído bajo la pistola o el machete.

Permanecieron allí, observándose mutuamente a hurtadillas. Kwapiuro tenía su bolsa en su regazo, y dentro de ella el gran cuchillo de monte brillante y afilado. La mujer medicina parecía ser amistosa, pero ignoraba quién más podía entrar.

Tenía que cumplir con su deber, por su tribu.

Sonó un timbre, y Laura descolgó el teléfono.

–¿Si?, ah, hola Johnny, es un placer hablar de nuevo contigo. Verás, tengo aquí a un joven kaiowá. Dice que su tribu está siendo asesinada por los sicarios de... tú ya sabes quién, y que debe hablar con alguien llamado 'el relator especial' ¿tienes idea de qué va todo esto? Aha... -. Escuchó varios minutos-. Ya, sí, bueno, ¿y vive cerca de aquí? ... ¡¿Nueva York?! -. Miró a Kwapiuro con la sorpresa pintada en su rostro-. ¿Me estás diciendo que tiene que viajar a Nueva York?

## **7**

### **En México**

Miguel salió de la biblioteca. Llevaba en su mochila folletos de universidades. También llevaba un ejemplar de Rayuela, de Julio Cortázar. Era una novela mítica en los foros, pero todavía no la había leído.

Un hombre malcarado se topó con él, ni siquiera pidió perdón. Cuando el chico trató de seguir caminando, le cogió del brazo.

-¡Eh!, ¿qué prisas son esas, Miguelito?

Supo inmediatamente se trataba de Don Problemas.

-No te hemos pagado tanta lana para nada, ¿sabes?

-Hice un trabajo, y ya está.

-No, no está. Necesitamos que muevas otra burra.

-No... no puedo. Tengo que estudiar.

-¿Estudiar? ¡Jajaja!, pendejo, ¿dónde está tu banda, en la escuela?

-Están muertos - no pudo evitar una mirada de odio.

-Ah, sí, es verdad. Los puercos los mataron. ¿Y no vas a vengarte?, ivaya! ¿ahora te dio hueva? Los que quedáis sois la banda, y trabajáis para el cártel, ¿o no?

-Eh... sí, sí señor.

-Educadito el chavo, bien, bien. La burra te está esperando.

-¿Ahora?

-Pues sí, ahorita mismo, ¿cuándo sino? Las llaves -. Le tendió un llavero con dos llaves-. ¿Conoces 'El Ponchado'?

-Sí, claro -. El Ponchado era un local de mala reputación de su barrio.

-Pues delante de la puerta está la troca con la medicina. Te montas y la dejas en el mismo sitio de la otra vez. ¿Recuerdas dónde, verdad?

-Oh, sí, sí señor.

-¡Jajaja!, muy bien. Órale! Ah, no estés triste, toma el dinero por adelantado para que te animes, y -añadió en tono de advertencia- ...No nos chingues.

Miguel se sintió como el toro acorralado para el matadero. Ahora que tenía el dinero para cumplir sus sueños, aquellos vatos le iban a estar chingando para siempre más, amén.

No podía hacer otra cosa: buscó la troca roja, la ranchera, y se montó. Recordó a Lucas y los otros, y sintió que sus ojos se humedecían. Su vida

había cambiado para siempre, pero la de ellos se había terminado sin más.

Condujo con cuidado y muerto de miedo. Ya no sabía si temer más a la policía o a los dueños de la droga. Si le agarraban, la iba a pasar fatal, y le caerían muchos años. Si se negaba, o algo iba mal por su culpa, aparecería muerto, despedazado o peor aún.

Aparcó en el lugar indicado. Saltó del vehículo, escondió las llaves como le habían enseñado y se preparó para la larga caminata hasta su hogar, con la bolsa del dinero en la mano, lo cual no le tranquilizaba nada.

Llegó desesperado y cansado. No hacía sino darle vueltas en la cabeza a su dilema. Eso era: un dilema. Había leído sobre eso. Cualquiera de las dos opciones era mala, pésima del todo.

Tenía que buscar una tercera opción.

Por la mañana temprano, salió de su casa. Le daba pánico que les pudieran perjudicar por su culpa, a sus padres. Debería haber pensado en eso antes de coger el dinero.

La Iglesia de su ciudad, una de las muchas que había, era impresionante. Había grandes y muy bonitos monumentos en la población, en toda aquella zona.

Entró y escuchó los ecos de sus pasos sobre el enlosado. Había unas pocas mujeres y algún hombre ya mayor, pero en el gran edificio pasaban totalmente desapercibidos, parecía vacío.

Se llegó hasta cerca del altar, y encontró allí al sacerdote.

Podía confiar en que, si no le ayudaba, al menos no iría con la rola a nadie.

–Padre –dijo, pero tan bajito que no le escuchó el hombre de unos treinta años que estaba preparando el altar. Estaba vestido con la simple camisa con el alzacuello.

-¡Padre! -repitió en un volumen algo más alto.

El sacerdote se giró.

-Hola, Miguel, no te había escuchado.

-¿Sabe quién soy?

-Claro. Eres el hijo de Pedro y Herminia. Eres igual que tu padre. Dime.

-Necesito que me escuche en confesión.

-¿Ahora? ¿No puedes esperar a que abra el confesionario?

-No, es algo muy urgente.

Intrigado, el sacerdote bajó preguntándose qué querría el hijo de Pedro, que nunca había visitado la iglesia desde su primera comunión. Le tomó del hombro, llevó hasta la sacristía y se puso la tela púrpura bordada en oro sobre su nuca después de besarla. Era una habitación adyacente al altar, con una puerta en cada lado. Estaba llena de objetos de culto.

-Ave María Purísima.

-Sin pecado concebida.

Sonrió.

-Te acuerdas.

-Sí, padre.

-Dime, ¿cuáles son tus pecados?

-Mire, padre, tengo muchos, pero el más grave es que la noche que mataron a la pandilla de Lucas, yo estaba llevando una burra cargada de cocaína.

-Qué más.

-Y me pagaron mucho. Y yo quiero estudiar e ir a la universidad, pero esos vatos...

-Estas en la iglesia, modera tu lenguaje.

-Esos... esos hombres me han hecho volver a conducir la burra, quiero decir, el carro, y creo que nunca me dejarán estudiar.

-Posiblemente. Te has equivocado.

-Sí, padre, lo siento.

-¿Qué más?

-¿Qué más?

-¿Ese es tu único pecado?

Miguel pasó los siguientes minutos relatando su vida sexual y sus borracheras, además de algún porro, y su mal humor con sus padres. Al fin, consiguió que el sacerdote (que se llamaba Ernesto) se aprestara a darle alguna salida.

-Si te niegas, represaliarán a tu familia.

-Sí, padre.

-Si huyes, les matarán.

-Sí, padre -. Miguel estaba al borde de las lágrimas.

-Tendré que hablar con Don Cabañas.

-¡Don Cabañas!

Sólo mencionar su nombre le llenó de terror. Don Cabañas era el hombre fuerte del cártel allí. La zona estaba bajo su único control, no debía dar explicaciones a nadie más, excepto al Jefe en persona.

Cuando regresó, vio con temor que una dotación fuertemente armada de policías nacionales estaba estacionada en la esquina de su casa. Pero estaban preguntando a una vecina tres portales más para allá.

Se encerró en su habitación. Luego sacó parte del dinero del escondite secreto, tomó un billete y fue a la cocina.

-Madre, hice un trabajo para un gringo, tenga este dinero.

Su madre se quedó sorprendida. Era la primera vez que su hijo le daba dinero.

–Gracias, Miguel, nos hacía falta.

Su hijo sonrió. Un poco de su tensión se había dulcificado. Le sentaba bien portarse bien.

Dos días después, el padre Ernesto subió a un auto, tras ser exhaustivamente cacheado, y recorrió varios kilómetros en la parte de detrás, entre dos hombres armados, con los pies sobre un cuerno de chivo (un AK-47) que estaba allí tirado a la espera de cumplir sus terroríficas funciones.

Cuando el vehículo se detuvo, le condujeron hasta la presencia de Don Cabañas.

Le esperaba fumando un puro habano y llenando de humo la habitación. Hizo salir a los guardaespaldas, que se situaron tras la puerta que cerraron.

–Reverendo Ernesto, es un honor tenerle entre nosotros –saludó con cierta ironía.

–Dios le conceda la bendición de la misericordia.

–Eso nos iría bien a los dos, creo. ¿Cuál es el motivo de esta reunión tan poco frecuente? Soy un hombre ocupado.

–Verá, Don Cabañas, el motivo es mi interés por un muchacho que tengo entendido que está bajo su mano, por decirlo así.

–Ah, estos gallegos tan formales...

El cura Ernesto no era gallego, sino de Salamanca, pero no era momento de entrar en esos detalles. Por el contrario, le dio el nombre del chico y su apodo en la banda. No mencionó que sabía de sus trabajitos para el cártel.

–Ah, ese chico –. Don Cabañas clavó su mirada en el sacerdote, como calibrando su hombría. En realidad, ambos sabían que el muchacho no le interesaba nada, pero era del cártel, y eso si contaba–. Verá, reverendo,

es un chico con futuro.

-Estoy de acuerdo en eso, Don Cabañas.

-Sí, ambos pensamos igual, ¿verdad?

-Había pensado compensarle de una forma si tenía a bien cederme su educación, pues de eso se trata, de qué educación va a tener.

-Escucho su oferta, reverendo.

-Don Cabañas, ha mencionado alguna vez que le gustaría contar con un altar donde los fieles pudieran rezar y presentar sus respetos a Jesús Malverde y a la Santa Muerte, cosa a la que me he negado repetidamente.

-Sí, es cierto.

-Bien, le ofrezco esa capilla en la iglesia a cambio de la educación de ese muchacho.

Don Cabañas se quedó reflexionando unos minutos, buscando la trampa, por costumbre, más que nada. Era cierto que podía construir una iglesia y poner en ella todas las capillas que quisiera al patrón Malverde y a la Santa Muerte, pero no era lo mismo que tenerla en tierra bendita, con permiso del párroco. Ya se entendería él con el obispo.

-Interesante. Mis fieles tienen sus preferencias -explicó Don Cabañas.

-Es comprensible -comentó el sacerdote en tono conciliador.

-Si tanto le interesa el muchacho, le libero de sus obligaciones hacia nosotros, a cambio de esa capilla. Tengo su palabra.

-La tiene -afirmó el cura Ernesto.

-Bien. ¿Una copa?

-Eh, sí, gracias. A su salud, Don Cabañas.

-Es un placer hacer tratos con Dios.

A Ernesto se le atravesó la saliva en la garganta. Pero siguió sonriendo. Sabía que un día podía acabar troceado y encintado, pero de momento parecía que el alzacuellos le protegía. Esperaba que el Altísimo también lo

hiciera.

El carro de los narcos le dejó en el mismo lugar donde le recogió. Inmediatamente, el sacerdote fue a buscar a Miguel, y le encontró en los lugares de costumbre. Le llevó a su despacho y le explicó someramente la conversación con Don Cabañas y el trato al que habían llegado. El muchacho no sabía qué decir. Al fin habló:

-Le agradezco mucho esto que ha hecho por mí. Cuando yo marche, me gustaría que le diera a mis padres un dinero cada mes, y les dijera que lo he ganado para pagarme los estudios y para ellos.

-¿Ese dinero aquí? ¡No!, ¡Nunca!

-Pero padre, es la única forma... No puedo llevarlo a ningún banco.

-Claro, nadie honesto te lo cogería.

-Es por mis padres, se lo debo.

-¿En la Casa de Dios? ¡Nunca!

-Bueno, pues en su casa. Usted no es Dios, ¿verdad?

Ernesto quedó con la palabra en la boca, con la boca abierta, sin saber qué decir, esta vez él.

-A cambio, se puede quedar un tanto por las molestias y el favor, para la Iglesia, o para usted, como quiera.

El cura no sabía si reír o gritar. Al fin sonrió. No hacía demasiadas horas, él había negociado también de forma parecida.

-Sólo por tus padres, ¿eh?

-¿Un diez por ciento le parece?

-¿De cuánto dinero?

-De 185.000 pesos.

-¡Fiu! Eso es una fortuna.

-Sí, ¿lo entiende ahora?

-La tentación es muy grande.

-¿A que sí, padre? -. Miguel sonrió débilmente por primera vez en muchos días.

-Les daré la mensualidad a tus padres, pero no acepto mordida, ¿estamos? Estaría gacho, no estaría bien.

-Va.

## **8** **En Barcelona**

Salva entró en su piso y encontró a Adela leyendo unos documentos de Marea Violeta, un colectivo feminista en que militaba.

-Eric y Madeleine están en sus labores -informó con cierta ironía.

-¿ David?

-Está con la vecina que le cuidaba.

-¡Pero eso está al otro lado de la ciudad!

-Parece que aquí no estaba a gusto.

-¡Vaya!

Eric estaba de pie frente al pareo que le servía de manta para ofrecer bolsos de marcas falsificadas a las turistas. Se vendían bastante bien, porque eran bonitos y a buen precio, imitando el estilo de marcas reconocidas, pero infinitamente más económicos. Y, al fin, eran un bolso. Cuando se rompían, porque eran de plástico, se substituían y punto. Estaban en el parque que hay delante de la Fachada del Nacimiento del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia. Eran unos nueve, varios eran de Camerún, como él. Alguno había llegado en la misma patera y estaban juntos desde entonces. Otros eran de Nigeria.

El oteador dio la alerta: la patrulla, o quizá un secreta. Todos ellos estiraron los cordones de sus pareos y salieron corriendo con el hatillo al

hombro.

Tenían una entrada del metro cerca, y casi todos entraron a toda prisa, mientras una patrulla móvil y un par de motoristas de la Policía Local aparecían doblando la esquina.

Desgraciadamente para ellos, en aquella ocasión algún comercio debía haber interpuesto una denuncia, porque tres policías secretos de paisano estaban esperando tras las taquillas del metro. Les rodearon. Pese a que ellos eran muchos, sabían que no convenía agredir a un secreta. Además de ir armados, eso constituía un delito penado con cárcel, así que soltaron los fardos con desespero y se quedaron quietos.

–A ver, negritos, los papeles.

Las palabras temidas: los papeles. Ninguno de ellos tenía permiso de residencia. Habitualmente se limitaban a quitarles la mercancía y el dinero, pero una identificación equivalía a ser detenido, con todo lo que eso suponía.

Les hicieron pararse contra una pared mientras revisaban la escasa documentación que solían llevar: algún documento de Cáritas o una célula puramente informativa de la Conselleria de Habitatge (Departamento de Vivienda de la Generalitat), papeles sin validez oficial en cuanto a permiso de residencia se trataba.

Los secretas les quitaron el dinero y uno de ellos le ordenó a un nigeriano que le ayudase a cargar los fardos con la mercancía en una de las patrullas. Al poco volvió a bajar alterado:

–¡Se ha escapado el mamón! ¡Ese cabrón ha salido corriendo!

–¡Jajaja!, pues claro –exclamó otro de los secretas–. Mira que eres panoli...

Cuando subieron a la calle, había una furgoneta de los Mossos y les hicieron subir.

A Eric se le hundió el ánimo: aquello suponía su reclusión en un Centro de Internamiento para Extranjeros. Un calvario seguido de la expulsión. Sería separado de su mujer y su hijo y deportado a Camerún... y ya sabía lo

que le esperaba allí. No sólo habían emigrado por motivos económicos.

La furgona de la policía les condujo a una comisaría, donde se les tomó declaración.

Madeleine llegó a casa de Adela y Salva con satisfacción: había conseguido una habitación en una pensión barata. Se trataba de un lugar bastante degradado, pero no le exigían papeles. Esperaba encontrar allí a su esposo, e ir a buscar a David, su hijo.

–No ha venido todavía –le dijo Adela.

Pasaron lentas las horas. Al ponerse el sol, era la hora en que Eric ya no podría vender más bolsos, así que esperaron.

Y esperaron.

Llegó Salva de una reunión de la plataforma de movimientos sociales en que militaban ambos, y se encontró las caras de circunstancia de ambas mujeres.

–Quizá haya tenido que ir al proveedor.

–¿Tu amigo el mosso no podría decirte algo?

–No vayas diciendo por ahí que tengo amigos en la policía o me echan del partido –bromeó Salva, aunque un poco tenso.

Llamó a su contacto, y esperó unos minutos. Al poco colgó, tras dar las gracias.

–No figura por su nombre. Esta tarde han detenido a unos cuantos nigerianos que vendían bolsos en la Plaza de la Sagrada Familia.

–¿Todos nigerianos? –preguntó ansiosamente Madeleine.

–Eso me ha dicho, pero no sería la primera vez que se equivocan de origen –. Salva se detuvo. Había estado a punto de explicar la ocasión en que unos africanos fueron drogados y embarcados rumbo a África a un país equivocado. No era momento de explicar esas cosas delante de Madeleine.

-Tengo que recoger a mi hijo -dijo ella.

La acompañaron a buscar a David y luego a la pensión. Era un lugar tétrico, mísero, pero era un techo, y allí no corría peligro, al menos no por parte de la policía.

-Por la mañana iremos al CIE.

En el CIE (Centro de Internamiento para Extranjeros)

Eric despertó desorientado en medio de la noche, entre sus amigos, en una especie de prisión, con unas luces de emergencia brillando en las paredes, y unos funcionarios que daban rondas y hablaban sin mucha consideración hacia el sueño de los africanos.

Despertó de un sueño en el cuál un joven jefe indio le cantaba una canción que no comprendía, pero que le calmaba. Luego, el joven pintado de amarillo y negro, con un collar de plumas exóticas, semillas rojas y negras y dientes de animales colgando, encendió una pipa aromática y del humo surgió un jaguar inmenso, poderoso, que paseó su figura orgullosa ante él.

El sueño había sido especial, y le dejó cierta sensación de amparo. El mundo de sus antepasados le protegería.

## 9

### **En Mato Grosso do Sul**

Johnny, el Johnny al que habían dirigido a Laura y Kwaiuro, era estadounidense, de Kansas, de esos que odiaron la guerra de Irak pero también al tirano Sadam, de los que critican abiertamente la política exterior o de inmigración de su país, pero duermen bajo la bandera de las Barras y Estrellas. Estaba ante la doctora y el nativo amazónico.

Era observador independiente (es decir, sin un contrato ni paga alguna) para Human Rights Watch y miembro activo y oficial de Amnistía

Internacional. Y se ganaba la vida como ingeniero de comunicaciones, que en aquellas latitudes se podría traducir como 'doctor de ordenadores y sistemas informáticos' o alguna ocupación similar, como free lance en asesoría publicitaria, o mil otras especialidades parecidas.

Si hubiera trabajado para la compañía podría haber ganado mucho dinero con su titulación, pero no pensaba que fuera honesto trabajar a tiempo parcial para quienes robaban la tierra o mataban a quienes en su otra mitad de la jornada debía defender.

Aún así había gastado unos miles de dólares de sus ahorros en un excelente Jeep todo terreno, del que se apeó ante el Hospital donde le esperaban Laura y Kwapiuro.

Le sorprendió encontrarse ante un guaraní kaiowá que hablaba decentemente el portugués brasileño, dado que Laura y él mismo le explicaron que recién salía de la jungla verde. Pero no hizo preguntas. Estaba acostumbrado a que aquella gente tan peculiar le sorprendiese de alguna forma.

Escuchó el relato de Kwapiuro sobre el acoso mortal a que los sicarios de la compañía sometieron a su tribu, los asesinatos reiterados y, por fin, la huida y la persecución, que en esos momentos todavía proseguía. El joven kaiowá no mencionó el éxodo de su tribu hacia un refugio ancestral del que ningún hombre ni mujer blanca habían oído hablar nunca (ni oirían).

–Veamos –intervino cuando el guaraní parecía haber finalizado–: dices que el jefe de tu tribu te dijo que debías hablar con el relator especial.

–Sí. Relator especial.

–Umm... bueno, creo que te quería indicar que te dirigieses a alguien de las Naciones Unidas. El Relator Especial es la autoridad encargada de hacer respetar los derechos de los Pueblos Originarios. Es la persona con autoridad (más o menos, la verdad) para detener a los pistoleros. Si es que alguien puede. El Relator Especial está en la sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, pero quizá podamos llegar hasta él sin viajar tanto. Las Naciones Unidas tienen sede en las principales ciudades del mundo. Me informaré, pero creo que en alguna capital cercana habrá una. El... eh... ¿cómo dijiste que se llamaba?

–Kwapiuro.

–¿Kwapiuro estará en condiciones de viajar?

–Le he realizado un examen y en mi vida vi a nadie más sano y en forma. Podría ir a la Luna, creo yo.

–Bien. ¿Tienes equipaje, Kwapiuro?

–Mi bolsa –respondió sujetándola firmemente. En ella iba su rueda de medicina (su collar), algunas hierbas medicinales y, lo que quizá era más necesario, si bien no más importante, el machete de campo.

–Pues iremos haciendo millas, si te parece. Si las cosas están como me has explicado, cuanto antes mejor.

Montaron en el Jeep y Johnny condujo con la mayor rapidez que le permitían las carreteras abiertas provisionalmente por la compañía hacia su domicilio, que era también su centro de operaciones en Amnistía Internacional y en Human Rights Watch. Allí tenía una conexión segura a Internet y averiguaría la sede más cercana de la ONU, aunque él pensaba que era en Cuiabá. Como fuera, había una gran distancia, en un país enorme con magnitudes fuera de toda medida.

## **10 En Barcelona**

Los CIE eran (y son) centros de internamiento y, en la práctica, un paso previo a la expulsión de sin papeles. Hace unos años, estaban controlados por la Policía y, en la práctica, era peor que si fuese una cárcel, debido al vacío legal que permitía todo tipo de abusos, pero las protestas de asociaciones como *Papers Per Tothom* y campañas digitales (en concreto la última de un gran periódico de Barcelona), habían conseguido que se hiciesen cargo los organismos civiles adecuados. Sin embargo, su situación legal parecía seguir un poco en el limbo.

En el CIE nadie quiso informarles sobre el destino de Eric o su situación, ni siquiera si se encontraba internado allí o no.

Otras familias de los africanos supuestamente detenidos aquella tarde estaban en su misma situación. Madeleine habló con varias esposas desesperadas, algunas de las cuales no entendían casi nada de castellano o catalán. Les informó de la situación y de cuál era el problema para acceder a sus esposos. Poco a poco se fueron reuniendo alrededor de

Salva y Adela, que parecían saber lo que estaban haciendo, o lo que se podía hacer.

Salva cogió su teléfono móvil y comenzó a solicitar apoyos, tanto de otros militantes como de alguna autoridad próxima a él.

Tenía ya una idea acerca de la reclamación que procedía, en cumplimiento de la nueva normativa sobre los *Centros de Internamiento para Extranjeros*, pero cualquier duda se la aclaró Alex, de *Amnistía Internacional Barcelona*.

–Los internos deben ser informados por escrito de sus derechos, y tienen la posibilidad de efectuar una llamada a su abogado y a una persona del exterior.

–¡Mierda, no sabe mi teléfono ni tiene abogado!

–En ese caso has de presentar un *recurso de indefensión* ante el juez de instrucción que haya autorizado su ingreso, y deprisa.

Los siguientes minutos se parecieron a una película de los Hermanos Marx ('Los Hermanos Marx en Trostkilandia', por ejemplo). Salva se peleó dialécticamente con todos los funcionarios a los que requirió información acerca del juez de instrucción. Al no ser representantes legales del ingresado, se les negó la información.

A fuerza de pura tozudez, tuvo la inmensa suerte de toparse con una funcionaria que estaba estudiando Derecho y todavía se tomaba en serio esas cosas, y que sabía que la indefensión es anticonstitucional y además está contra la *Carta de Derechos Humanos*, y dicha funcionaria, llamada Bárbara, movió los contactos necesarios para averiguar el nombre y juzgado de quien había autorizado el ingreso de los detenidos la tarde fatídica.

A través del juez consiguieron saber al fin dónde estaba Eric, y cuál era su situación. Se estaba incoando un expediente de expulsión.

Finalmente, horas más tarde, Eric tuvo acceso a un abogado amigo de Salva. De paso, representó al resto de ingresados en aquel operativo, pues la mayor parte estaban en las mismas o parecidas circunstancias que

Eric.

El abogado se llamaba Jordi. Entró en contacto con Salva tiempo atrás, durante las acampadas del 15M que ocuparon la Plaça de Catalunya. Había formado parte de la Comisión Jurídica y desde entonces había prestado asistencia legal a los detenidos, tanto durante el 15M como, posteriormente, durante las multitudinarias manifestaciones y huelgas generales.

Cuando Eric pudo explicarle a su abogado las circunstancias de su arresto, inmediatamente comenzó a elaborar un recurso basándose en varias violaciones graves de derechos civiles cometidas en el proceso de identificación y arresto. Pero Jordi no era optimista acerca de su resultado.

Jordi abandonó la sala de visitas del CIE y salió a la calle. Era como volver del infierno.

Se encaminó al domicilio de sus amigos, para ponerles al corriente de la situación. Le recibió Adela e inmediatamente le invitó a comer con ellos y Madeleine.

–Presentamos cientos de recursos iguales cada semana, y muy pocos son atendidos –explicó a Salva cuando Madeleine no le estaba escuchando.

–¿Qué más se puede hacer?

Jordi quedó pensativo.

–Una vez conocí a alguien... –empezó a decir, pero no terminó la frase.

Dejó a sus amigos y a Madeleine, que se marchó a buscar a su hijo al otro lado de la ciudad.

*Una vez conoció a alguien. Un hombre, un hombre extraño, diferente.*

Cuando abandonó el domicilio de Salva y Adela, el recuerdo de ese alguien especial volvió a su mente. En aquella época, habían jurado ser la diferencia, establecer la línea en la defensa de lo correcto. Habían soñado

y habían creído.

Quizá podrían volver a creer. Quizá él podría volver a soñar.

Entró en una cafetería donde servían un buen café de Brasil y se sentó a una mesa. Cuando le sirvieron su taza, la degustó con placer.

*Una vez conoció a un hombre diferente al resto de las personas que trataba. Un hombre sencillo, silencioso y profundo. Alguien que había vuelto de la jungla del Mato Grosso con un disparo en el costado que le dejó una cicatriz y mucha sabiduría.*

Sacó su móvil y buscó el contacto en la agenda del mismo.

Sonó un tono, luego otro y otro más. Finalmente, una voz suave, que le devolvió al pasado, respondió:

-Hola.

-Hola, Éadrom, soy Jordi, el abogado.

-Te recuerdo. ¿Eres feliz?

Típico de Éadrom. 'éadrom' era un apodo que le pusieron sus seguidores cuando todavía daba enseñanzas públicas. Significa luz, sutil, en gaélico irlandés.

-Hago lo que puedo. Sí, creo que sí.

-Créeme, si fueras infeliz lo sabrías. Imagino que tienes un dilema.

-Más bien un problema. Estoy tratando de ayudar a un hombre que está retenido en el CIE y al que van a expulsar a Camerún. Tiene mujer y un hijo pequeño. He elaborado un recurso, pero no creo que prospere.

-Creo que haces eso todos los días. ¿Por qué me llamas hoy?

Jordi se quedó pensando. Efectivamente, ese caso se le presentaba bastante a menudo. Pero esta vez se había sentido impulsado a llamar.

-No lo sé. Quizá ya estoy hartito.

-Quizá hay un motivo oculto.

Jordi sonrió.

-Contigo siempre hay un motivo oculto.

-Es que siempre lo hay. Bien, dame los datos. Haré lo que pueda.

Se los dictó.

-Gracias, Éadrom.

-Te llamo.

-Bien. Obligado.

-Ah... sí, la jungla. Bueno, adiós.

Aquella voz siempre le transportaba a un mundo mejor. Éadrom no sólo era un filósofo de la jungla, también tenía amigos poderosos. Uno de esas extrañas ocasiones en que la espiritualidad había conseguido coger la varita mágica de las influencias terrenales.

Cuando volvió de la selva brasileña tras pasar un par de años con los *huitoto* y aprender de ellos muchas cosas sobre la vida, sobre los fundamentos de la vida personal y comunitaria, y tras recibir un disparo y ver morir violentamente por la codicia blanca a muchos de aquellos y amigos de la jungla, elaboró un sistema de pensamiento o filosofía, cuya base consistía en: *"Tus actos establecen la diferencia. Si puedes evitar un mal, debes hacerlo. Si puedes mejorar la vida, debes hacerlo"*.

Comenzó a dar charlas informales y poco apoco reunió a un grupo de personas a quienes su filosofía les dotó de una meta, una guía en la oscuridad. Una tarde se planteó la cuestión de si eran una secta, una religión, o qué eran. Y fue Gringo quién dijo: *"Somos un grupo de guardianes. Protegemos la vida, defendemos la tierra con nuestros actos"*. Desde entonces se nombraban a sí mismos como los guardianes.

Éadrom caminó a la mañana siguiente hasta un café enorme que estaba frente a una sede diplomática, cuya nacionalidad no viene al caso. Entró y fue saludado afectuosamente por las camareras (casi en su mayoría mujeres, y casi en su mayoría latinas de piel oscura). Era un hombre

delgado, de rasgos afilados y una barba blanca que le daba un aire místico.

Se dirigió decididamente hacia una mesa del fondo del local, donde estaba sentado un hombre de unos sesenta años, que lucía un traje evidentemente caro y, sin embargo, emanaba una gran humildad. La humildad de quien ha vivido muchas desgracias que no ha sido capaz de evitar.

-Buenos días, señor cónsul.

-Buenos días, Éadrom. ¿Todavía no te han cambiado el mote? Me cuesta mucho pronunciarlo -respondió el aludido con cierto acento británico muy disimulado.

-Le tengo cariño a éste -. Sonrió.

-Tómame algo conmigo, anda. para celebrar que me jubilo.

-Esa es una mala noticia para mí, siempre me sacas de apuros.

Una de las chicas llegó y Éadrom pidió una infusión de roibos con almendras. Pronto, el aroma africano se extendió por los alrededores.

-¿Qué tal sigues? -preguntó el cónsul honorario de un pequeño y lejano país.

-Sigo brillando -respondió con una sonrisa-. Harry, necesito un nuevo favor.

-Es un placer hacerte favores, aunque casi nunca tienes ocasión de devolverlos.

-Ja, ja, mejor que no los necesites. Verás, tengo un amigo sin papeles en el CIE de Zona Franca, y lo van a expulsar a Camerún. Y, por alguna de esas razones que tú y yo compartimos, creo que es importante que se quede aquí.

-Veré qué se puede hacer, dame sus datos...

Siguieron charlando de esas vanalidades que constituyen la vida cotidiana de las personas mayores, sobre todo de las que no pueden decir todo lo que piensan. Éadrom tenía unos veinte años menos que su amigo el cónsul, pero el nivel filosófico que casi todos le adjudicaban le transformaba en un viejo virtual. Pausado y reflexivo, en realidad parecía tan mayor como su amigo, excepto que se mantenía en una perfecta

forma física.

El cónsul honorario de un país pequeño pero de importancia estratégica cuenta con cierto peso específico y algunos recursos diplomáticos. De vuelta a su despacho, realizó la que sería una de sus últimas acciones oficiales: examinó detenidamente los datos que Éadrom le había proporcionado y redactó una notificación dirigida a la administración correspondiente con autoridad sobre el CIE. Había una jerarquía legal que cumplir y, si bien Eric estaba implicado en una falta administrativa, un CIE no estaba considerado una prisión. Si actuaba una legislación de tipo superior, debía ser entregado para resolver el sumario más grave. Para entonces, Harry habría resuelto la situación legal de Eric y, como mucho, recibiría una multa por vender falsificaciones de bolsos de marca (*"en qué tonterías ocupaban a las fuerzas del orden, habiendo narcos sueltos y bandas de ladrones circulando libremente"*, pensó Harry).

Él estaba autorizado a expedir documentación para empleados suyos en tránsito por el país. Eric pasaría así a ser considerado un trabajador del Consulado. Y mientras lo tuviera a su cargo en el territorio consular (es decir, en el edificio), tramitaría su permiso de residencia y el de su familia.

Se sentía bien haciendo el trabajo de los guardianes. Un poco de humanidad en un mundo burócrata y canalla.

## 11

### **Mato Grosso do Sul**

*"¡Dios!",* pensó Johnny, tras una hora de buscar por Internet una oficina de las Naciones Unidas lo más cercana posible.

Se encontraban los dos en el pequeño despacho que utilizaba, en la parte delantera de su vivienda, con unas ventanas que daban al exterior. Era un territorio de nadie, ni jungla ni compañía agrícola. Alguien la compró hacía muchos años, y la había mantenido, con la vivienda en su centro, pero cerca de los límites de ambos. Ideal para una ONG.

Realizó un último intento, y tecléo *'Asociaciones de las Naciones Unidas en Brasil'*. El resultado arrojaba un alud de siglas, ninguna de las cuales le servía de mucho. Algunos organismos agrarios asociados a la ONU, planes de protección medioambiental, pero nada relacionado con el *Relator Especial*. Al fin, en un enlace proporcionado por un enlace de un enlace,

encontró:

*"ACERCA DE UNIC RIO:*

*En 1946, la Asamblea General creó los Centros de Información de las Naciones Unidas, conocido por sus siglas, Unics, que tiene como misión principal dar a conocer las actividades de la Organización. UNIC Rio fue el primer centro en abrir sus puertas en América Latina y trabaja desde 1947 en la ciudad de Río de Janeiro (...) Más información | Fechas Internacional | Registrarse | Contáctenos. "¿Cómo y cuándo hacer las denuncias de violaciones de derechos humanos?"*

*Las Naciones Unidas tienen un procedimiento de presentación de quejas de violaciones de derechos humanos. Sin embargo, debe quedar claro que estas denuncias deben hacerse sólo cuando se han agotado todos los recursos legales en el país de origen de la denuncia.*

*Antes de presentar su informe, el autor debe buscar consejo y órganos como las comisiones de derechos humanos, defensores públicos locales, regionales o nacionales, secretarías de promoción de los derechos humanos, los asuntos internos o fiscales a nivel estatal o federal. Brasil tiene, por ejemplo, el Defensor del Pueblo Nacional de Derechos Humanos (ir en [www.sedh.gov.br](http://www.sedh.gov.br) / ombudsman ). Estos organismos deben buscar antes de recurrir a las organizaciones internacionales.*

*Según los procedimientos de la ONU para denunciar violaciones de derechos humanos están disponibles... " Y una dirección física: "Centro de Información de las Naciones Unidas | UNIC Rio*

*Ministerio de Relaciones Exteriores Palacio | Avenida Marechal Floriano, 196*

*CEP 20080-002 | Rio de Janeiro RJ Brasil"*

Kwapiuro observaba todas sus acciones. Le eran totalmente desconocidas, pero se abstuvo de preguntar nada. Johnny le explicaba de vez en cuando lo que estaba haciendo, y el kaiowá lo asimilaba con admirable rapidez. Le era desconocido, pero no pensaba que fuera sobrenatural. Simplemente, era 'raro'. Le habían enviado a un mundo de gente extraña, y así lo aceptaba.

Johnny envió un correo electrónico a la sede de Amnistía Internacional y

otro a Human Rights Watch.

–El representante más cercano está en Río de Janeiro. Eso es muy lejos, voy a hablar con otras personas, a ver si hay un medio más rápido de entrar en contacto.

–¿Vas a hablar a través de 'eso'?

–Es como una señal, sólo que llega más lejos que el humo o un tambor. Igual que he buscado como en un mapa, puedo enviar una señal.

Kwapiuro se quedó mirando cómo el americano utilizaba su ordenador. Al poco, le contestaron de Human Rights Watch:

"Me apena decirlo, pero recibimos noticias similares todos los días. Por supuesto, puedes coger un avión y plantarte en Río, pero la burocracia de la ONU es tan grande y vuestra voz tan pequeña, que dudo mucho que os solucionen nada. El trámite es dirigiros al mismo gobierno que tolera esas violaciones de Derechos Humanos, de forma que la cosa está bien cruda. Lo siento. Desde aquí enviamos una nota urgente al Relator Especial. Suerte".

Poco después llegó una respuesta en parecidos términos desde la sede de Amnistía Internacional. Añadían algo que Johnny ya sabía: estaba en marcha una campaña para concienciar de ese drama a través de Internet. Él mismo había recibido el correo con la campaña, por supuesto.

Al levantar la vista del ordenador se dio cuenta de que Kwapiuro le estaba mirando, a la espera de una solución.

–Eh... creo que habrá que viajar.

–Bien, no importa.

Una furgoneta se detuvo frente a su pequeño despacho. La oyeron frenar y la vieron a través de las ventanas. Tres hombres con mal aspecto se bajaron de ella. No parecían ir armados, pero Johnny escondió rápidamente a Kwapiuro en su vivienda y cerró la puerta con llave.

–¿Qué desean? –preguntó cuando entraron, con cierta rudeza.

–Nos han dicho que escondes a un indio aquí. Queremos hablar con él.

-¡Vaya! ¿Quién les ha dicho eso? Aquí estoy solo yo.

-¿No te importará que miremos, verdad?

No lo había dicho en tono de pregunta, sino más bien era una orden disimulada.

-Verá, quien quiera que sea usted, está en la sede de Amnistía Internacional y Human Rights Watch y además en mi domicilio. Ya se qué clase de diálogo usan con los nativos, pero yo soy ciudadano norteamericano, estoy amparado por las leyes internacionales y, aunque eso a ustedes les importe un rábano, les puede causar graves problemas. Un conflicto diplomático traerá una investigación a fondo. Mi gobierno no juega con esas cosas.

Los tres desconocidos soltaron una carcajada, pero, a pesar de las fanfarronadas, lo que les había dicho Johnny era verdad, y lo sabían. Por el momento no debían pasarse de la raya. Por el momento.

Igualmente, Johnny sabía que, a pesar de todo, muchos periodistas y activistas habían muerto asesinados allí. Incluyendo monjas y sacerdotes.

Al fin, los tres hombres se subieron a la furgoneta y se marcharon. Johnny esperó un tiempo prudencial y entró a buscar al kaiowá.

Pero allí dentro ya no había nadie.

Kwapiuro se deslizó sigilosamente por la vegetación que rodeaba la vivienda de Johnny, bastante aislada en un claro. El sol se había ocultado y Kwapiuro había observado a Johnny preparar la cena. Al parecer no le había extrañado demasiado su ausencia.

Llamó a la puerta y el americano le abrió.

-Supuse que volverías. No tienes dónde ir.

-Sí, sí tengo. Tengo que ir donde está el relator especial.

-Eso es muy lejos.

-¿Importa más ir lejos que morir cerca?

Johnny se quedó pensativo. Tenía varias tareas en marcha. Pero algo le decía que era importante ayudar al joven. Algo en la intensidad de su mirada, o en su absoluta sinceridad. Algo que Johnny sólo había encontrado allí, en la selva: la autenticidad de una fuerza de vida. Y estaba dispuesto a formar parte de ella de cualquier forma.

–Bien, Río de Janeiro. Tú no tienes equipaje, pero yo debo hacer el mío. Quizá estaré más seguro lejos de aquí por un tiempo.

Los pistoleros no se habían alejado mucho de la casa.

La presencia de un forastero vestido de cualquier manera y con el corte de pelo de la selva no había pasado desapercibida para los operarios de la compañía, que era la contratista de los sicarios, por decirlo así, y les había puesto sobre aviso. Habían preguntado por toda la zona. A pesar de la discreción de la doctora, todos allí trabajaban de una forma u otra para la empresa multinacional, y habían visto el Jeep de Johnny. No era un auto muy común allí, y había despertado algún comentario, que llegó a oídos indeseables.

Ahora, vieron partir al Jeep a toda prisa, y distinguieron dentro al kaiowá. Sacaron una emisora portátil y lanzaron la alerta por toda la región.

## **12** **En México**

El padre Ernesto, en su parroquia de un lugar de México famoso por sus iglesias y monumentos históricos, cumplió su palabra (más le valía) y pronto los fieles de Jesús Malverde y de la Santa Muerte pudieron rezarles en la propia iglesia.

Jesús Malverde fue un famoso bandido que nació en una familia muy pobre y consiguió hacerse un nombre oponiéndose a los poderosos y ayudando a los pobres, hasta que fue traicionado por uno de sus hombres, su Judas particular. Desde entonces su fama arraigó entre las clases más humildes de México. Y la Santa Muerte es eso, un esqueleto, una dama, temida y deseada, una forma de encarar lo inevitable en una tierra donde la muerte es cercana y familiar.

Ernesto sabía lo que le esperaba: las gentes bien pensantes abandonaron su iglesia, y le denunciaron al obispo.

Pero eso poco le importaba. El chico quedó libre para pensar en su futuro. Quería estudiar en alguna Universidad de México, pero el cura temía que sus raíces brotaran de nuevo con cualquier excusa, o bien que Don Cabañas se lo pensase si el obispo mandaba retirar las capillas nuevas y coloristas. Debía reconocer que añadían un toque entre surrealista y folklórico. Así que habló con un amigo suyo, no un parroquiano, pues ese amigo no era de muchas misas, pero se tenían plena confianza mutua. Ese amigo tenía contactos en todo el mundo. Compartían la misma filosofía de 'marcar la diferencia' allí donde estuvieran.

Le encontró en su lugar habitual de trabajo: el Instituto de Arte Moderno.

Tras saludarse, Oscar, que así se llamaba, le acompañó mientras hablaban a un recorrido por las salas de exposición.

–¿Te gusta éste? –preguntó Oscar parándose ante una obra un tanto extraña, con colores y líneas caóticas. Producía una impresión fuerte. A Ernesto le costó definir cuál era esa impresión.

–Tiene fuerza, pero todavía no sé lo que me inspira.

–Quizá si te explico, lo sabrás. El autor se cortó las venas y mezcló su sangre con la pintura, y lo realizó en los últimos instantes de su vida.

–¡Dios mío!, ¡qué barbaridad!

–Estaba enfermo. Muy enfermo.

Siguieron el recorrido. El sacerdote se preguntó cómo enfocar el asunto. No podía empezar diciendo: "tengo una bronca con el narco".

–Oscar, tengo un problema con un chico. Está en líos, es decir, saliendo de ellos, y debería mandarlo a estudiar lejos de aquí. Él quiere estudiar en una universidad mexicana, pero yo creo que sería mejor que se ausentara un tiempo.

–¿Narcos?

Ernesto asintió con un gesto.

–¿Y necesitas que le ayuden económicamente?

–Oh, no, no es eso. El muchacho tiene lana de sobra.

–¿Lana? –. A Oscar le hizo gracia. Por supuesto, conocía lo que significaba eso.

–Ha conseguido dinero, pero lo que necesita es asesoramiento. No quiero dejarle solo en una ciudad extraña, para que vuelva a una pandilla, o algo peor.

–Entiendo. Necesitas a mis ángeles guardianes.

–Sí –reconoció el cura.

–Ja, ja, ja, ¿no te basta con los tuyos?

La vieja controversia entre el mundo religioso y el mundo laico.

–Una universidad es tierra de nadie, un lugar donde ir a clase. Vosotros actuáis de otra forma.

–Vaya, al menos lo reconoces.

–Nunca te lo he negado.

Se detuvieron ante otra obra, que era enorme. Parecía representar a una manifestación obrera, una mezcla entre Sagal y Rivera.

–¿Y éste? –preguntó Oscar.

–Me gusta más que el otro. Tiene influencias de Diego Rivera.

–Efectivamente. Es uno de los mejores nuevos valores. Y ese de allí es un Rivera

–Me gusta Rivera.

–Y a mí –. Se volvió hacia su amigo, como para cambiar de tema–. Tengo un amigo en Barcelona, y tú eres jesuita, seguramente podrías ponerte en contacto con alguien allí, para atender su educación.

–Es una excelente idea, además el chico tiene recursos sobrados para pagar cualquier colegio. Pero, ¿por qué tan lejos? ¿No podría quedarse en

América?

-Poder, podría. Pero mi amigo le puede proteger allí.

-Ya, temes al largo brazo de los narcos.

-Sí. Allí estará relativamente a salvo. Mañana ya sabré algo, ¿por qué no me llamas por la tarde?

-Va.

-¿Va?

-Ah, quiero decir que vale, que sí, te llamaré.

Oscar se lo quedó mirando con una sonrisa. A eso se le llamaba identificarse con la parroquia.

-¡Ándale, cuate, no hay pex! -exclamó Oscar, sorprendiendo al sacerdote, que se rió.

-Gracias, cuate.

Y así fue cómo el chico de México se marchó al otro lado del mundo.

## 13

### En Barcelona

Miguel desembarcó en el Aeropuerto del Prat del Llobregat, en la terminal de llegadas internacionales, e inmediatamente se sintió desorientado y confundido. No encontraba la cinta donde se suponía que debía estar su equipaje, además, tras tantas horas de vuelo, se encontraba mal, flojo y con hambre y sed, mareado y, sobre todo, añoraba a su familia. Y aún no habían pasado 24 horas. ¿Qué sería de él dentro de unos meses, o años? No se sentía capaz de acabar sus estudios allí. No debería haber hecho caso al cura. ¿Para qué le enviaría tan lejos? ¿quería convertirle en un seminarista, o algo así?

Tras preguntar varias veces, encontró la cinta por donde saldrían los equipajes de su vuelo, según aseguraba una pantalla. Había pasado tanto tiempo buscándola que las primeras maletas ya salían. Entonces vio al hombre con el letrero con su nombre. Se acercó a él.

-Yo soy Miguel.

-Encantado, yo soy Josep. Voy a ser tu guía.

-¿Es usted cura? - le preguntó con aprensión.

-No, no soy cura. Soy amigo de un amigo del sacerdote de México.

-Mejor -dijo, pero se arrepintió en seguida: el cura Ernesto había dado la cara por él.

Recogieron el equipaje y Josep le montó en su coche. Condujo por carreteras interminables hasta la salida de la Terminal 2 y luego hasta la capital. Miguel miraba por la ventanilla en silencio, sintiéndose totalmente perdido. Aquello era muy diferente a su tierra, a su barrio donde había crecido. Hasta se le hacía extraño el acento de aquella gente.

Al cabo de un tiempo interminable, el carro estacionó en una calle pequeña y tranquila y Josep le ayudó a subir las maletas hasta un segundo piso con ascensor.

-Oscar me dijo que no tenías problemas de dinero, así que he hablado con una mujer de confianza. Le pagarás a primeros de mes, cuatrocientos euros, y es muy barato, te aviso. Mejor si no constas en el censo, así que ella se fiará de ti. Yo no, me darás otros cuatrocientos a cuenta por si decides vivir tu vida sin avisarnos.

-Mi viejo me enseñó que un hombre que no tiene palabra, ni es hombre ni nada. Se puede confiar en mí.

-Me alegro de saberlo, pero me los darás igual. No te supone un problema, ¿verdad?

-No, es decir, creo que no.

-Tranquilo. Abrirás una cuenta corriente aquí en la esquina, y el cura te ingresará una cantidad razonable, no tanta para que el banco notifique a Hacienda, pero suficiente para tus necesidades. Irá reponiendo la cantidad conforme se gaste, ¿te parece? Si no te parece, no haber aceptado dinero negro.

-Está bien, me fío del cura Ernesto.

-Me alegro de escuchar eso.

-¿Dónde está la universidad?

-Aquí cerca tienes el metro. Has de cogerlo hasta Plaça Universitat. Creo que ya hiciste la preinscripción desde tu ciudad.

-Sí, el cura me ayudó.

-Tendrás que pasarte para confirmar, pagar y firmar. Pide una cláusula de confidencialidad de tus datos, para que no constes en Internet. Haz lo mismo cada vez que rellenes algún papel, ya sea un contrato para un teléfono, o cualquier otra cosa.

-No se me había ocurrido.

-Por eso estoy yo aquí. Soy una especie de ángel guardián. Pero no hago milagros. Bueno, te dejo para que te instales.

Josep se marchó, amplificando la sensación de soledad de Miguel. Recorrió el piso. No era muy grande, pero tenía todo lo necesario: dos habitaciones, una cocina, un baño con ducha, un comedor, televisor, una radio vieja, y algo que fascinó al muchacho: alguien había olvidado una caja de cartón en un armario con postales viejas de Barcelona, recuerdos de viajes por todo el mundo y un par de álbumes de fotos. Estuvo una hora entera mirándolas, hasta que se dio cuenta de que tenía el equipaje sin deshacer y no había comida en la nevera. Buscó las llaves del piso y bajó a la calle. Memorizó el nombre y el número del portal y caminó un par de travesías al azar.

No tardó en encontrar un kebab. Él no conocía ese tipo de locales, pero olfateó la carne cocida y entró. Resultó ser comida turca y paquistaní. Había viajado con una cantidad prudencial de dinero cambiado en euros, así que pidió la carta y eligió por el aspecto de la comida.

Cenó a gusto y de camino descubrió un super pakistaní (o hindú, eso no le quedó claro) y compró galletas, chocolate, y algún que otro capricho.

Bueno, quizá Barcelona tendría cosas buenas, después de todo.

Encendió el televisor y probó un par de canales. En uno hablaban un idioma que no entendía. El otro era en castellano. Cambió los canales hasta que encontró uno en que hubiera una película. Resultó ser Águila Roja. Le entusiasmó. Pensó que el México de hacía unos siglos se

parecería algo, un poco siquiera, a lo que mostraba la serie.

Un par de horas después sintió sueño. Entró en el dormitorio. Había una cama, sí. Tendría que hacerla. Abrió el armario, en busca de la ropa de cama, y descubrió, con horror, que nadie había pensado en eso.

Mientras tanto, en su tierra de origen, cada quien trataba de seguir su vida con cierta normalidad.

El sacerdote Ernesto tomó un café cargado justo a tiempo: a los dos minutos el señor obispo llamó a la puerta de la sacristía. La visita había sido anunciada la noche anterior.

–Ilustrísima –saludó, besando el anillo.

–Padre Ernesto, es una sorpresa visitar la iglesia. Un monumento del siglo XVI, la principal iglesia de la zona, casi una basílica.

–Sí, Ilustrísima, es una bella iglesia.

–Por eso quizá sorprende aún más ver esos esqueletos en la capilla nueva. Y esa imagen pagana de un bandolero, Jesús Malverde le llaman, ¿verdad?

–Sí, Ilustrísima.

–Voy a ir al grano, padre. Voy a pedirle amablemente que desmantele la nueva capilla. Si lo hace, olvidaré el incidente y no tomaré medidas disciplinarias.

–Su Ilustrísima debe comprender: esa capilla es el precio del futuro de un muchacho.

–Entiendo más de lo que usted cree. Se trata de Miguel y ese narcotraficante, Cabañas se llama.

–¿Lo sabe?

–Dios está en todas partes –respondió el obispo.

–“No tomarás el nombre de Dios en vano” –respondió Ernesto, citando

uno de los Mandamientos.

–¿Es más importante el futuro de ese chico que la atención al resto de los feligreses?

–Si no cuentan las personas, esta iglesia carece de sentido. Se han ido porque han querido. Hay otras capillas, si la de la Santa Muerte no les gustaba.

–Se han ido porque ha abierto usted las puertas a los fieles del narco.

–También son hijos de Dios. Cuando el Santo Padre bendijo a Pinochet, es lo que nos contestaron, ¿verdad?

–No es lo mismo.

–Nunca es lo mismo cuando uno es pobre.

–Ahora le ordeno que desmantele esa capilla.

–Su Ilustrísima no tiene autoridad sobre un jesuita, debería saberlo. Yo sólo respondo ante mi Provincial y el Santo Padre.

–Por esa razón, tengo aquí una orden por escrito del Provincial de los Jesuitas, ordenándole que se deshaga de cualquier capilla no autorizada por el Vaticano.

–Matarán a sus padres si falto a mi compromiso.

–Usted no podía hacer pactos con el narco.

–Mientras siga en la parroquia, mantendré mis compromisos.

–Por eso mismo, la orden incluye un traslado. Lejos, muy lejos –. Le tendió el papel con el sello oficial y la firma de su provincial.

## **14** **La Misión**

El Consulado estaba en un edificio de la *Izquierda del Ensanche*, en una gran avenida repleta de tráfico, y en su esquina había una cafetería que llevaba abierta cerca de sesenta años. El personal del mismo solía tomar el desayuno allí.

Eric estaba sentado ante Harry, en la sede del Consulado. Harry le había llamado a su despacho cuando subió de tomar el suyo. Y el cónsul honorario no tenía buena cara.

–Eric, han denegado tus papeles, por estar incurso en un delito de faltas. Al parecer alguien denunció a los vendedores por vender género falsificado y, mientras estés implicado en eso, no puedes solicitar el permiso de residencia.

El camerunés permaneció mudo.

–Sin embargo voy a utilizar 'la puerta trasera', como se dice. Tu familia no corre peligro, ya he solicitado su residencia, y ellos no están implicados en ningún sumario. Mientras permanezcas en territorio consular, no pueden expulsarte. La sentencia saldrá pronto, me ocuparé de eso. Si hay multa, la pagaré. Pero deberé justificar tu trabajo para el consulado, de forma que te he incluido en una misión diplomática. Una vez que presente eso, no podrán negarte la residencia, como trabajador habitual aquí.

–¿Una misión? –. Ahora sí que estaba sorprendido.

–Sí. Un viaje. Verás, sabes hablar castellano decentemente, y creo que inglés.

–Sí. En Camerún trabajé en un hotel.

–Eso me viene bien. Te enviaré con una colaboradora, una activista de una ONG, que ha solicitado ayuda. Se llama Isabel, y es de Human Rights Watch.

–No les conozco.

–Son observadores independientes de Derechos Humanos. Denuncian los abusos.

–Eso está bien. No quiero alejarme de mi familia, pero si no hay más remedio, que sea para ayudar.

–Buena actitud. Te aseguro que volverás pronto y para entonces tendré resuelta tu situación.

Harry había hablado por teléfono con Éadrom y su mentor y amigo había

movido sus hilos.

Éadrom entró en la biblioteca de la Facultad de Geografía e Historia y buscó con la mirada a su antigua discípula Isabel. La encontró leyendo en una de las mesas.

–Buenos días, pajarillo –saludó.

–Hacía mucho que no me llamabas así –. Sonrió mientras se levantaba para darle a su mentor un par de besos.

–¿Estudiando?

–Documentación sobre Brasil. Quería refrescar mi memoria.

La misión de Isabel en Brasil tenía que ver con los asesinatos de Lucía Mouto y Pedro Aluche. La Oficina Regional de las Naciones Unidas les había requerido como observadores imparciales de la vista.

–Bien hecho.

Tras intercambiar unas palabras amistosas acerca de cómo se encontraba cada uno, Éadrom entró en el tema por el cuál había convocado a su amiga.

–Verás, alguien me dijo que vas a ir a Río de Janeiro para apoyar un tema, y tengo un amigo que necesita colocar a un hombre en una misión diplomática para justificar su solicitud de residencia en Barcelona. Quisiera que lo llevaras como ayudante. Sabe hablar castellano, camerunés e inglés. Y está acostumbrado a trabajar, quizá te sea útil. Por eso te llamé.

–Me vendría bien un poco de ayuda, pero no puedo pagarle el viaje.

–Por supuesto, de eso se ocuparía el consulado.

–¿El consulado?

–Mi amigo es cónsul honorario. Podría ayudar a tu misión que te diese un certificado diplomático..

–Me abriría algunas puertas, sí. Por lo que veo, sigues 'marcando la diferencia', como nos enseñaste.

–Y tú sigues salvando al mundo –. Éadrom sonrió–.'Si no nosotros ¿quién? Si no ahora, ¿cuándo?' –dijo él.

–'La sal de la tierra y la luz del mundo'... recitó Isabel con una sonrisa.

Continuaron hablando de sus ideales durante un buen rato (no porque fuera largo rato, sino porque fue agradable y entrañable).

Finalmente, Éadrom salió pausadamente de la biblioteca. Isabel le observó hasta que desapareció de su vista. Le conocía desde que era una adolescente un poco hippy, adicta a Eric Fromm, la marihuana y los chicos rubios y atléticos. Fue uno de estos quien la llevó hasta él. Un joven tan idealista y comprometido como ella. Pero eran demasiado jóvenes y, a pesar de estar locamente enamorados, no supieron ser compatibles. O quizá es que se querían con demasiada pasión y ardieron demasiado rápido.

Así que Eric conoció a la activista de Human Rights Watch poco antes de comenzar su viaje.

Habían quedado en el edificio del Consulado. Isabel nunca había estado allí. Llegó frente al número indicado. Al principio le confundió no ver ninguna bandera en un mástil. Luego, tras los oscuros cristales de la segunda planta, vio el escudo del país. Se trataba de una amplia portería en un edificio de cristales oscuros. Un alto edificio en una amplia avenida. Sin embargo, tenía un aspecto familiar. Dos macetas con otros tantos arbolitos decoraban la entrada, y frente al portal, los jubilados tomaban el sol sentados en un banco.

El portero le preguntó un par de cosas antes de dejarla subir, y eso fue todo.

Le sorprendió la ausencia de seguridad privada. Al parecer, aquel pequeño país no tenía enemigos.

Llamó al timbre y le abrió un hombre africano, bastante atractivo.

–Soy Isabel, de Human Rights Watch. Me están esperando.

–Buenos días, señorita. Yo soy Eric –se presentó con el pulcro lenguaje del servicio diplomático–. Pase, el señor cónsul la espera.

La acompañó al despacho de Harry y ya se volvía cuando le pidió que se

quedara.

–Esta reunión es por ti, debes quedarte.

Un poco cohibido, Eric tomó asiento.

–Él es Eric –dijo Harry.

–Sí, ya se ha presentado –respondió ella.

–Sabe castellano, un poco de catalán e inglés. Lo demás se lo deberás enseñar tú, sobre todo, lo que atañe a vuestra misión. A todos los efectos, será considerado personal diplomático. Gozará de inmunidad y valija.

–Bien, eso nos vendrá de perlas –apuntó ella–. Pero quiero dejar clara una cosa: la misión es independiente del Consulado. No podemos hacerla peligrar metiéndonos en política. Él será un aliado, pero no forma parte de mi tarea. Quiero decir que no puedo dejar que piensen que la misión depende del Consulado, o nunca aceptarán sus resultados, y necesito que los acepten.

–No es problema. Eric, ¿lo has comprendido? Tú no formarás parte de su misión, serás independiente de ella, un delegado de este consulado.

–Lo comprendo.

Una vez aclaradas todas esas cuestiones, Harry les invitó a todos a un tentempié en la cafetería de la esquina. Luego, cada uno volvió a sus obligaciones.

Isabel y Eric se apearon del automóvil proporcionado por Harry, que para esta ocasión llevaba bandera consular. Para evitar una eventual detención del africano, Harry pensó que se evitaban una escala en su vuelo si conducían hasta Francia, y tomaban el avión en Orly. Les esperaban muchas horas de vuelo hasta Río de Janeiro.

Isabel era de Sabadell. Había colaborado asiduamente en diversas ONGs desde los dieciocho, edad en la que había conocido al grupo de Éadrom, y, tras terminar su carrera de Geografía e Historia, había participado en varias misiones humanitarias. La actual se había debido a las denuncias repetidas sobre violaciones de Derechos Humanos en Brasil por parte de los grupos de poder, tanto empresas multinacionales como de cualquier

otro tipo.

El desencadenante de su misión habían sido los asesinatos de Lucía Mouto y Pedro Aluche. cuyo juicio iba a tener una de sus múltiples revisiones por esas fechas. La Oficina Regional de las Naciones Unidas les había requerido como observadores imparciales de la vista.

En Orly esperaron unas tres horas a embarcar con su equipaje facturado. Era un aeropuerto muy grande, como una ciudad llena de amplios pasillos, comercios, cafeterías y multitud de letreros. Recogieron su tarjeta de embarque y buscaron la puerta correspondiente. Para ello, debieron hacer cola y pasar todos los controles de seguridad.

Isabel pasó su portátil tamaño notebook por un control especial y pudo subirlo a la aeronave. Eric se sentía un poco perdido sin su familia, pero tenía sentido del humor, a pesar de todo, y la hizo reír unas cuantas veces con sus ocurrencias.

Sin embargo, en el viaje, ella se enfrascó en su trabajo con el portátil y Eric se aburrió, durmió, paseó y volvió a dormir. Las horas se deslizaban con pereza y morosidad absolutas. Incluso el espectáculo de las nubes se volvió tedioso al cabo de unas horas de contemplarlo. Sólo las horas de su rezo interior le aportaron un poco de consuelo, y recuerdos de su vida anterior a la pesadilla del exilio, la patera y la pobreza.

Terminada la hora de su tercer rezo, sacó un rosario que había guardado en su bolsillo y comenzó a repetir el Nombre una y otra vez, a la manera de los sufíes. Mientras, Isabel cumplimentaba informes interminables sobre sus últimas misiones como observadora.

El avión aterrizó en Río de Janeiro y ambos se encaminaron hacia la compuerta un tanto rígidos. Sus músculos se habían dormido tras largas horas de inactividad.

–Alguien nos ha venido a recoger –le dijo Isabel al salir por la puerta de llegadas internacionales. Buscaron con la mirada entre las personas que mostraban letreros en todos los idiomas, hasta que Eric le señaló a un hombre que levantaba un cartel con el nombre de ella.

Se trataba de un hombre de unos treinta y algunos años, de mediana estatura y delgado. Fueron hacia él.

-Hola, somos Eric e Isabel -. Estrecharon sus manos.

-Soy Ernesto. Vuestros equipajes saldrán por allí. He traído un carro.

Isabel miró sorprendida, porque Ernesto no llevaba ningún carro para las maletas. Él sonrió:

-No, que he traído un coche, para llevaros.

-¡Ah!, claro -. Ella y Eric también se sonrieron.

Poco después el carro circulaba en dirección al lugar que les habían habilitado para cumplir su misión.

Como Ernesto les explicó de camino, la Diócesis de Río se llevaba bien con las organizaciones no gubernamentales, y por eso le habían pedido ayuda a él, que estaba destinado ahí como sacerdote auxiliar.

-Ah, ¿eres sacerdote? Quizá puedas ayudarme con datos sobre los activistas asesinados, Lucía Mouto y Pedro Aluche, como sabes, estamos aquí por ella. Creo que formaba parte de una comunidad católica.

-Oh, no, lo siento, yo estoy recién trasladado. Estaba en México.

-Vaya.

-¿De donde sois?

-Soy de Sabadell, pero estoy en Barcelona, y él es de Camerún, también de Barcelona. Y tú no eres mexicano... -. Sonrió ella.

-No, soy de Salamanca. Bueno, os hemos hecho sitio en un piso de un amigo. Es americano. Se llama Robert. Trabaja como traductor y vive solo.

Entraron en un barrio de clase media, con edificios de pisos y una densidad de población alta. Comercios y gran actividad callejera. Aparcó en una esquina y saludó a una joven mulata que estaba sentada ante una tienda. Ella le devolvió el saludo:

-Hola padre.

-Hola, Ofi.

-Yo le vigilo el auto.

-¿Sabes si está Robert?

-No, no le vi hoy.

Llamó a un timbre, y a los pocos minutos se asomó un joven rubio por una de las ventanas.

-Ey, Ernst! Wait a minute! -gritó desde la ventana.

Cuando les abrió, Ernesto hizo las presentaciones y luego fueron todos a buscar los equipajes. Saludaron a la chica de la tienda y subieron.

El piso era bastante pequeño para tres personas, pero los dos recién llegados, por motivos diferentes, estaban acostumbrados a las estrecheces. Y había un comedor donde podrían preparar su misión, y hacer vida común.

Tras instalarse y deshacer las maletas, Robert se puso a prepararles algo de comer. Era un soltero convencido y de los que les gusta cocinar, de forma que pronto el pequeño lugar olió apetitosamente.

Mientras, Isabel puso en antecedentes a Eric.

-Hemos venido para observar el proceso al presunto asesino de Lucía Mouto. No sólo hemos de observar el desarrollo del proceso, sino informarnos a través de personas bien situadas, de las posibles irregularidades.

-¿Bien situadas?, ¿personas influyentes?

-No, no. Para nosotros, una persona bien situada es alguien que, por su trabajo o sus contactos, nos puede informar sobre irregularidades, es decir, un secretario de un juzgado, la esposa de un testigo comprado, cosas así. Si aparece algo parecido, hemos de convencerles de que testifiquen para poder anular el proceso, o informar con un informe fundado, al Alto Comisionado para los Derechos Humanos, y todo eso.

-Entiendo. ¿Quién era la víctima? -preguntó Eric.

-Lucía era miembro de un grupo católico que defendía los derechos de la Amazonia y sus habitantes. Una mañana se dirigía junto a otro congregante, Pedro Aluche a una reunión con los líderes indígenas

guaraní-kaiowás cuando un pistolero les salió al paso con una metralleta. Les mató con una ráfaga de disparos, y luego sacó una pistola automática y les remató.

–¿Estaban solos?

–Eso pensaban todos. Pero las tribus nativas son muy prudentes. Lo cierto es que algunos de ellos les vigilaban desde los árboles. Por eso sabemos lo que pasó. Por desgracia, después de denunciar los asesinatos, fueron perseguidos por un grupo de pistoleros y los testigos se perdieron en la jungla. Tenemos pruebas balísticas, pero el principal acusado asegura que le vendieron las armas después de que sucediera todo. Le han juzgado ya tres veces, pero las tres han anulado las sentencias. Falta un testigo. Sin un testigo directo, puede que las pruebas circunstanciales no basten para meterlo en la cárcel.

Eric asintió con un 'ajá', dando a entender que había comprendido la situación.

–No entiendo algo –dijo sin embargo–. ¿Los indios no mataron al pistolero?

–Todo fue muy rápido. Asesinó a los dos antes de que pudieran impedirlo y, luego, matarlo habría sido una excusa perfecta para los sicarios de grupos privados. Han de actuar con mucha prudencia. Además, no son gente violenta. Aquí las cosas son así.

Río de Janeiro es una ciudad muy grande, con millones de personas de diverso nivel de vida. Hay barrios muy pobres, y otros a nivel de cualquier ciudad europea. Entre esos millones de personas anónimas, ahora había, además, un americano y su extraño acompañante.

Johnny había intentado disfrazar a Kwapiuro lo mejor posible, y la verdad es que había hecho un buen trabajo. Él y el peluquero. Ahora parecía un joven un tanto punky y excéntrico. No sabía la razón por la que buscaban con tanto ahínco al kaiowá, pero si bien los asesinatos en la jungla eran una terrible rutina, no era habitual que se interesasen por nativos individualmente. Y eso le hacía sospechar que el largo brazo de los pistoleros podía ser más largo todavía en ese caso.

Apenas habían tenido tiempo de descansar del viaje, pero el kaiowá no se quejó y él quería ultimar el tema de la denuncia lo antes posible.

Johnny pidió un taxi y llegaron hasta la sede de UNIC Río.

Una amable mujer les hizo pasar y sentar en un despacho.

–¿Qué desean?

–Verá –. Johnny tragó saliva, sabiendo lo peculiar de su solicitud–. Yo soy observador independiente de Human Rights Watch y miembro oficial de Amnistía Internacional, y él es Kwapiuro. Su tribu está siendo asediada y masacrada por pistoleros a sueldo de una compañía privada, y me ha pedido ayuda para presentar su caso ante el Relator Especial para los Derechos de los Pueblos Originarios.

La mujer escuchó con atención. Cuando Johnny terminó, les puso delante un formulario y les pidió que lo rellenasen.

Johnny se temía algo así. No obstante, ayudó a Kwapiuro a rellenar el papel explicando su caso, y lo firmaron y pusieron sus datos al lado de la firma.

–Bien, han dejado su teléfono de contacto, ¿verdad? Les avisaremos cuando el equipo del Relator Especial decida algo al respecto.

–¿Eso es todo? –preguntó el norteamericano.

–Como comprenderá, no puedo hacer nada más, hasta que la central en Nueva York no decida al respecto.

–Están matando a su gente.

–Lo sé. No puedo hacer nada más.

–Hemos venido desde Mato Grosso hasta aquí, no podemos esperar a un largo proceso burocrático.

–Es todo lo que puedo hacer por ustedes hasta que la sede central en Nueva York decida sobre el caso.

–Vámonos, Kwapiuro.

Johnny y Kwapiuro salieron, y el americano se quedó pensando, parado en mitad de la calle. ¿Dónde se iban a alojar? Tenía algo de dinero, pero quizá lo necesitaran más adelante.

Entonces recordó que un compatriota suyo trabajaba en Río. Le había conocido en la Cumbre de Río de Janeiro. Él trabajaba como traductor y Johnny estaba en la calle, en las manifestaciones. Como era habitual, los norteamericanos se reunían para beber juntos, y el traductor, cuando no

estaba trabajando, se alejaba del ambiente politizado de la Cumbre y le encontró en un local bebiendo caipirinhas. Terminaron la noche cantando juntos canciones de su tierra. Tenía su teléfono en la agenda de contactos del móvil.

Llamó.

-¿Robert?

-Sí, ¿quién?

-Soy John Denver, nos conocimos en la Cumbre de Río, hace unos años.

-No recuerdo.

-Caipirinhas hasta hartarnos. Y mucho Johnny Cash.

-¡Ah!, sí, claro, Johnny 'caipirinha'.

-Ese soy yo -. Soltó una carcajada. Es curioso cómo funciona la memoria. Ninguno de los dos olvidaría nunca la fenomenal resaca ni lo que la produjo.

-Dime.

-Estoy colgado en Río, y pensé si podrías alojarme.

-Llegas en mal momento. Tengo el piso ocupado.

-¿No hay sitio para uno más? Es un kaiowá, no te dará problemas. Lo persiguen, no me conviene irlo paseando por ahí.

-¿Lo persiguen? ¿Quién?

-Los pistoleros del Mato Grosso.

-Ah, qué casualidad, será mejor que vengáis los dos. Ya veremos qué hacer.

Cuando Johnny y Kwapiuro entraron por la puerta, Isabel saltó de la sorpresa.

-¡Johnny! ¿Qué estás haciendo aquí?

-¿Isabel? -. La pregunta era puramente retórica, el americano sabía

perfectamente quién era Isabel.

Los demás les miraron perplejos.

–¿Ya os conocíais? –preguntó Robert.

–Si –respondió la mujer, con un tono ácido–. Perfectamente.

Una hora después estaban todos sentados a la mesa, cenando, mientras se explicaban mutuamente el motivo de cada uno para estar allí.

–No podéis quedaros los dos –dijo Robert–. Pero quizá Kapureiro...

–Kwapiuro –corrigió el guaraní.

–Eso, podrías quedarte, si es verdad que no conviene que andes mucho por la calle.

–Los sicarios pensaban que estaba conmigo, así que alguien les ha dicho algo. Si le ven conmigo, sacarán sus conclusiones.

–¿Piensas que os habrán seguido hasta aquí? –preguntó Isabel.

–Son capaces.

–¿Por qué iban a hacer eso? –volvió a preguntar ella. Esta vez miró directamente a Kwapiuro, esperando una respuesta.

–Mi tribu vio cómo mataban a dos personas. Desde entonces nos persiguen.

–Detalles - exigió Isabel.

–Se iban a reunir con los jefes de las tribus en una zona de la selva. Cuando entran extraños en nuestro territorio siempre les observamos desde los árboles. Vimos cómo les disparaban con un arma de muchos disparos y luego sacaron la pistola.

–¿Vosotros visteis eso? –. Isabel no se lo podía creer–. ¿Tú viste el asesinato?

–Sí.

Eric y la mujer se miraron, sorprendidos.

Isabel fue a buscar la carpeta con el caso, dejando su cena a medias, y cuando volvió, le enseñó al guaraní kaiowá la foto del acusado de la

muerte de Lucía Mouto y Pedro Aluche.

–¿Viste a este hombre? –preguntó.

–Sí. Él fue.

–¡Dios!

–Pero no estaba solo –añadió–. Había otro. Uno con una gran barriga y mostachos sobre el labio. Es el que sacó la pistola.

Isabel no tenía el sumario del caso, porque sólo era una observadora.

–Necesitaríamos ver fotos de los compinches del asesino –dijo.

El sacerdote había permanecido en silencio hasta entonces, pero ahora intervino.

–Creo que en este caso podría dirigirme a la parte acusadora, la comunidad de Lucía y Pedro. Ellos podrían reclamar las fotos.

–Bien pensado –dijo Johnny.

–Además, si Isabel se queda aquí, con Kwapiuro, Eric y Johnny pueden venir conmigo a la comunidad de los Jesuitas. No está lejos, el transporte no será problema.

–Por mí bien –dijo Eric. Johnny asintió, mirando a Isabel, que desvió la mirada. Sabía perfectamente lo que estaba pensando él, o mejor dicho, en qué estaba pensando.

Así que dejaron a la chica y al guaraní y acompañaron al sacerdote a su carro.

Condujo unos diez minutos y aparcó en un patio con columnas, tras franquear un portón de metal. Unas escaleras de mármol conducían hacia las habitaciones. Subieron el equipaje que habían empaquetado a toda prisa y les instaló en unas celdas individuales muy sobrias pero acogedoras, pensadas para llevar a la introspección.

Johnny había estado algunas veces en otras casas religiosas, y debía confesar que se sentía muy a gusto en el ascético ambiente, mezcla de antiguo y moderno. Aquel lugar, en concreto, parecía haber sido un convento un tanto gótico, pero había sido modernizado y dotado de

ciertas comodidades.

En cuanto a Eric, le entusiasmó el ascetismo que se respiraba allí. Al fin un lugar donde podría llevar a cabo sus oraciones con la debida tranquilidad y respeto. Sacó inmediatamente su rosario de bolsillo terminado en tres pequeñas bolas de metal y estuvo una media hora repitiendo el Nombre. Eso le tranquilizó bastante. Mientras lo hacía, pensaba en su esposa Madeleine y en su hijo David.

Robert instaló a Kwapiuro en su habitación y a Isabel en la restante. Por su parte, él se había preparado un camastro con un colchón y unas sábanas sobre un somier sencillo con cuatro patas enanas que guardaba plegado para estas situaciones.

Antes de ir a dormir, los tres compartieron unas infusiones aromáticas que el norteamericano preparó. Les ayudarían a descansar.

-¿De qué conoces a Johnny?

-¿Debo darte explicaciones?

-Oh, no, perdona.

Isabel pareció recapacitar:

-No importa. Tuvimos un lío, pero algo se interpuso.

-Lo siento.

Ella no dijo nada. De pronto se encontró con la mirada de Kwapiuro. Había algo en ella que le causó rubor.

Poco después se retiraron a dormir.

Johnny acompañó a Isabel y Eric a entrevistarse con la comunidad de Lucía. Les recibió una religiosa seglar, es decir, una mujer con una cruz en un colgante, que sin haber hecho los votos religiosos, se dedicaba al Evangelio.

Tras las preguntas para Human Rights Watch, Johnny planteó el tema del segundo asesino.

-Tenemos un testigo, y dice que hubo dos hombres. Ha identificado al acusado, pero asegura que hubo otro, el que les remató con la

automática. Yo no puedo acceder al sumario para verificar nombres o fotos, pero ustedes sí.

-¿Es para Human Rights también? -preguntó la mujer, Muriel.

-Somos amigos, pero ha de ser un proceso independiente.

-¿Y qué tengo que hacer?

-Pedir a sus abogados que reclamen la documentación del sumario. Seguramente ya la tienen.

-Lo haré de inmediato.

Tras unas cuantas preguntas más sobre el entorno del caso y posibles irregularidades, se marcharon.

Tuvieron en sus manos las fotos y nombres de presuntos implicados en los asesinatos un par de días después, y Kwapiuro las estudió, pero sin resultado alguno. Ninguno de aquellos facinerosos era el segundo asesino. Eso hizo pensar a Johnny, que sabía bastante de sicarios.

-Si el segundo asesino no está en el sumario, no deberían tener miedo a que un kaiowá perdido en la jungla le reconozca. ¿A qué viene esta persecución?

Era más una reflexión en voz alta que una pregunta.

Uno de los asesinos recibió una llamada telefónica. Tras un breve intercambio de frases, colgó y se encaró a sus hombres:

-Están aquí. Se han puesto en contacto con los acusadores.

-¿Está con ellos el indio?

-No le han visto, pero ¿dónde iba a estar sino? No conoce a nadie más.

-A por esos perros.

Isabel y Johnny dejaron a Kwapiuro con Eric en el piso de Robert, el traductor, que estaba trabajando en un libro muy extenso. Kwapiuro se aburría mucho en el mundo 'blanco', el mundo extraño, como él lo llamaba. Veía mucho la televisión, pero no entendía nada de lo que preocupaba a aquellas gentes. Estaba siendo afectado por una clase de morrinha que Johnny ya conocía: añoranza por la selva, sus olores, sus sonidos, su gente, las semillas, los animales, las plantas... Pocos nativos

se libraban de ella.

Ojeaba las revistas, veía la tele, pero se sentía prisionero y triste. Johnny le había prometido que pronto podría salir del piso y conocer la ciudad. Y volver a su jungla.

Los dos activistas se dirigieron al juzgado. Debían poner en conocimiento de la Fiscalía la existencia de un testigo y de un segundo asesino.

Johnny fue el primero en darse cuenta: vio la furgoneta venir hacia ellos a toda velocidad. Llevaba años conviviendo con amenazas, y estaba más alerta. Eso les salvó a los dos. Cogió a Isabel y se tiró dentro de un comercio que estaba abierto. La lluvia de proyectiles les siguió a muy corta distancia. Las esquirlas de la pared y las puertas les causaron heridas superficiales.

La furgoneta llegó, derramó su lluvia mortal y salió a toda carrera, sin detenerse. Abandonó aquella parte de la ciudad y entró en otro barrio donde tenían compinches. Dejaron la furgoneta, y entraron en una vivienda bastante deteriorada y pobre.

Inmediatamente, el que mandaba en la partida llamó a su superior. Le oyeron explicar lo sucedido, y luego encogerse inconscientemente al recibir una enorme reprimenda:

–¿Qué han escapado?, ¿vivos? ¿Sois tontos, o qué? ¿Os he dado tirachinas?, y el indio, ¿estaba con ellos?... ¿Qué no lo sabéis? ¿Qué no sabéis dónde está? ¡Lo quiero muerto, o ya podéis marcharos de la región, nadie os contratará!

## **15**

### **En Barcelona, domicilio del cónsul honorario.**

Éadrom despertó en medio de la noche. El joven indio se había metido en su sueño, junto con los aromas de la selva, y el olor a la cordita de los disparos. Despertó sudando.

Isabel, Johnny ...

Los recuerdos volvieron.

La jungla y la acción de su comunidad de discípulos: Johnny (Gringo), Isabel (Pajarito), Harry (Valor), María (Amapola), Josep (Ardilla) ... Su idealismo, las charlas alrededor del hogar.

Hacía muchos años (o eso le parecía), habían estado en contacto con los huitoto, otra de las muchas etnias del Amazonas. Un joven jefe huitoto les invitó a una de sus casas. El hombre sabio de la comunidad compartió sus ideas con Éadrom a través de un intérprete de la tribu, alguien que había vivido en el mundo de la gente rara. Bebieron su caguana y fumaron su ambil, con una hoja de coca a un lado de la lengua.

Los huitoto les permitieron participar de su mambeo porque estaban despiertos a las visiones, y eran personas espirituales. En un desliz de sinceridad, el joven jefe huitoto les explicó que a los occidentales 'ciegos a su alma' les daban el tabaco sólo, sin las otras plantas y sin cocer. Se rió mucho después de confesar eso, como si le estuviera contando una travesura.

Aquella noche tuvieron visiones y comprendieron los obstáculos que les detenían en su caminar.

También aquella semana que vivieron con los huitoto, Isabel y Johnny, Pajarillo y Gringo, se emparejaron según las leyes de la jungla, a beso y muerte, a vida y hierba y agua y flores.

Fue al terminar aquella semana, cuando llegaron los sicarios. Llegaron como llegan siempre, sin avisar y sin sentir nada, sin corazón y sin alma, disparando para darle un sentido a su muerte, no a su vida, porque están ya muertos.

Huyeron de las armas a través de la jungla. El jefe huitoto les condujo hasta ponerse a salvo. Mataron a cinco mujeres y tres niños, y a diez hombres. Éadrom caminó con un balazo en el costado hasta que pudieron parar y los huitoto le extrajeron la bala y curaron su herida.

Fue allí donde aprendió que el paraíso debe defenderse, y que la vida es más grande que el ser humano.

Que hay árboles que tienen miles de años, y que los pensamientos pueden

volar.

Y ahora despertó en medio de la noche, cubierto de sudor, oliendo a muerte, a disparos, y viendo el rostro de Isabel y Johnny.

Pajarito y Gringo, juntos de nuevo.

La vida se había despertado.

No durmió más. Al cabo de una hora y algo se levantó y se preparó un té verde, Añadió una pizca de hierba buena. Cuando el aroma se extendió por la habitación, llevó la taza a su despacho y encendió el ordenador. Se comunicó con uno de sus muchos contactos, que le confirmó lo que sospechaba, que todo lo que había soñado estaba sucediendo en Brasil, que Gringo estaba de camino a Río de Janeiro con una alerta verde. Entró en Internet en un grupo cerrado, y publicó el siguiente mensaje:

" Guardianes en peligro. Llamo a todos los guardianes de la Tierra. Dejad aquí vuestra disponibilidad para un viaje de rescate a Río de Janeiro", y firmó con su alias: 'Éadrom'.

Para cuando terminó su té, había cuatro publicaciones con 'disponibilidad total', firmados por 'Junger', 'Harry', 'Classic' y 'Loto'.

Para el final de la mañana, tenían organizada la misión.

Los que se habían ofrecido para la misión de rescate eran actuales miembros del grupo de Guardianes de la Tierra. Éadrom no era un maestro al uso, con discípulos que le debían obediencia, sino un 'inspirador'. Sus charlas y libros habían reunido a su alrededor a un cierto número de personas, la mayor parte de las cuales se limitaban a hablar: hacían reuniones, compartían puntos de vista.

De vez en cuando, el grupo se reunía en Asamblea y decidía asuntos de orden interno. Allí se votaba por todo.

Y, por supuesto, algunos y algunas de ellas formaban un grupo interno, con más visión y más capacidad. También con más compromiso en las

misiones del grupo.

Todos los que se habían ofrecido voluntarios se conocían.

Johnny e Isabel salieron todavía temblorosos del ambulatorio de Río de Janeiro donde les habían curado las rascaduras producidas por las esquirlas de pared y madera desprendidas por las balas. Eric y el sacerdote Ernesto les acompañaron. Habían prestado declaración antes de ser llevados al centro de salud a las patrullas que acudieron tras el tiroteo.

–Os han localizado –dijo Ernesto.

–Es evidente –respondió Isabel.

–Tenemos que sacaros de aquí –prosiguió el sacerdote.

–Si huimos no podremos hacer valer el testimonio de Kwapiuro.

–Y si no, os matarán –sentenció–. ¿Qué es mejor?

–Pediremos protección –intervino Johnny.

–Esto no es Kansas, es Río de Janeiro.

Eric había permanecido callado, pero ahora habló, con su voz grave y pausada:

–Yo huí. Dejé todo lo que tenía, para salvar a mi mujer y a mi hijo. Huí porque no podía hacer otra cosa. Ahora no tengo nada. Estoy vivo, mi familia está viva, pero nos sentimos perdidos, sin país ni hogar. Si hubiera podido hacer algo, lo hubiera hecho.

Si esos pistoleros me hubieran disparado a mí en lugar de a vosotros, yo me quedaría. Estaré a vuestro lado, si os quedáis. Iré con vosotros a todas partes. Lucharé, si es necesario, por tener justicia.

Nadie dijo nada más durante un buen rato.

Ernesto movilizó a la comunidad a la que habían pertenecido los activistas asesinados. Era increíble que unas personas sencillas, personas de oración y trabajo humilde, pudieran demostrar el valor y la sangre fría que

desarrollaron para camuflar a los tres perseguidos. Mover por la ciudad a los tres sin que les localizasen precisaba mucha organización y movilidad. Dando por supuesto que quizá les vigilaban, lo primero era despistar a quienes les estuvieran siguiendo y para ello montaron una especie de juego de las sillas pero con coches. Al fin, ni ellos mismos sabían en qué coche estaban los dos militantes con su testigo guaraní, sólo quien conducía el auto. Todos los vehículos tomaron carreteras divergentes y, si alguien les seguía, hubiera necesitado un pequeño ejército motorizado para localizarlos.

Además eran gente alegre, y pronto se organizó un pequeño coro dentro del vehículo que les transportaba. Ernesto iba de copiloto y conducía una hermana seglar, y comenzaron a enseñarles una canción de allí.

Pero la alegría duró poco. Una furgoneta les salió al paso y tuvieron que frenar repentinamente. De la furgoneta bajaron tres hombres armados con metralletas y apuntaron al vehículo. Se acercaron cautelosamente. Les habían ordenado coger vivos a los tres prófugos.

Cuando vieron a Kwapiuro alguno exclamó:

–¡Aquí está el indio!

–Ya estáis saliendo con las manos a la vista antes de que nos pongamos nerviosos.

Los ocupantes del vehículo bajaron. Ernesto temió que terminaran muertos a un lado de la carretera, como tantos otros.

–Antes de que hagáis una matanza, os aviso de que tengo amistad con Don Cabañas del cártel de México.

–Tu 'don' no nos importa –contestó uno de los sicarios.

–Eso es lo que le cabrea más. Si ignoráis su autoridad, sólo por eso os buscará y os matará. Aquí todo se sabe, no le costará encontraros.

Eso era verdad. Lo que para la policía parecía costar tanto de averiguar, para los cárteles era muy sencillo. El miedo abre muchas bocas. Y a Don Cabañas había que temerle.

–Tiene razón. Siempre habrá tiempo de matarles. ¡Ale, adelante, con cuidadito!

Los subieron a la furgoneta, pero antes, les quitaron los teléfonos móviles.

-Éstos no ven películas. Hasta las mamás pueden localizar a sus hijos hoy en día.

La furgoneta recorrió varios kilómetros hasta una zona poco urbanizada. Los cinco raptados iban encapuchados, apretujados detrás para dejar sitio a los sicarios, pero notaron que el camino tenía más baches e irregularidades de la cuenta. Estaban alejándose de la zona urbana.

Al cabo de una hora y media, la furgoneta se detuvo y les condujeron a empujones hasta un lugar donde les quitaron las capuchas. Estaban en un sótano sin ventanas, un lugar húmedo y frío. También les cortaron los flejes de plástico que les habían amoratado las manos.

Johnny comenzó a buscar una escapatoria, pero aquello no era una película, y la puerta cerrada desde el exterior era sólida.

Le habían quitado su bolsa a Kwapiuro, así como a los demás. Sin embargo, el kaiowá tenía recursos: sacó de su ropa interior una bolsa con la cerbatana pequeña, de unos ocho centímetros, y seis dardos.

-Tienen curare.

-Yo no llevaría eso en mis calzones -dijo Johnny.

También sacó un punzón de hueso, muy afilado.

Johnny, por su parte, algo había aprendido de los nativos de aquellas tierras, y sacó de sus pantalones una navaja táctica, muy útil cuando se está lejos de una población.

Había sido un fallo no registrarles antes de encerrarles, y en esas situaciones, los fallos se cobran su precio. Pero aún debían ver si todo aquello les iba a servir de algo.

## **16**

### **En Campo Grande, capital de Mato Grosso do Sul**

*"El recién elegido presidente de Brasil recibirá hoy a Edson Dos Santos en uno de sus primeros actos oficiales. Edson Dos Santos es representante de la Compañía de Explotaciones Agrícolas para toda la zona de Mato Grosso y la reunión es previa a la firma de un contrato histórico con el Gobierno para la gestión de los recursos naturales de la Amazonia", leyó*

el presentador mientras la pantalla mostraba imágenes del Presidente Electo y el representante Dos Santos, un hombre con una barriga notable y unos mostachos que le daban un cierto parecido a Pancho Villa.

El fiscal de lo criminal encargado del caso de los asesinatos de Lucía y Pedro en Campo Grande, capital del Estado de Mato Grosso Do Sul (a 1.445 kilómetros de Río de Janeiro, unas cuatro o cinco horas en avión o 14 en automóvil), bebió lo que quedaba de su café y apagó el televisor. Conocía de sobra a Edson.

De orígenes pobres, había trabajado para la compañía desde hacía muchos años. Coordinaba todo lo que sucedía en Mato Grosso relacionado con la explotación maderera e hidráulica y era un rumor que corría en voz baja por los estamentos policiales, que eso incluía las partidas de sicarios contratados por la compañía para hacer desaparecer a los incómodos 'indios'.

Y el fiscal encargado de la investigación de los crímenes perpetrados contra Lucía y Pedro había encontrado su nombre relacionado con el principal encausado al que se atribuían. Aquel hombre le daba asco.

Y ahora tenía sobre la mesa de su comedor una nota remitida desde su oficina: Dos activistas de Derechos Humanos y un indio guaraní se habían personado para denunciar la existencia de un segundo asesino y el indio era el principal testigo. ¿Qué credibilidad debía prestarles?

En principio, no tenía motivos para dudar, pero tampoco para creer en su testimonio. Y no se habían presentado en la audiencia convocada para conocer el testimonio. Lo hubiera tirado a la papelera de no haberse producido un tiroteo muy espectacular que había destruido una tienda de regalos, y de no haber presentado la parte acusadora denuncia sobre el rapto de esos mismos activistas y el testigo, y la denuncia la firmaban casi todos los integrantes de la comunidad católica de los asesinados Lucía y Pedro.

Constituían indicios serios.

Pidió las llamadas telefónicas del acusado y se sumergió en el sumario, buscando al posible cómplice. También estudió los antecedentes de las armas utilizadas. La metralleta era la típica arma ilegal cuya última

procedencia conocida era un cargamento robado o vendido bajo mano y donde no constaba quién la recibía. Sin embargo, la pistola automática con que se remató a las víctimas era un caso diferente.

Había sido adquirida legalmente por la compañía para dotar a sus empleados de "protección contra animales o indígenas hostiles", como rezaba la declaración del empleado encargado de esos temas para la compañía.

Al investigar ese arma se solicitó el listado de adjudicaciones de material y las firmas de los empleados, pero su número de serie no constaba en el listado. Sin embargo, estaba claro que había sido utilizada. Habían dado por hecho que su poseedor había sido el acusado, tal como les constaba que lo había sido de la metralleta, pues tenían una foto en la que posaba con ella ante el cadáver de un animal salvaje muerto.

El fiscal Mário metió la carpeta del caso en su maletín y salió de su vivienda, subiendo a su automóvil y encaminándose a la Fiscalía.

Una vez allí, llamó a su colaborador y subalterno José :

-Necesito saber a ciencia cierta quién recibió la pistola automática 'prueba tres'.

-¿Alguna novedad?

-Quizá sí.

-Pues no sé cómo lo voy a saber...

-Eres un genio, seguro que lo consigues.

-Eh, gracias, pero no estoy tan seguro.

Mário le miró sonriente:

-Estoy seguro de ti.

José hundió su atención durante el resto del día en los portafolios del caso, intentando averiguar de qué hilo debía tirar para conseguir datos sobre la pistola. Finalmente se le ocurrió que era un arma legal, de forma que debería haber pasado las revisiones rutinarias y alguien debía haber ido a las pruebas de tiro obligatorias. Tratándose de una compañía con

pretensiones, era de esperar.

Ya se había solicitado anteriormente al Banco de Datos Nacional de la Policía los datos sobre la pistola utilizada en el doble crimen, pero resultaron ser incompletos e inútiles. El arma constaba propiedad de la compañía, pero nada más.

-Mário, salgo a lo de la pistola.

José se dirigió personalmente al Banco de Pruebas de la Policía. Afortunadamente, el que constaba como el designado, estaba en la misma población de Campo Grande, capital de Mato Grosso do Sul.

Solicitó los registros manuales de las pruebas obligatorias, y buscó el número del arma. Le llevó unas buenas dos horas encontrarlo. La firma era ilegible, pero los datos rellenos pertenecían a un tal Manoel Monteiro . Llamó a la compañía y preguntó por el tal Manoel. Resultó que ya no trabajaba allí. No sabían nada de él.

Solicitó una búsqueda laboral, y finalmente (dos días y muchas llamadas después), recibió una dirección. Aquello le iba a llevar hasta el fin de semana, porque estaba en el límite con la selva.

Solicitó del fiscal un permiso de desplazamiento, y un vale para el gasoil y comenzó su viaje. José era soltero y solitario y aquello, lejos de alterar sus planes, era un alivio en su rutina. Le encantaba visitar la jungla: era todo lo contrario del papeleo del despacho y, sin embargo, tenía cierta similitud.

Se había provisto de varios CDs de música para amenizar el trayecto y el paisaje era lo bastante hermoso como para hacerlo leve, de forma que condujo con placer durante unas horas.

Llegó cerca de la zona donde se suponía que vivía el tal Manoel, pero aquella región era inmensa y bastante despoblada. Era un tanto deprimente, como si un suburbio de la ciudad hubiera aterrizado misteriosamente en las cercanías de la selva. Él aún no sabía que el suburbio era la civilización.

En esas regiones, la noche 'cae' de repente, tal como se dice en las novelas, y no es buena idea que a uno le coja desprevenido sin refugio.

Vio un edificio blanco, con una cruz roja en lo alto. Quizá en el hospital le podrían informar dónde pernoctar. Aparcó en el estacionamiento frente a la puerta principal y entró. Una joven mulata le atendió.

–Hola, buenas tardes. Desearía que me informaran. Estoy de viaje y desearía pasar la noche a cubierto. ¿Conoce algún lugar donde podría hacerlo?

La joven enfermera estaba acostumbrada a tratar con operarios de la compañía, y supo al instante por su lenguaje que era un funcionario estatal, o bien, algún profesional de la ciudad.

–¿Es usted de la ciudad?

–Sí, vengo de lejos. Estoy un poco perdido.

Una mujer con bata blanca se dirigía hacia la salida con un paquete de tabaco en la mano. Dentro del plástico del paquete iba un encendedor.

–Ana, salgo a fumar.

–¡Laura!, un momento. Este señor desearía pasar la noche antes de seguir viaje. ¿sabes de alguien?

La doctora Laura se detuvo, y estudió al hombre en cuestión detenidamente. “Vaya –pensó–, un policía”

–¿Es policía?

–Ayudante del Fiscal.

–Suena interesante. ¿Qué le trae por aquí?

–Lo siento, eso es cosa mía.

–Sí, claro. Pensé que quizá me podría decir si un amigo mío tiene problemas. Verá, es raro que ustedes vengán hasta aquí, así que pensé que quizá...

–Que quizá estaba relacionado con su amigo.

–Exacto.

-Yo hubiera pensado lo mismo. ¿Cómo se llama ese amigo?

-Johnny Denver.

-¿Un americano?

-Es activista de Amnistía Internacional.

De pronto, José recordó el sumario.

-¿El americano es amigo suyo? Vaya, extraña casualidad. Verá, él y dos personas más fueron tiroteadas, según los testigos, en un comercio de la ciudad, y luego fueron raptadas.

-¡Dios!, ¿raptadas?

-Lo único que le puedo decir es que llevaron a un indio guaraní y denunciaron que era testigo de los asesinatos de Lucía Mouto y Pedro Acosta. Que había un segundo asesino, y más tarde, la comunidad de las víctimas, Freire y Aluche, declararon que habían sido raptados. Es todo lo que sabemos.

-¡Kwapiuro! El indio se llama así. Llegó aquí y dijo que una partida de asesinos estaba masacrando a su tribu y que debía encontrar a alguien de las Naciones Unidas. Yo le puse en contacto con Johnny, el activista de Amnistía Internacional.

-Estoy aquí para interrogar al que tenía la pistola con que los remataron. Vive cerca. Pero he de encontrar donde pasar la noche...

-Ah, si, claro. Puede venir a mi casa. Salgo del turno dentro de dos horas.

-Si no le importa, sería estupendo.

-No diga eso antes de ver la casa -bromeó ella.

Le condujo a un despacho donde esperarla, y el ayudante del fiscal aprovechó para repasar los portafolios que había llevado en su maletín.

La última revisión del arma firmada por Manoel Monteiro en el Banco de Pruebas de la policía se remontaba a cinco años antes de los asesinatos. Sin embargo, no constaba que hubiera denunciado su robo ni su desaparición, así que cabía suponerle en su posesión en el momento de los sucesos. A José le parecía increíble que todavía nadie hubiera

investigado ese punto.

Revisó el resto de los papeles y, cuando ya no sabía qué más leer, apareció Laura con una cazadora color camel por encima de su bata.

–¿Vamos?

Su auto estaba en el estacionamiento semi vacío ante la puerta del hospital, lo mismo que el de él. Decidió dejarlo allí. Ella condujo por la carretera abierta en lo que había sido selva virgen, antes de la llegada de los cultivos de caña para el etanol, el agrocombustible y los de soja que estaban inundando el mundo.

La Compañía de Explotaciones Agrícolas, la compañía, había convertido aquella parte del Amazonas en un polígono industrial. Los operarios que deforestaban necesitaban instalaciones, carreteras y todo tipo de servicios, antes de que llegaran los indios convertidos en mano de obra barata, una nueva clase de esclavos, con una alta tasa de mortalidad debido a la explotación a la que se les sometía. En otras zonas donde el monocultivo de caña para etanol ya estaba en marcha, la cuota mínima que un indio trabajador debía cortar era de nueve toneladas al día, o perdía el empleo. El sobre esfuerzo y los accidentes elevaban la tasa de mortalidad muy por encima de lo natural.

Laura sabía todo eso, y conducir por aquella carretera se lo recordaba constantemente. Quizá por eso se sentía constantemente insatisfecha y fumaba demasiado, y no tenía amistad con los operarios de 'la compañía'.

La noche se les había caído encima, pero el vehículo les proporcionaba una relativa seguridad. La vivienda de la doctora Laura tenía un garaje adosado que le permitía entrar directamente a la vivienda desde el mismo, de forma que sólo abandonaba la seguridad (relativa) de su auto una vez cerrada la puerta del garaje. Las constantes guardias y horarios nocturnos así lo aconsejaban.

Entraron ambos en la vivienda.

–Tengo huevos, patatas y ensalada. Un poco de carne de tapir y fruta.

–Ya me vale. Está bien. ¿Quieres que te ayude con la cena?

–Ah, no. Te harías un lío. Déjame a mí. Instálate en el comedor. Hay una

tele ahí. Elije el programa.

José observó cómo la doctora desaparecía en su habitación, para salir pocos minutos después con una camiseta color tierra y unos shorts deportivos. Se fijó en que se había puesto un collar indígena, con semillas, unas pequeñas plumas y dientes de tapir y cocodrilo.

–Bonito collar.

–Me lo regaló un amigo. Es una rueda de protección nativa.

–Un buen amigo –comentó el ayudante del fiscal, más que nada por decir algo.

–Murió –dijo ella. Se fue a la cocina a preparar la cena.

José encendió en televisor y buscó un programa medianamente digerible. Al fin, encontró uno. Se trataba de una tertulia sobre las multinacionales y el patrimonio de la Amazonia. Incidió sobre un montón de clichés e ideas preconcebidas, pero tuvo el mérito de dejar expresarse a unos miembros del Ecologismo Inteligente, cuyos argumentos se perdieron entre la mediocridad general de los contertulios. José se preguntó quién habría detrás de ese programa, y supuso una respuesta obvia: intereses comerciales.

Laura apareció con la cena y tuvieron una velada agradable. La doctora era generalmente parca en palabras, pero de charla inteligente y amena. Finalmente, acabaron hablando de Johnny y el caso de los asesinatos. Ella le explicó quién era el americano, cuál era su vida y cuál era en realidad la problemática de la zona. Ella la conocía bien.

Terminó su carrera en São Paulo y realizó su doctorado en Dourados. Se trasladó a aquel hospital para poder realizar un estudio sobre plantas medicinales y condiciones sanitarias entre las poblaciones indígenas. De todos sus amigos kaiowás y de otras naciones autóctonas, no quedaba nadie. Habían sido desplazados por la 'civilización', o habían muerto. Los pocos que habían podido asimilar aquella nueva forma de vida se habían convertido en obreros precarios, casi esclavos. Era paradójico, pero había sido la civilización la que les había convertido en indígenas indigentes.

Todo eso lo fue explicando a su manera al ayudante del fiscal, que la escuchaba mientras ambos cenaban, adivinando en sus palabras tristezas no confesadas y desengaños pasados. Laura hablaba pausadamente, sin mostrar emoción y, sin embargo, sus palabras eran capaces de despertar las emociones de José, que no pudo evitar adivinar sus pequeños pechos a través de la camiseta, así como había adivinado sus frustraciones a través

de sus frases concisas y precisas de doctora.

A la mañana siguiente estaban dispuestos a comenzar su jornada.

–Tengo la dirección del hombre de la pistola, ¿me puedes indicar? –. Le tendió el papel donde constaba.

–No es problema. Te acercaré camino del hospital.

Recorrieron una vía asfaltada sólo en parte, y luego Laura se desvió hacia una vereda casi selvática. Eran los límites de la selva, al menos lo eran todavía.

–¿Estás seguro de que es prudente visitar a ese hombre yendo solo? –dijo ella–. Aquí las cosas no son como en la ciudad. Si te mata y te tira a un río, los cocodrilos y los caimanes se desharán de tu cadáver. Uno puede desaparecer aquí y todos lo encontrarán lo más normal.

–Vaya. Tendré que ir con cuidado.

–Lo que tienes que hacer es venir con dos policías. ¿No te asignan policías judiciales?

–No hay una acusación en firme contra ese tipo, sólo voy a interrogarle.

–Ya. Ves con cuidado.

Luego Laura se lo pensó y sacó un revólver de la guantera.

–Mejor llévalo. Ya me lo devolverás.

–Nunca he usado armas.

–¿De veras? Aquí son necesarias a veces, por las fieras.

–Supongo que eso incluye a ciertos operarios de la compañía.

Ella sonrió, pero con cierta tristeza. José temió haber metido un dedo en una antigua llaga. De todas formas, cogió el revólver y lo guardó en un bolsillo. Le pareció pesado y aparatoso.

–Nos vemos –. Se despidió ella.

–Y gracias.

El tal Manoel Monteiro vivía en una especie de rancho, de aspecto desaliñado y silvestre, pero que por aquella zona pasaba por ser un lujo. Tenía varias hectáreas de tierra alambrada y en su centro había una construcción de ladrillo, por lo que pudo ver desde la entrada. No había interfono, ni timbre, así que empujó la verja, y se abrió. Había una vereda que conducía hasta la entrada de la casa. Una vereda entre setos bastante poco cuidados. Una vereda muy civilizada, junto al límite de la jungla. Era grotesco.

Un par de perrazos enormes corrieron hacia él ladrando agresivamente. Con un susto de muerte, salió corriendo hasta la puerta de la verja y consiguió cerrarla antes de que le alcanzaran. Se quedaron babeando y ladrando, intentando saltar la verja.

Debido lo acelerado de la situación, no vio al hombre que caminaba hacia él con una carabina en la mano hasta que casi lo tuvo a unos veinte metros.

–¿Qué quiere? –chilló.

–Soy ayudante del fiscal de Campo Grande. Busco a Manoel Monteiro.

–¿Y para qué? –volvió a preguntar.

–Para interrogarle sobre la pistola número... –. Buscó el papel donde lo había apuntado y lo leyó.

–No se nada de esa pistola.

–Mire, no me gusta conversar a gritos. Si ata a sus perros...

–Ni hablar. ¿Qué tiene que decirme?

Resignándose a la situación, José metió la mano en el bolsillo donde guardaba el revólver, y prosiguió:

–Tenemos su firma y sus datos en las revisiones del arma.

–¡Ah!, esa arma... Verá, no es mía, es de la empresa. Yo sólo pasaba las inspecciones rutinarias en su nombre. Alguien tenía que hacerlo –explicó.

–Pues debo encontrar a quien la poseía. De momento es usted el incriminado, y eso sólo cambiará si encontramos a quien la tuviera en las fechas de los asesinatos.

El argumento de su culpabilidad pareció hacerle reflexionar. Bajó la carabina y se acercó, llamando a sus perros. Cuando los tuvo a su lado,

los ligó con sus correas y las sujetó a la verja.

-Entremos en casa -dijo.

La vivienda estaba amueblada con muebles de contrachapado baratos, y había en sus paredes trofeos de caza en forma de cabezas de animales disecadas. En conjunto era deprimente.

-La compañía me ordenó pasar los controles de esa pistola. Yo la recogía del almacén cuando llegaba la fecha de las revisiones y luego la devolvía.

-¿Quién se la daba?

-Bueno...

-¿Sí? -insistió José, intuyendo que estaba a punto de revelar algo.

-El equipo lo adjudicaba quien estuviera encargado en ese momento, pero siempre me remitían a una persona cuando se trataba de la pistola. A un tal Marcelo.

-Entonces, esa persona tenía siempre el arma en su poder cuando usted la reclamaba.

-Sí.

A continuación, el ayudante del fiscal le pidió a Manoel una descripción física de Marcelo.

Tras unas pocas frases más, Manoel Monteiro acompañó a José hasta la entrada y, tras cerrar la verja, soltó a los perros. Ladraron furiosos mientras él se alejaba de la hacienda.

Caminó varios kilómetros por la carretera por donde había llegado hasta allí sin encontrar a nadie. Había sido mala idea dejar su coche en el aparcamiento del hospital. Se preguntó si la perspectiva de pasar un buen rato junto a la doctora había influido en su decisión. Al cabo de una hora, un camión de operarios tocó el claxon. Les hizo señas y se detuvo.

Le aceptaron entre ellos cuando explicó que se dirigía al hospital, sin dar más detalles. Les venía de camino, así que le dejaron en la misma puerta.

Laura estaba terminando con un paciente en su ronda por las habitaciones. Los accidentes laborales eran frecuentes, explicó. La compañía estaba trabajando a toda velocidad en esa zona, preparando el terreno para sembrar soja, que se había convertido en el producto estrella del agrocultivo. Ahora trabajaban las máquinas, las que desbrozaban y las excavadoras y apisonadoras para abrir caminos. También estaban en auge las construcciones de infraestructuras. Luego vendría el trabajo esclavo, el cultivo a toda marcha de toneladas y más toneladas del producto. Pero ahora era el momento del choque entre la jungla y los designios de los grandes terratenientes. El momento de los asesinatos. Laura lo había visto ya antes.

Cuando se abrió el hospital, la jungla llegaba hasta la misma puerta. Esa fue una de las razones por las cuales eligió pedir ese centro en particular. El desbrozo empezó hacia otros lados. Al principio, los pacientes llegaban de lejos, de otras zonas. El mismo proceso que ahora tenía lugar allí, había comenzado antes en los límites de la zona que atendía el centro, que era bastante amplia. La carretera se había extendido en ramales laterales, hasta envolver totalmente lo que ahora constituía el polígono de explotación donde estaba enclavado el hospital.

Poco a poco, todo lo que amaba Laura había ido desapareciendo.

–Te invito a comer.

José la estaba acompañando en su ronda de visitas, como si fuera un estudiante de medicina, sólo que un poco maduro para eso. Le habían dejado una bata.

– ¿Ya terminas?

–Oh, no. Aquí. Hoy me toca comer aquí, pero tenemos una cocina bastante apañada.

–Será un placer.

Fueron hasta su despacho y se metió el estetoscopio en el bolsillo de la bata y dejó sus notas y entraron en la sala de ocio del personal sanitario. Había un microondas y una cocina a gas, una nevera y un par de mesas. Unas enfermeras estaban tomando café. Se saludaron todos.

Poco después las enfermeras volvieron a su trabajo y se quedaron solos.

José sacó el revólver y se lo tendió a Laura.

–Gracias, por poco no tengo que utilizarlo.

–Por eso te lo di –dijo. Lo guardó en el otro bolsillo de su bata y siguió preparando la comida.

El menú fue bastante ligero, a base de una ensalada, unos sándwiches y zumo de fruta.

–¿Has de volver esta noche? –preguntó ella, mirándole con cierta intención. O quizá con una intención cierta.

Al ayudante del fiscal le costó un par de segundos captar la indirecta. No tenía costumbre en esos temas.

–Eh, no. En realidad no. Ya he llamado al fiscal, y los papeleos para que la compañía nos reciba no estarán hasta pasado mañana.

–He pensado que podrías quedarte esta noche en mi casa. Si te apetece.

–Sí, en realidad me apetece bastante –respondió él, tragándose la vergüenza.

–La cena será más completa que la comida –prometió, y él sonrió.

–Estoy seguro de eso.

## **17**

### **Raptados**

Eric estaba en la casa de los jesuitas en Río de Janeiro. Se sentía fuera de lugar. Los sacerdotes llevaban a cabo sus oraciones en las horas marcadas, y él practicaba las suyas cuando era preceptivo, y, entre esos momentos, compartían los espacios comunes y la preocupación por el padre Ernesto, Isabel, Johnny, la hermana Muriel y Kwapiuro. No sabían nada de ellos desde el secuestro.

Robert, el amigo de Johnny, estaba moviendo sus contactos, pero sin mucho éxito, dado que la policía no sabía nada. Es decir, sabía lo que todo el mundo, que habían sido los sicarios de la compañía, pero eso había que probarlo y, además, no tenían recursos legales ni para intervenir las

llamadas telefónicas ni para casi nada más. La compañía tenía influencia suficiente para poner el grito en el cielo si llegaba a sorprender a la policía investigándola sin cobertura judicial.

Eric se comunicaba habitualmente con Madeleine, su esposa y David, su hijo y estaba deseando volver con ellos, pero en la actual situación, no podía regresar sin Isabel. También se le había encomendado la comunicación oficial con la Embajada bajo cuya protección estaban la mujer y él, y por esa razón, era a él a quien se dirigía Human Rights Watch para interesarse por su observadora.

Por todo eso, no se sorprendió excesivamente cuando un tal Éadrom se puso en contacto con él a través del teléfono de la comunidad de los jesuitas.

–¿Sí?, diga.

–Me llamo Éadrom. He venido con unos amigos para encontrar a Isabel y a Johnny.

–¿Es amigo de Isabel?

–Así, es, un viejo amigo. Quiero ayudarla.

–La policía dice que no se puede hacer nada –respondió Eric.

–Siempre se puede hacer algo. Algo que la policía no puede hacer.

–No podemos salirnos de la legalidad, o la misión de observadores se arruinará.

–Nosotros no somos observadores. ¿Podemos vernos hoy?

–Por supuesto. ¿Puede venir aquí?

–Mejor no.

–No conozco Río, es una ciudad muy grande.

–No tema. Mire, estoy aquí cerca. Salga por la puerta principal del edificio, camine hasta la esquina de la derecha, yo me presentaré.

-¿Ahora?

-¿Puede ahora?

En realidad sí podía.

-De acuerdo, ahora. Salgo en unos minutos.

Tras visitar el retrete, salió e hizo lo que le había indicado el desconocido. En la esquina estaba esperando un hombre delgado y enjuto, con una barba blanca. Le recordó a ciertos sufíes de su tierra.

Se presentó y se dieron la mano.

-Unos amigos esperan -dijo, señalando en dirección a una bocacalle. Caminaron unos minutos, hasta una cafetería grande y entraron.

Éadrom caminó resueltamente hasta una mesa donde estaban congregados cuatro personas, tres hombres y una mujer.

-Éstos son Junger, Harry, Classic y Loto -presentó-. Éste es Eric, compañero de Pajarito.

Ante el gesto de extrañeza de Eric, Harry explicó:

-Pajarito es Isabel. Todos tenemos un alias en el grupo.

-¡Cónsul!, ¿qué hace aquí?

-Soy parte del grupo de guardianes de rescate.

Eric no pudo evitar fijarse en la mujer. Era oriental, de unos cuarenta años y extremadamente atractiva. Ella se dio cuenta, se levantó y le ofreció la mano.

-Soy Peme, Loto para el grupo.

-Loto es tibetana -explicó Harry.

-Yo soy de Camerún -dijo él.

-Junger es alemán y Classic es inglés.

Ambos tenían una edad parecida: unos cuarenta y pocos años. El alemán era alto y tenía físico de nadador, y el inglés mediría uno setenta y llevaba

perilla bien cuidada y parecía en forma.

–Pajarito nos llamaba 'las naciones unidas en acción' –explicó Éadrom con cierta nostalgia.

–¿Y cuál es la idea? –preguntó Eric.

–Encontrar a ambos y liberarlos –respondió Harry.

–Esa gente es peligrosa –advirtió Eric–. Tienen armas de guerra.

–No es la primera vez que hacemos esto –replicó Junger–. Ya no somos unos críos, pero tenemos experiencia.

–Ya le he dicho a...

–Éadrom –le recordó él.

–Ya le dije a Éadrom que ni Isabel ni yo podemos vernos involucrados en nada ilegal, o la misión se irá a pique.

–Lo haremos sutilmente. Nada de disparos, nada que declarar a la policía. Ninguno de los dos os veréis involucrados.

Eric mostró su escepticismo con un gesto, pero no dijo nada, necesitaba toda la ayuda posible.

Tras dejar a Eric de nuevo en la casa convento de los jesuitas, el grupo de guardianes regresó a su hotel.

Éadrom y Loto estaban sentados en la habitación, sobre cojines, en postura de meditación. Loto entonó el mantra Om Mani Peme Hum, salmodiando suavemente una melodía. Tras unos minutos, permaneció en silencio.

Por su parte, Éadrom visualizaba el rostro de Pajarito y de Gringo. Finalmente, sintió conexión con la chica, y se concentró exclusivamente en ella. Era una buena hora. la mayoría de las personas entraban en esa hora en un estado alfa espontáneo si estaban en condiciones de reposo. Levantó las palmas y Loto prosiguió cantando suavemente el mantra.

Isabel estaba acostada sobre el lado derecho, tratando de hallar un poco de esperanza a su situación. Sabía que todavía no les habían matado sólo esperando órdenes, ante la amenaza de la ira de Don Cabañas, pero su prudencia duraría lo que tardasen en recibir órdenes de sus jefes.

Sus ojos cerrados se humedecieron. Pensó en Johnny, acostado a su lado, inquieto, y en lo que habían vivido juntos en la selva. Fue hermoso, extraño, diferente... y breve (le vino a la mente una frase que leyó una vez: 'la estrella que brilla con el doble de luz, brilla la mitad de tiempo'). Recordó a su mentor, Éadrom, y lo mucho que le gustaría contar de nuevo con su consejo. Siempre encontró consuelo en su voz, en su forma pacífica de ver la vida.

Su interior se llenó de luz. Al principio pensó que era un recuerdo de tiempos pasados, pero la luz era demasiado real, demasiado actual. Le pareció que una voz suave susurraba su nombre, su nombre secreto, el que recibió de los huitotos: 'Kuára', 'Kuára, estamos cerca'. Luego percibió otra luz, y una melodía.

Cuando volvió a su estado habitual, Kwapiuro estaba sentado, mirándola.

–¿Tú eres huitoto? –preguntó.

–No, pero... ¿cómo sabes...?

–La voz luminosa habla en huitoto. Amigos tuyos están cerca.

–¿Lo has escuchado?

–Soy hombre espíritu. Claro que lo he escuchado. Vienen a ayudarnos.

Cuando los demás despertaron, si es que en realidad habían dormido, Kwapiuro trató de explicarles que había ayuda en camino, pero le resultó difícil. Isabel era reacia a hablar de su experiencia, pero al final tuvo que explicar lo que había sucedido.

Johnny se mostró escéptico, y la hermana Muriel la miró como si estuviera loca. Sin embargo, y paradójicamente, el sacerdote Ernesto sintió cierta cercanía con su experiencia.

–Cuando yo estaba en las misiones en África, la gente acudía a misa, pero si se le perdía una oveja, iban al curandero de la tribu, y él entraba en trance y le decía a qué hora estaría la oveja y dónde. Y solía acertar. Nosotros no podíamos hacer eso, pero lo cierto es que sucedía. Aprendí a

convivir con las facultades de los hechiceros. No me pareció que fuese obra del diablo, ni nada de eso, hermana –dijo mirando a Muriel–. Sólo son terrenos inexplorados. ¿Recuerda la experiencia de San Pablo camino de Damasco?

–Pero padre, eso es diferente, esa fue una obra de Jesucristo –repuso ella exaltada.

–'Las obras que yo hago y otras mayores haréis', ¿recuerda las palabras de Jesús?

–Dudo mucho que se refiriera a los hechiceros africanos o amerindios.

–Somos parte unos de otros, y de la tierra –intervino Kwapiuro–. El mismo espíritu respira en todos. La palabra del corazón vuela en el espíritu, como el ave vuela en el aire. Eso pensamos nosotros. Si lo entiendes, lo puedes hacer.

La hermana Muriel no dijo nada, pero no pareció muy convencida por esos argumentos.

–Ojalá tengan razón –dijo Johnny–. Ahora entiendo por qué te decían pajarito.

Ella sonrió.

Mientras tanto, en el exterior de su encierro, los jefes de los sicarios les habían ordenado que se asegurasen de que el indio prisionero era el testigo que quedaba con vida. No querían sorpresas el día del juicio. Ya tenían en su bolsillo al juez, pero si aparecía un testigo, no podría ayudarles.

Los prisioneros escucharon ruido de cerrojos, y finalmente la puerta de acceso al sótano se abrió.

Se les había pasado por la cabeza atacar a los raptos cuando eso sucediese, pero habían llegado a la conclusión de que sería un suicidio.

Entraron dos de los criminales, pero el tercero quedó fuera, y todos tenían metralletas y pistolas, por lo que habían podido ver, de forma que estaban totalmente en sus manos.

Uno de ellos bajó las escaleras sin bajar su metralleta y señaló con el

cañón a Kwapiuro.

-Tú, indio, arriba.

Kwapiuro obedeció. El asesino le dejó pasar delante, sin dejar de vigilar al resto, y los dos salieron del sótano oscuro, dejando a los demás con el espíritu encogido.

Los criminales llevaron al guaraní a otra habitación y uno de ellos quedó fuera, guardando la puerta.

Empezaron a hacerle preguntas, intentando averiguar si había visto algo, pero claro, no podían preguntarle directamente sin arriesgarse a una mentira, de forma que empezaron a dar rodeos, tratando de que fuera Kwapiuro el primero en mencionar lo que había visto. Pero el guaraní era inteligente, y pronto les estaba respondiendo con preguntas a sus preguntas, hasta que aquello se pareció bastante a un diálogo con Groucho Marx.

Mientras tanto, el punzón de hueso fue a parar a su mano derecha. Los kaiowá tenían triste experiencia con las metralletas de los blancos, así que el punzón tenía la medida justa del cañón de una de ellas.

Al fin, uno de los facinerosos perdió la paciencia y ese era el momento que él esperaba. El asesino se le encaró, con la metralleta hacia él. En un rápido gesto que nadie esperaba, sujetó el cañón con una mano mientras clavaba el punzón con la otra, a la vez que golpeaba la boca del cañón contra lo primero que encontró.

El otro esperó a que se separaran para disparar, sin mucho ángulo, y, cuando el primero trató de usar su arma, le reventó en las manos, acribillándole por la culata.

La sorpresa y la agilidad de Kwapiuro consiguieron que el segundo asesino se encontrara con que el cuerpo del guaraní se había situado detrás suyo. Aún le dio tiempo a Kwapiuro a sacar uno de los dardos con curare de la bolsa. El asesino ni siquiera supo qué era el pinchazo que le llegó directamente al riego sanguíneo del cerebro.

Cuando el tercer asesino entró dispuesto a acribillarle a balazos, tardó en darse cuenta de que la horizontal no es la única dirección existente en una habitación, y recibió un dardo venenoso desde un ángulo muerto del

techo, al que el kaiowá se había encaramado, utilizando sus conocimientos arbóreos, y los pocos puntos de apoyo del lugar.

Sin embargo, todavía tuvo tiempo de llenar de metralla la habitación. Por suerte para Kwapiuro, cuando empezó a disparar estaba de espaldas a él sin saber de dónde le atacaban. Cuando se giró, buscando al kaiowá, ametralló a la altura de su pecho, figurándose que su enemigo estaba en pie sobre el suelo, y no saltando por las paredes y la esquina del techo. Para cuando la metralleta apuntaba en la dirección correcta, la agilidad de Kwapiuro le había situado justo detrás del asesino y a sus pies, por decirlo así. Para entonces, los músculos del criminal ya no estaban bajo su control, y su respiración se paralizó. Los dardos estaban impregnados con una mezcla de curare especialmente potente.

Cuando, poco después, apareció por la puerta del sótano, sus amigos no podían creer que él sólo se hubiera escapado de los tres asesinos armados.

–Hemos de salir de aquí corriendo –dijo Johnny–. Esto aún no se ha acabado.

–¿Cómo lo has hecho? –preguntó sorprendida Isabel.

–No resulta fácil cazar un mono saltarín –respondió Kwapiuro como si fuera la cosa más normal del mundo.

Tardaron unas horas en encontrar una carretera conocida. Kwapiuro les condujo por los márgenes más ricos en vegetación, para evitar que posibles cómplices les localizaran. En cuanto llegaron a una población, formada por grupos reducidos de viviendas y algún edificio comunal, como restaurantes, tiendas y demás, pidieron un vehículo prestado y, tras dar algunas explicaciones, un granjero comprendió la situación y él mismo les llevó a presencia de la autoridad.

El proceso legal fue extenuante y muy cansado, tras los días de cautiverio, y al fin, Eric les recogió. Con él fue Éadrom.

Isabel no podía dar crédito a sus ojos cuando vio a su antiguo mentor con Eric. Y Johnny se sorprendió igualmente. De repente, fue como si el tiempo no hubiera pasado. Juntos los tres de nuevo. Johnny y ella se miraron, sintiendo renacer la llama de la ilusión que Éadrom supo prender en sus almas, y quizá sintieron renacer algo más, algo en lo que el mentor de ambos no tenía nada que ver. De nuevo jóvenes y juntos, de nuevo llenos de amor por el mundo. Sabían que era una especie de alucinación

inducida por los recuerdos, pero de todas formas los dos, cada uno a su manera, se dejaron seducir por tan hermosa sensación.

Al mismo tiempo, en Campo Grande...

José acarició el delgado cuerpo de la doctora, que se desperezó junto a él.

–Vida salvaje –comentó, y rieron ambos, con esa risa gratuita, pero no absurda de haber alcanzado el cielo por algunos instantes.

Laura se giró y besó a José con deleite, calma y mucha ternura. Luego, con la decisión de lo inexorable y la certeza de su derecho a gozar, comenzó de nuevo a moverse junto a él, acariciándolo y recibiendo sus caricias, hasta que las puertas del cielo se abrieron de nuevo para ellos dos.

Unas buenas horas después, salieron del lecho con intención de comenzar una nueva jornada.

Sonó un móvil. Era de José. Contestó desnudo.

–¿Sí?, ah, hola, buenos días, eh... ¿aparecido? ¿Con el indio? Sí, claro, es genial, voy en cuanto pueda. ¿La compañía ha contestado? Bien, iré lo antes posible.

Cuando colgó, Laura estaba mirándole.

–No me lo digas, lo adivino, tengo poderes, te has de ir en seguida.

–Sí. Pero primero desayunamos. Ah, y ya sé el camino de regreso.

–Celebro escuchar eso.

Tras el desayuno, Laura condujo hasta el hospital y se despidieron con un beso largo y caliente. José sintió la calidez del cuerpo de la doctora a través de la ropa.

–Hazme un favor –dijo ella al despedirse–. Si no piensas volver, no me lo prometas.

-Volveré.

Se despidieron con la mano mientras él caminaba hacia su auto. Finalmente, cuando se giró por última vez, ella ya no estaba.

Condujo directamente hacia la sede de la Compañía de Explotaciones Agrícolas S. A., y se presentó en recepción, donde había una linda chica. Tras una llamada, le dijeron que esperara en una sala adjunta. Había un sofá grande y mullido y unas revistas. Prefirió repasar los portafolios del caso.

Media hora después, volvió a recepción. Había cambiado la persona que recibía las visitas. Ahora era un joven.

-Verá, he preguntado antes por el señor Marcelo Guairo o por alguien que me de noticias sobre él.

-¿Y usted es...?

-El ayudante del fiscal de lo criminal de Campo Grande -dijo mostrando su carnet profesional.

-¿Tiene una orden judicial?

-Verá, soy de la Fiscalía. Pero si lo desea, puedo volver con esa orden, dos policías de uniforme y llevarme a quien sea al tribunal a ser interrogado. ¿Lo desea?

El joven hizo una mueca de disgusto, como diciendo: "a papá no le va a gustar", cogió el teléfono y repitió la llamada.

Minutos después, un ejecutivo de la compañía se presentó y le estrechó la mano. Tras disculparse en nombre del chico, le llevó a un ascensor y le condujo a su despacho. Había un número poco frecuente de vigilantes de seguridad y, por lo que él sabía de la compañía, quizá hubiera hecho bien trayéndose el revólver de Laura. Al fin y al cabo, las armas las apuntaban desde allí, metafóricamente hablando.

-Usted dirá -dijo el ejecutivo cuando estuvieron sentados frente a frente.

-Deseo interrogar a Marcelo Guairo. Tengo entendido que es o era el encargado de la custodia de la pistola utilizada en los asesinatos de Lucía

Mouto y Pedro Aluche.

–¿Y de dónde ha sacado esa idea?

No iba a caer en ese juego.

–Eso es asunto mío. Requiero a Marcelo Guairo o volveré con agentes uniformados. ¿Conoce usted la ley?

Estaba empezando a enfadarse.

–No sé si estará en el edificio... tendría que pedir que le busquen...

–Proceda usted.

El ejecutivo se sentía contra las cuerdas. Cogió el teléfono e impartió las órdenes pertinentes. Esperaron en medio de un silencio incómodo. Finalmente, José comenzó a realizar preguntas cada una más incómoda que la anterior, para que su presa no se sintiera aliviada y escapara. Logró poca información, pero una notable sensación de acoso en el ejecutivo.

Al cabo de unos minutos, un hombre fornido y bronceado por el sol del aire libre llamó a la puerta y entró.

–Diga, señor director –. Miró con hostilidad a José.

–Marcelo Guairo, el ayudante del fiscal de lo criminal de Campo Grande –presentó–. Siéntese, Marcelo.

–Señor Guairo. Tengo entendido que usted era el depositario de la pistola número (leyó el papel)... utilizada para el asesinato de Lucía Mouto y Pedro Aluche. Espero su versión.

Marcelo vaciló un poco. Seguramente no esperaba que le relacionasen con el arma.

–Sólo la tenía en depósito.

–¿Quién se la dio?

–Nadie, quiero decir, era de la compañía. Si era necesaria, se usaba. Para las fieras y eso, ya sabe.

–Pero siempre la tenía usted.

–Tratándose de un arma, la compañía creyó conveniente tenerla bien localizada.

Tenía su lógica.

–Pero, a usted, físicamente, ¿quién se la dio? –insistió José.

–No recuerdo. Seguramente, algún encargado de material.

Nadie podría demostrar si eso era verdad o no.

–Bien, gracias, señor Guairo. No ha sido tan terrible, ¿verdad?

Sonrieron.

–Es posible que deba hacerle más preguntas, pero sus respuestas son lógicas. Gracias.

Se saludaron y José salió. No sabía qué pensar.

Condujo inmediatamente hasta la Fiscalía. El segundo asunto importante era el regreso sanos y a salvo de los supuestamente raptados activistas de Derechos Humanos.

–Hombre, José –saludó Mário, el fiscal–. ¿Unas buenas vacaciones?

–No me puedo quejar. El tal Manoel, el del banco de pruebas, me ha llevado hasta Marcelo Guairo, pero su explicación es bastante lógica. No creo que se pueda probar nada en un sentido ni en otro.

–Marcelo Guairo - repitió mecánicamente el fiscal, para recordar el nombre.

–¿Qué es eso de que han aparecido los raptados?

–Pues eso exactamente. Parece ser que han conseguido escapar. Deberías hacerles una visita.

–¿El testigo sigue con ellos?

–Sí. Estoy intentando que les asignen protección policial. Vamos.

Salieron en auto en dirección al aeropuerto.

El avión tardó unas cuatro horas y diez minutos en alcanzar Río de Janeiro. Una vez abandonaron el edificio del aeropuerto, cogieron un taxi hasta la comunidad de jesuitas. Dadas las circunstancias, habían aceptado a la mujer también con ellos.

Encontraron a los escapados bien de salud, pero preocupados por futuras amenazas. Sabían que los asesinos no cejarían en su empeño. Mário se presentó a sí mismo y a José, y ambos les tomaron declaración y trataron de averiguar todo lo posible sobre el caso.

La existencia de un testigo ocular de los asesinatos constituía una circunstancia relevante y los dos le hicieron muchas preguntas, tratando de aclarar los hechos, de los cuales hasta ahora sólo tenían una descripción circunstancial de segunda mano. Kwapiuro aclaró quién disparó cada arma, en qué momento y las palabras que se dijeron, y los dos funcionarios de la Fiscalía de lo Criminal levantaron acta del testimonio y del hecho de que Kwapiuro reconoció al principal acusado en las fotos oficiales del caso. También de la descripción del segundo asesino.

Luego, levantaron acta de sus declaraciones sobre el tiroteo y el secuestro. Una vez hecho esto, pasase lo que pasara a los testigos, su testimonio quedaba a salvo. Sin embargo, para hacerlo todo más oficial, les citaron por la mañana para declarar en la sede de la Fiscalía de Río, donde contarían con un secretario que levantara acta.

Una vez que se marcharon, el grupo se puso a cenar en la sala que les habían reservado los jesuitas para su uso. En la sala había un televisor, y Kwapiuro lo encendió: le fascinaba el aparato, tan diferente de su vida natural.

Johnny estaba diciendo algo sobre una campaña en Internet para recabar ayuda, cuando Kwapiuro soltó una especie de gemido, de forma tal que todos se callaron y le miraron. Estaba señalando la pantalla y mirándoles:

–¡Es él! –exclamó.

–¿Él? –preguntó Isabel.

–El otro hombre.

Todos se fijaron en la pantalla. En ella se veía al recién elegido Presidente de Brasil dando la mano a Edson Dos Santos, representante de la Compañía de Explotaciones Agrícolas, S. A. Era un reportaje que se repetía desde hacía días en todas las cadenas de televisión.

–¿El presidente? –preguntó Ernesto incrédulo.

–El hombre gordo con bigote, es el otro asesino.

Los dos funcionarios de la Fiscalía recibieron una llamada a su móvil mientras estaban en la habitación del hotel y volvieron de inmediato a tomar declaración a Kwapiuro. Mientras eso sucedía, en otra sala de la vivienda convento el grupo de Éadrom y los demás trataban de discernir el mejor camino: estaban amenazados y se enfrentaban a intereses muy poderosos.

La experiencia de Johnny e Isabel se impuso.

–Lo único que puede obligar a los poderes políticos a hacer justicia es una campaña de prensa –sentenció Isabel.

–E Internet –añadió Johnny–. La campaña de Internet está en marcha, pero no tiene suficiente repercusión. Hay muchas campañas parecidas.

–Hemos de salir a la prensa.

–Ahí nosotros podemos ayudar –intervino el cónsul honorario Harry, dando un golpe amistoso en el hombro a Eric–. De hecho, nuestra presencia aquí era para dar cobertura diplomática a los observadores independientes, que han sido raptados y tiroteados. Creo que mi Embajada puede llenar varios artículos sobre eso. Llamaré de inmediato y pondré en antecedentes a mis superiores.

–Eso suena prometedor. Pero necesitamos a los compañeros de los asesinados para que intervengan públicamente. Hasta el momento se han mantenido en la oscuridad.

–Eso ayudaría, sí. Llamemos a Muriel, también ha sido secuestrada. Ha de aparecer en los artículos.

El grupo empezó a sentir que su acción tomaba fuerza. Todo lo que se había dicho daba una sensación de solidez a su situación.

José, Mário y Kwapiuro aparecieron por la puerta.

–Bien, nosotros hemos terminado. Mañana por la mañana preséntense en la Fiscalía de aquí para formalizar la declaración –dijo Mário.

–Una pregunta, fiscal. ¿Podemos acudir a la prensa con este caso?

–Bueno, hasta que un juez no decrete secreto sumarial, si ese es su deseo...

–Verá, señor –intervino Harry–. Eric y yo representamos a un pequeño país y estamos dando cobertura oficial a la misión de los observadores independientes a Human Rights Watch y Amnistía Internacional, y estamos escandalizados por el tiroteo y subsiguiente rapto sufrido por ellos, por lo tanto pienso acudir, como cónsul honorario, y denunciar el caso en la prensa, si eso es legal.

–De momento, no puedo impedirlo. De hecho, creo que es adecuado –respondió Mário.

–Bien, gracias –dijo Harry con una sonrisa.

Los artículos aparecieron al día siguiente en los principales periódicos. La acción de la Embajada había sido lo suficientemente rápida para no dar tiempo a los políticos y a la compañía a que trataran de frenar la publicación de los mismos. Y, una vez que la noticia salió a la luz, se extendió como la pólvora, apoyada por la campaña de recogida de firmas en Internet por parte de Amnistía Internacional.

En ese momento, en Barcelona...

Miguel caminaba por la acera de la Gran Vía de les Corts Catalanes (a la que todos llaman la Gran Vía) en Barcelona tras salir de la cafetería de la Universidad, en el llamado Edificio Histórico de la misma. Justo en la puerta había tres activistas con un chaleco amarillo donde se podía leer en grandes letras negras Amnistía Internacional. Una chica muy simpática se puso ante él.

–No tengo tiempo –se excusó, como tantos otros, esperando una solicitud de dinero.

–Un minuto. ¿Conoces el caso de los asesinatos de Mato Grosso? –le soltó.

–No, pero...

–¿No sabes que existe un testigo del asesinato y que ha sido raptado y tiroteado en Río de Janeiro?

–No, no, pero...

–Los asesinados pertenecían a una congregación que lucha contra los intereses de una multinacional. Entre los secuestrados había un sacerdote –siguió la chica. En realidad Miguel la estaba escuchando porque le gustaba su mirada, algo en ella era muy atractivo–, un jesuita, un tal Ernesto.

–¿Eh? –. Miguel reaccionó–. ¿El padre Ernesto ha sido secuestrado?

–Ya está en libertad, pero el testigo sigue en peligro, y dos miembros de Amnistía Internacional también. Por eso te pido ayuda, si firmas...

–Yo conozco al padre Ernesto. ¿Está en peligro?

–En cierta forma sí, las metralletas no distinguen entre testigos y acompañantes cuando disparan.

–¡Ese hombre dio la cara por mí!, ¡tengo que ayudarlo! –exclamó con su acento mexicano. La chica se quedó mirándole, y, por fin, decidió que sus superiores debían conocer la historia de ese muchacho con acento mexicano.

Y en Río de Janeiro...

Edson Dos Santos arrojó el periódico del día con rabia y cogió el teléfono de su despacho. Marcó una extensión y al otro lado de la línea contestó un alto ejecutivo de la compañía.

–¿Ha leído los periódicos de hoy?

–Sí, claro. Está en casi todos.

–Si me acusan, irán todos ustedes detrás. Han de parar a esa Embajada, han de...

–Perdone, Edson. Creí que para eso estaban ustedes, para librarnos de problemas. Ese testigo es cosa suya. De hecho, podríamos considerar que han incumplido su trabajo, porque ya no debería haber ningún testigo, ¿verdad? Tenemos un trato con el juez, pero si hay un testigo, sobre todo con tanto eco mediático, no podrá hacer nada. Encárguese.

Edson estuvo a punto de soltar un juramento, pero se contuvo. Todos aquellos chupatintas no tenían agallas para solucionar nada, por eso les necesitaban. Pero manejaban mucho poder. Una sola llamada de teléfono y podrían arruinarle la vida. Era más inteligente tragarse el orgullo, de momento. Ya habría tiempo de buscarle por los callejones oscuros y hacer que se comiera sus palabras junto con un poco de polvo de la calle.

–Me encargaré de ese indio, y de los demás.

–Más le vale, Edson, más le vale.

El sicario colgó de muy mala forma y fue hasta su salón a tomarse un vaso de whisky. Luego se puso a limpiar sus armas, la pistola y la metralleta. Cuando estuvieron perfectamente limpias, afiló su cuchillo y la navaja táctica que siempre llevaba consigo. Al final, dio un golpe sobre la mesa que tiró al suelo un cenicero y lo hizo añicos.

–¡Malditos todos! –exclamó.

Edson movilizó a sus hombres. Como representante en negociaciones con el gobierno, no le convenía verse involucrado en el asesinato del indio y aquellos dos molestos activistas tocapelotas, lo cuál le ponía todavía más nervioso, pues estaba acostumbrado a solucionar las cosas por sí mismo. Se decía que de haberse encargado personalmente, el testigo ya no existiría.

Tenían que acabar con eso antes de que las campañas de prensa e Internet llegaran a más gente, antes de que tuvieran un eco que ya no pudieran acallar. Debían morir esa misma semana, ya, cuanto antes.

Para los hombres de Edson no representaba mucho problema: tenían contactos dentro de la policía, así que sabrían dónde y cuándo encontrar

al grupo, y una buena ración de munición de guerra haría el resto.

Mário, el fiscal de lo criminal, había solicitado protección para el testigo, al menos, pero sus peticiones habían topado con un muro dentro del Departamento de Policía. Las peticiones escritas nunca parecían estar en el formulario correcto, o bien tenían defectos de forma. El fiscal comenzó a sospechar mala voluntad en ese caso. La compañía tenía mucho poder allí: incluso los funcionarios que no se habían corrompido sabían que muchos empleos en la zona dependían de ella. Nadie quería ponerle problemas en el camino.

Y, sin embargo, ya había tenido lugar un tiroteo. Recurrió al juez que llevaba el caso de los asesinatos del Mato Grosso Do Sul. Le recibió en su despacho en los juzgados. Se conocían un poco, debido al trato habitual en sus respectivos casos. Era un hombre grande, obeso y de rostro rubicundo y de anchas mejillas. Tenía aspecto de ser hermano de Alfred Hitchcock. El hermano obeso e infantil.

–Te agradezco que me recibas –empezó diciendo–. Sé que es un asunto delicado, no voy a decir nada que pueda influir indebidamente. Sólo pido una orden para que se destine una patrulla móvil a la protección del principal testigo del caso.

–Es una petición razonable. Sin embargo no disponemos de efectivos de la judicial. Tendrás que solicitarlo al Departamento de Policía.

–Ya lo he hecho –repuso Mário.

–Entonces asunto resuelto –dijo satisfecho el juez, con su orondo rostro infantil.

–No, no está resuelto. La policía no quiere ni oír hablar del asunto. Por eso me dirijo a ti. Si extiendes esa orden, como principal responsable del caso, no tendrán más remedio que hacerlo. No es necesario que sea policía judicial, pueden ser agentes ordinarios.

–Pero no me corresponde a mí inmiscuirme en la cadena de mando de la policía, ¿verdad? –. Sonrió de nuevo con sus gruesos labios.

–Pero puedes hacerlo, si es que te interesa que el caso se vea con imparcialidad.

–Quizá, pero no quiero.

-¿Y eso?

-No me quiero indisponer con el Jefe de la Policía.

Mário detectó la misma clase de muro de intereses con que se había topado en el departamento policial. En vista de que parecía imposible convencer al juez, dio las gracias y se despidió.

Pero no se habían agotado sus posibilidades. Conocía el sumario perfectamente, y sabía de la cobertura diplomática de que gozaba la misión de Johny e Isabel, para Human Rights Watch y Amnistía Internacional. De hecho, al juez encargado ya le había llegado petición del cónsul honorario, sin resultado.

Esta vez, Mário se puso en contacto con el Ministerio de Exteriores: las misiones diplomáticas tenían derecho legal a protección policial cuando se vieran amenazadas, y era evidente que ésta lo estaba.

El juez encargado del caso de los asesinatos en Mato Grosso Do Sul estaba disfrutando de su descanso en su propio hogar, pero su placidez se vio totalmente alterada y abrió su boca de pescado crudo cuando apareció en la pantalla de su televisor un documental que estaba dando la vuelta al mundo.

Lo primero que se veía era el Templo Expiatorio de la Sagrada Familia de Barcelona, y segundos después, el Cristo Redentor de Río de Janeiro. De fondo, una música levemente 'new age' popularizada en un long play de éxito que cualquiera asociaba de inmediato con la Amazonia. Luego, un muchacho salía en primer plano. Explicaba cómo un sacerdote la había ayudado a estudiar en Barcelona (sin mencionar al cártel de México, por supuesto), y seguía diciendo la forma en que había sido tiroteado y raptado a continuación en Río de Janeiro por proteger a un guaraní kaiowá que era testigo presencial de los asesinatos que estaban siendo juzgados en Campo Grande. Luego, la música pasaba a primer plano, y luego regresaba a segundo plano para dar entrada a la imagen de una activista de Amnistía Internacional que denunciaba las prácticas genocidas de la Compañía de Explotaciones Agrícolas, S. A.

Durante un minuto intenso relacionaba toda la lista de asesinatos de nativos ocurridos durante una serie de años, así como de activistas, periodistas, misioneros e incluso personal médico en la zona de Mato Grosso Do Sul y en la Amazonia en general. Para terminar, Muriel aparecía en pantalla explicando brevemente la labor de su comunidad y cómo sus dos integrantes, Lucía Mouto y Pedro Aluche fueron ametrallados y luego

rematados de un tiro una vez estaban en el suelo.

Cuando el documental, de unos cinco minutos, pagado por dos organizaciones humanitarias, concluyó, el juez del caso cerró su boca y tragó saliva. Luego cogió el teléfono y realizó una llamada telefónica que, seguramente le iba a costar la vida en los meses siguientes. Cuando terminó, sacó una botella del aparador y se sirvió un buen vaso de licor.

Media hora después, un alto ejecutivo de la compañía llamó a Edson Dos Santos.

–Edson, ese testigo ha de desaparecer ya. Me ha llamado el juez, hay un documental en la televisión, y dice que no podrá ayudarnos más. Arregle eso. Y encárguese también de ese juez.

–Vete al carajo, cretino. Mata tú mismo al juez, si quieres. Del indio me encargo yo.

Edson se puso nervioso. Su gente estaba tardando más de lo debido en eliminar a ese indio. Tendría que hacerlo por sí mismo.

## **18**

### **Río de Janeiro...**

Kwapiuro estaba ya agobiado de estar encerrado en la casa convento de los jesuitas. Era un lugar más agradable que la mayoría de los lugares del mundo extraño que conocía, pero no obstante, era un lugar muy antinatural, de paredes lisas, muebles de contrachapado, luces tenues y siempre constantes, y vegetación mínima y muy recortada. Ni un solo árbol salvaje, ni una flor de la selva, sólo plantas de jardín. Ni hablar de perderse en veredas escondidas, ni escuchar a los monos ni a los pájaros, ni los aullidos de las fieras, ni el revolotear de insectos.

Daba habitualmente vueltas sin fin por los corredores del lugar, salía al jardín cuidado que se encontraba en el centro del edificio, enmarcado por los arcos y columnas del claustro.

Hacía bastante que había anochecido. Al menos la Luna era la misma que él veía desde su hogar en la selva. Estaba acucillado sobre la grava pequeña del jardín, a un lado de la fuente cuyos chorrillos manaban produciendo un sonido arrullador. Él pensaba en su madre y su padre muertos. Era verdad lo que el jefe Onti le decía: en lugar de corazón se le

había quedado un pedrusco frío, que por no sufrir no osaba sentir. Ni siquiera odio. Nada. Reaccionaba con la agilidad instintiva y no sentía ni miedo. Quizá deseaba morir, y por eso no sentía miedo. Había matado a los sicarios en su encierro y no había sentido ni un poco de alivio, ni venganza, ni alegría. Simplemente, era lo que había que hacer para huir. No estaba preocupado por eso, es que nunca se había encontrado en ese estado.

La sombra se deslizaba entre las columnas. Kwapiuro estaba en silencio, inmóvil, y la sombra no le había escuchado ni visto. Acucillado ahí, se confundía con la silueta oscura de la fuente. Aguzó sus sentidos. La sombra era silenciosa, pero no lo era tanto como un kaiowá o un huitoto, ni ningún habitante de la jungla. Producía pequeños sonidos. Pudo percibir unas llaves tintineando en su bolsillo, un roce de ropas sintéticas. Un chasquido metálico cuando montó su arma.

En completo silencio, Kwapiuro se deslizó tras la sombra. Se dirigía a los aposentos. Caminó hasta el pasillo que conducía a las habitaciones del convento. Al parecer aquella sombra conocía el lugar. Seguramente todos los conventos de la zona eran parecidos.

El guaraní no tenía consigo su cerbatana ni sus dardos, pero siempre llevaba encima el cuchillo de monte que había robado en los terrenos de la compañía. Lo llevaba oculto bajo su escasa ropa, porque a los jesuitas no les gustaban las armas.

La sombra era un hombre voluminoso pero ágil, más de lo que cabría esperar de su estómago abultado. La silueta de un cañón sobresalía frente a él. Era una metralleta corta. Probó a abrir varias habitaciones y escuchó atentamente, para descubrir las que ocupaban ellos. Abrió las que no estaban cerradas con llave, inspeccionando el lugar por si sus objetivos habían salido. Si era así, podría esperarlos allí.

Las voces de Johnny se escucharon, seguidas de unas risas. Las de Isabel y también unas más graves, del padre Ernesto. Y también se encontraba allí la hermana Muriel. La sombra las escuchó, lo mismo que él, y se dirigió en su dirección: le habían ahorrado un tedioso reconocimiento del lugar.

Kwapiuro corrió hacia el desconocido, que oyó sus pisadas y empezó a girarse. Evitó el cuchillo con el cañón de la metralleta y disparó ésta, obligando a Kwapiuro a refugiarse en una habitación abierta.

Las risas cesaron de golpe al oírse los disparos. Unas voces de los habitantes del lugar preguntaron qué sucedía.

Kwapiuro tuvo que arrojarse desde una ventana para no ser muerto por el intruso, que siguió disparándole mientras se ponía a salvo en el exterior del convento.

Ninguno de los que ocupaban el convento tenía armas, de forma que el intruso pudo recorrer los pasillos a placer, buscando al resto de los activistas. Sin embargo, su objetivo principal, que era matar al testigo, había fracasado.

Una dotación de policía asignada a la protección del grupo había escuchado los disparos desde su puesto de observación, en la calle, y comenzó a recorrer el edificio. Dieron el alto cuando presintieron que estaban cerca del intruso, recibiendo una ráfaga que les obligó a parapetarse.

El intruso optó por seguir la misma vía de escape que el indio. La altura no era excesiva, así que saltó por una ventana y huyó.

Edson se maldijo en voz baja mientras se escabullía por las calles atestadas. Había fallado. El testigo seguía con vida.

Un ataque a primeras horas de la noche en un convento en el centro de una ciudad como Río de Janeiro fue portada en todos los boletines de noticias. Naturalmente, tras el relato del hecho siguió la información sobre el juicio en ciernes al presunto asesino de Lucía Mouto y Pedro Aluche, así como el pequeño documental editado desde Barcelona, con Miguel como protagonista. Una gran cadena especializada en temas escandalosos puso en contacto telefónico al muchacho con el padre Ernesto y, mientras ellos dialogaban efusivamente, proyectó las imágenes conseguidas sobre el

caso, incluidas las de los cadáveres destrozados por la metralla y los efectos de los tiroteos en la tienda y luego en el convento. Estas imágenes se difundieron después a otras cadenas de televisión, influyendo en que la campaña digital llevada a cabo por Amnistía Internacional recogiera millones de firmas en todo el mundo. La Fiscalía se vio de pronto inundada por ellas, y los periodistas empezaron a acampar delante de la puerta de los principales implicados, intentando conseguir una primicia.

Por su parte, la cobertura diplomática de la misión de los observadores llevó a un conflicto diplomático entre ambas Embajadas, que se subsanó con un intercambio de promesas y buenas intenciones, pero que puso contra las cuerdas al juez y a la policía. Ya nadie podría ignorar que había habido dos asesinatos propiciados por los intereses comerciales.

El Fiscal para lo Criminal de Campo Grande volvió de Río de Janeiro, de tomar declaración a los testigos del segundo tiroteo y se encontró una manifestación de unas doscientas personas ante la puerta de la Fiscalía, con pancartas sobre Derechos Humanos, denunciando los cientos de asesinatos de indígenas y todo tipo de trabajadores y trabajadoras sociales. Una gran pancarta amarilla con letras negras de Amnistía Internacional presidía el acto.

En cuanto entró, un secretario le pasó una copia del informe que Human Rights Watch había presentado ante el Centro de Información de las Naciones Unidas en Río de Janeiro, el cual lo presentaría ante la Presidencia de Brasil y la Sede Central en Nueva York.

En las principales Embajadas de Brasil en todo el mundo se producían manifestaciones similares a las que tenían lugar ante el Parlamento en São Paulo, ante la Fiscalía y ante el Juzgado encargado del caso.

–La Compañía de Explotaciones Agrícolas ha presentado denuncia contra los manifestantes que impiden el acceso de los camiones. Las principales vías de entrada a Mato Grosso Do Sul están cortadas. Hay altercados con la policía, y con los agentes privados contratados por la compañía. Es posible que haya muertos –le informó su secretario.

–Eso que se lo digan al juez –respondió malhumorado Mário.

Al menos el tribunal se había tomado en serio, por esta vez, la protección de los testigos. Permanecían custodiados por un nutrido pelotón de fuerzas especiales de la policía en una prisión de alta seguridad. Cuando se enteró, Edson decidió que había llegado el momento de hacer un largo viaje de compromiso a ver a un familiar en Londres, un país sin tratado de extradición con Brasil.

Un alto ejecutivo de la compañía entró en una finca particular. El guardia de seguridad, armado hasta los dientes y reclutado entre las fuerzas de élite del ejército revisó su documentación y habló por un interfono durante unos instantes. Momentos después, el ejecutivo caminó hasta la escalinata blanca y rosa de la entrada principal, y una criada con cofia le acompañó hasta un salón, donde un hombre canoso ya estaba tomando un mohito cubano.

-¿Le apetece una copa? -preguntó risueño.

-No, gracias. Bonita casa.

-Gracias. Bien... ¿Qué desea?

-Ya lo sabe usted. Ha enviado a esos activistas de derechos humanos a un recinto hermético. Donde no puedo alcanzarles.

-Esa es la idea -dijo sonriendo el hombre canoso.

-Si nos condenan por asesinato, el gobierno no podrá firmar ese contrato histórico para la explotación de la soja y el agrocombustible, y se perderán muchos puestos de trabajo...

-Incluido el suyo, creo.

-Sí. Y usted dejará de recibir ese suculento incentivo que le enviamos todos los meses. Y puede que incluso le hagamos perder las elecciones al candidato para las próximas elecciones.

-Eso son varias amenazas. ¿De cuál de ellas me tengo que preocupar?

-Creo que de todas.

-Vamos, nadie va a condenar a la compañía. Tenemos dos culpables. Se extralimitaron en sus funciones. Creo que una aportación extra para una fundación, pongamos, una escuela para indígenas y la cesión de algunos terrenos fronterizos puede acallar muchas propuestas. Nos encargaremos

de eso. Nadie quiere perder el negocio del agrocombustible, ni las exportaciones de soja, que dan de comer a medio mundo. Ni nuestro otro interés... Ese testigo ha de testificar, y los dos culpables han de pagar por su crimen. Justamente de eso he hablado hace poco con una alta jerarquía eclesiástica. Uno de los implicados es un sacerdote, las dos víctimas eran feligreses de una parroquia...

–Necesitamos seguir extendiéndonos. Esto nos ocasionará problemas con las autoridades –respondió el ejecutivo.

–No se preocupe por eso. Déjeme a mí. Ustedes nombren otro negociador. Sacrifiquen públicamente a su hombre antes del juicio, y pondremos la foto del otro negociador en todas las cadenas de televisión y periódicos del mundo.

–¿Tengo su palabra? –preguntó el ejecutivo.

–¡Ja, ja, ja! ¿Qué es eso?, no, tiene algo mejor: me interesa ese contrato. No lo pondré en peligro.

El juicio transcurrió con extraña normalidad, si se exceptúan las multitudinarias manifestaciones ante el juzgado.

La vida del grupo internado en la prisión de alta seguridad había sido agradable, si bien tediosa. Los controles de seguridad para cada visita oficial o personal, el encierro forzado, las horas, días, semanas, pasadas en un extraño y gris hotel enrejado. Sus habitaciones no eran celdas, pero se asemejaban mucho. Habían sido improvisadas en dependencias libres, pero la presencia carcelaria, tanto de funcionarios como internos, era palpable en mil detalles.

Quién más lo había sufrido había sido Kwapiuro, y era natural. Johnny e Isabel se habían entretenido redactando sus informes y subiéndolos a Internet, donde habían tenido millones de visitas. La campaña llevada a cabo por Amnistía Internacional y Human Rights Watch les había convertido en héroes. Las manifestaciones siempre acababan recordando su encierro forzoso y el juicio en ciernes. La mitad de las visitas recibidas eran de medios de comunicación.

Pero todo eso a Kwapiuro le tenía sin cuidado. Añoraba la selva en forma dramática, y esa morrinha crecía cada día que pasaba.

Comparado con esa rutina, el juicio supuso un cambio agradable. Al principio temían por su vida, pero pronto les venció una sensación de inevitabilidad, de 'fatum'. La compañía no volvió a molestarles. En televisión comenzó a aparecer un nuevo negociador de la misma con el Presidente electo.

## **19**

### **El juicio**

El fiscal Mário estaba sentado ante el primer acusado de los crímenes en la prisión donde estaba retenido. El juez le había comunicado un cambio en sus declaraciones, respaldado por un equipo de psiquiatras forenses.

–Señor Abregu –trató de que su impaciencia no se transparentase en su tono de voz–, me han comunicado que quiere cambiar su declaración antes del juicio.

–Sí. Mi primera declaración estaba influida por el miedo. Impliqué a la Compañía de Explotaciones Agrícolas para la que trabajaba por miedo a la condena y por cierto sentimiento de revancha, pero lo cierto es que cometí esos crímenes por decisión propia.

–Lo cierto es que le han ofrecido una rebaja en la condena si dice eso, ¿verdad? –. Ahora sí dejó traslucir su enfado.

–Oh, no. Soy un hombre violento, me enfurecí y tiroteé a esas personas, lo mismo que Edson Dos Santos, el segundo acusado.

–¿Conoce su paradero?

–No.

–¿Afirma, entonces, que los dos asesinaron a sangre fría a Lucía Mouto y Pedro Aluche?

–Sí. Los dos lo hicimos. Yo usé la metralleta y él les remató en el suelo con su pistola.

-¿Es la misma pistola considerada 'prueba tres' en el sumario?

-Así es, sí.

-¿Y dice que la compañía no tuvo nada que ver en eso?

-No señor, nada en absoluto.

-Entonces, dígame, porque no lo entiendo: ¿no les proporcionó la Compañía de Explotaciones Agrícolas las armas que se utilizaron en los crímenes? ¿Considera esas armas como herramientas agrícolas?

-Bueno, nosotros realizábamos nuestra tarea en una zona de selva. Las armas eran para auto protección.

-Buen intento. Ahora dígame, si es que puede, ¿cuál era su tarea dentro de la compañía?

-Éramos mano de obra campesina.

-¿Es usted campesino? -. La ironía era apenas disimulada en su voz.

-Sí.

-¿Una metralleta es un arma adecuada para defenderse en la selva?

-Oh, sí. Ahuyenta a los animales peligrosos -. Esta vez la sorna era evidente en el sicario.

-Escucha, cretino. Sé que te han ofrecido un trato. También sé quién. No cambiaré mi acusación. La compañía os dio las armas con que asesinasteis a esas dos personas, así que por mi parte, la compañía es culpable. Aunque no pueda demostrar que os dio las órdenes, la encausaré por responsabilidad subsidiaria. Y tú pasarás muchos años en la cárcel, te lo prometo. No importa el trato que hayas hecho. No rebajaré la petición de condena. Yo no hago tratos contigo ni con la compañía, ¿entiendes?

-Será mejor que de ahora en adelante mire hacia atrás cuando entre en su casa. Irán a por usted, lo sabe ¿verdad?

Mário no respondió. Salió de allí muy enfadado.

En cuanto llegó a su despacho envió a José, su ayudante, a investigar la

actividad de Abregu en la selva.

El ayudante del fiscal cogió las llaves de su coche y condujo hasta su domicilio. Preparó una pequeña bolsa de viaje con un par de mudas y algún otro objeto necesario, como el cargador del móvil, maquinilla de afeitar, una navaja táctica que sujetó a la cinturilla de su pantalón y una automática que la fiscalía le había aconsejado poseer, pero a la que nunca había dado un uso habitual.

De camino, decidió rendirse a su deseo de visitar a la doctora Laura, que además era su único contacto allí. Llegó al hospital y aparcó delante. Encontró en recepción a la enfermera ya conocía de vista, y le preguntó por la doctora.

–Está en la sala del personal. Puedes entrar, te dejo – La guapa mulata sonrió.

–Gracias.

Allí estaba, tomándose un café. Se sorprendió de volver a verle.

–Te dije que volvería.

–Apuesto a que vienes por alguna otra razón –dijo ella, mirándole.

–En realidad sí. Pero he tenido mucho trabajo. Quería venir, pero no podía.

–Ya, bueno. ¿Te vas a quedar unos días?

–Quizá un par de noches. Tengo que hacer muchas preguntas. Esta vez he traído mi propia pistola –le dijo, enseñándole su arma.

–Es un detalle. ¿Y el cepillo de dientes?

–También.

–En ese caso puedes quedarte en mi casa –dijo ella, sin traslucir sus emociones, fueran cuales fueran.

–¿Quién podría conocer a un tal Antônio Abregu? Trabajaba por esta zona para la compañía.

Laura hizo memoria unos instantes.

–Conozco a un hombre. Trabajaba como capataz para ellos, pero tuvo problemas. Quizá haya oído hablar.

Le escribió una dirección en un papel.

–Bien. Si no es muy lejos, quizá vuelva para comer contigo.

–Pues será otra vez aquí, porque tengo turno.

–Me encantan los sándwiches fríos del hospital –bromeó.

Recorrió con su coche unos pocos kilómetros, hasta el lugar que su GPS le indicó como la dirección del hombre.

El lugar era un bloque de viviendas de cemento gris sin ningún encanto. Había una pequeña plaza con unos cuantos árboles que parecían fuera de lugar, sabiendo que a escasos kilómetros existía un espacio de vegetación totalmente salvaje, todavía.

Buscó el portal y llamó al interfono. Una voz de hombre le contestó.

–¿Sí, quién es?

–Soy el ayudante del Fiscal de lo Criminal de Campo Grande. Necesito hacerle unas preguntas.

Sin decir nada más, la puerta se abrió. Subió en el ascensor minúsculo y frente a una de las puertas le esperaba un hombre de unos cincuenta años, en camiseta y bermudas.

–¿El señor Benedito Peres? –preguntó.

–Yo mismo.

–Verá, soy el ayudante del Fiscal de lo Criminal de Campo Grande –explicó, mostrando su carnet oficial de plástico con su foto digitalizada–. Y tengo entendido que usted ha sido capataz en la Compañía de Explotaciones Agrícolas, S. A.

–Sí –. El hombre no mostró sino una expresión de tedio al mencionarle la compañía.

–¿Le importa que grabe esta conversación? –preguntó José.

El hombre vaciló.

–Bueno –dijo al fin.

–Tengo interés en un trabajador de la misma, que quizá usted conozca, se trata del señor Antônio Abregu. ¿Le conoció?

–Sin duda. Es un 'tropa' de lo peor. Haría cualquier cosa por ascender.

–¿Cualquier cosa? ¿Como qué, por ejemplo?

–Cualquiera.

–¿Mataría a sangre fría?

–Sin duda -. No mostró ni la más ligera vacilación.

–Él dice que es un campesino, que sus trabajos para la compañía eran de tipo agrícola.

–Su familia eran labradores, pero él es un vago. El único esfuerzo que le gusta hacer es apretar un gatillo.

–Lo que está diciendo es importante. ¿Lo declararías ante un tribunal?

–Si se refiere al juicio por el asesinato de esos pobres misioneros, sin duda. Ese cerdo se merece pasar el resto de su vida en la cárcel.

–He grabado esta conversación. ¿Está usted de acuerdo?

–Sí, no hay problema.

–Bien, habría que formalizarlo, sin embargo. Si se pasa por la Fiscalía de Campo Grande, firmará la transcripción de su declaración. Quizá el fiscal quiera hacerle más preguntas.

–Por mí, vale. ¿Mañana?

–Eh..., mejor dentro de dos o tres días -. José había pensado no volver demasiado rápido. Se dijo que quizá pudiera encontrar otros testimonios, pero en realidad, quería esas dos noches con Laura.

–¿Conoce a alguien más que pueda testificar sobre Abregu?

-Quizá, déjeme que mire mi agenda.

-El hombre buscó en un cajón y luego le dio un par de nombres. Le dijo que buscara en la cafetería cercana por la tarde.

José volvió al hospital. Laura estaba terminando sus curas y le hizo esperar una media hora. Cuando la volvió a ver, llevaba puesta una blusa color fucsia.

-Te voy a enseñar un sitio -dijo, y le llevó hasta el aparcamiento.

Se montaron en su auto y condujo por la carretera hasta un desvío. Luego tomó una vereda muy silvestre, y acabaron bajándose del auto.

-El resto es a pie -dijo.

Le llevó por un camino selvático, hasta un claro. Allí había una edificación de troncos de árbol y adobe, con una entrada grande y un letrero grabado a fuego en un leño, con dos enormes plantas a los lados de la puerta, que ponía: "Casa de la Selva". Todo muy chill-out. Entraron.

Una enorme mujer rubia les recibió con alegría, y les llevó hasta una mesa junto a una ventana.

-Aquí estarás bien, cariño -le dijo a Laura, guiñándole un ojo y señalándole una mesa bien situada.

-Gracias, Hanna.

Unos grandes ventiladores giraban incansablemente en el techo por todo el local.

José observó a las personas que ocupaban las mesas. La mitad eran de etnias autóctonas, más o menos vestidos a lo occidental, pero con sus collares y plumas. Incluso uno estaba totalmente vestido a la manera tradicional suya. También había blancos, hombres y mujeres, pero todos parecían estar en armonía con el entorno.

La dueña rubia trajo el menú. Había un poco de todo.

-Es alemana -explicó Laura- Vino para hacer un trabajo de la Universidad y se quedó. Los demás son de profesiones liberales, del hospital... muy pocos de la compañía se atreven a venir aquí. Podrían tener una mala experiencia. Dentro puedes tomar tu ambil. ¿Sabes lo que es el ambil?

-Ni idea -. Él se aprestó a escuchar, dejando el menú de lado.

-Es tabaco cocido. Se toma con una hoja de coca en la boca. Pero los blancos en su mayoría no pueden tomarlo.

-Sí, sobre todo porque es delito.

-Déjate de monsergas. Es algo natural en su modo de vida. Les permite tener visiones.

-¡Sin duda! -bromeó, y ella le dio con su menú en el hombro.

-¡Legalistas!, no entendéis nada.

La comida era deliciosa, a base de vegetales y fruta, con un poco de carne.

Cuando terminaron de comer, le llevó de vuelta al hospital, donde él tenía su coche.

-Ha sido un rato estupendo -dijo José.

-Pues ya sabes dónde estoy.

-¿A qué hora terminas?

-Pues entre las doce y la una.

-Estas jornadas de tantas horas deben ser ilegales.

-Me temo que no, son guardias pagadas. Mañana entro por la tarde.

-Bueno, pues ¿a qué hora cenas?

-Si no hay emergencias, sobre las ocho y media.

-No sé si podré llegar a tiempo. Tengo que ver a dos o tres personas más.

Se dieron un beso en la mejilla, pero Laura puso su boca en la de él en el último momento. José no pudo evitar el placer de profundizarlo.

–Bien, hasta luego –. Salió un tanto avergonzado. Ella soltó una risa espontánea.

–Eres como un adolescente, me encanta eso.

Condujo hasta la cafetería que le había indicado Peres, y pidió una caipirinha. Junto con el sabor del beso le sentó de maravilla.

–¿Conoce a unos hombres llamados Mireles y Queiroz, de la compañía?

El que estaba tras la barra clavó su mirada en él. Dos hombres que estaban en una mesa dejaron de hablar.

–¿Qué quiere de ellos y, de paso, quién es usted? –preguntó el camarero dejando un vaso que estaba secando, y poniendo las manos bajo el mostrador.

–Soy el ayudante del fiscal de Campo Grande. Deseaba hacerles unas preguntas –. Él también metió la mano en el bolsillo, donde llevaba la automática, pero no podía accionar la corredera en esa situación. La sujetó, de todas formas, por si debía sacarla.

–Yo soy Queiroz –dijo levantándose uno que estaba en otra mesa en la que no se había fijado. El de la barra pareció relajarse. Sacó las manos de bajo el mostrador y cogió otro vaso para secarlo–. ¿Qué quiere?

–Bueno, quería preguntarle por un tal Antônio Abregu y Edson Dos Santos, sobre su trabajo en la compañía.

–¿Está usted loco? ¿Cómo se le ocurre preguntar eso en un lugar público? Conseguiré que le maten.

–¿Por qué? ¿Qué pasa con Abregu?

–Pues eso es precisamente lo que no se puede responder en público.

–Según él, es agricultor para la compañía –dijo José.

Se oyeron carcajadas desde las otras mesas.

–Ese no sabe lo que es coger un azadón –soltó uno.

José cogió el comentario al vuelo:

–Pues es lo que él afirma –respondió.

–En esta zona no han empezado a cultivar. Sólo construimos edificios, carreteras y algunos 'limpian' la jungla de indios...

–¿Eso es lo que hacían esos dos? –insistió.

–Pues ya que lo dice usted, sí.

Los demás callaron de golpe. Incluso el que había hablado parecía un poco temeroso.

–¿Lo declararías en un juicio?

–Ni hablar. Perdería mi trabajo, como poco, eso si no me pasaba algo peor...

Le hubiera gustado preguntar si eso es lo que le sucedió a Peres, pero no quiso llamar la atención sobre él. No quería perder su testigo.

–Si cambia de opinión, éste es mi teléfono –le dijo, dándole una tarjeta de visita.

Salió un poco defraudado. Un par de testigos tenían más fuerza que uno solo.

Llegó a tiempo de cenar en el hospital con Laura. Esta vez fueron bocadillos de bacon y queso con un poco de fruta.

Preparó sus notas mientras ella terminaba su turno. Cuando se cansó de escribir, salió al exterior.

No se oía nada, excepto ocasionales vehículos de visitantes o empleados del lugar. Recordó el mesón donde habían comido, la Casa de la Selva. Estaba a escasa media hora en coche y, sin embargo, era otro mundo. Miró el firme de cemento del aparcamiento ante el hospital, el horizonte plano, sin apenas vegetación, salvo los parterres decorativos de la entrada y algunos márgenes de la carretera. Le pareció deprimente.

La luz se fue debilitando rápidamente, y algunos sonidos empezaron a oírse: insectos que volaban allí desde la selva, lagartijas que se deslizaban entre las piedras, murciélagos enormes que cazaban insectos... Algo de vida.

Al fin ella salió y marcharon cada uno en su coche.

Cuando llegaron, Laura dijo que debía darse una ducha, y él se preguntó si era demasiado pronto para que la tomaran juntos. Ella no tardó en sacarle de la duda, cuando se presentó envuelta en su bata y le cogió de la mano, arrastrándole con ella.

Se enjabonó mientras le besaba, y ambos se acariciaron y terminaron haciendo el amor. Después de una guardia de doce horas, la noche era para dormir.

Por la mañana desayunaron abundantemente y luego Laura encendió el televisor. Había un programa musical que a ella le gustaba.

Cuando acabó, se perdió en su habitación y él miró sin mucho interés las noticias, al menos hasta que escuchó el nombre de Edson D. S.: "Un ciudadano brasileño ha muerto debido a múltiples impactos de bala en el piso que tenía alquilado en Londres . Edson D. S., de cuarenta y nueve años de edad ha sido asesinado ayer noche sin que se conozcan los motivos ni los autores del crimen".

Llamó a una sede del Ministerio de Asuntos Exteriores y se identificó como ayudante del fiscal. Se aseguró de que ese Edson D. S. fuera Dos Santos, el segundo presunto implicado en el caso que le ocupaba.

Habría que tomarse en serio las amenazas de esos canallas.

Aquello le ayudó a vivir sus momentos con Laura como un regalo de la vida.

Dos días después, José, el ayudante del fiscal, saludó a su jefe sacudiendo una página de periódico:

-Pasó casi desapercibida -dijo.

-¿El qué? -preguntó Mário, su jefe.

-La noticia de la muerte de Edson Dos Santos, el segundo asesino. Muerto en un país europeo. Le han encontrado cosido a tiros en la ducha.

-Una muerte limpia -bromeó tétricamente el fiscal.

-Ni siquiera mencionan que era el negociador de la compañía con la Presidencia. Ni la nombran.

-Como digo, una muerte limpia. Aséptica. Sólo un asesinato más. Nada de corrupción, nada de intereses económicos, sólo otro muerto. Siento asco. Podrían matarnos a los dos y nadie relacionaría a la compañía...

José notó algo en su tono de voz.

-Te han amenazado, ¿verdad?

-Eso no importa. No cambiaré la acusación. Si deseas dejar el caso...

-Ni soñarlo -repuso José con convencimiento.

Kwapiuro, Isabel y Johnny fueron llamados a testificar en el juicio contra Antônio Abregu y Edson Dos Santos. La furgoneta de la policía que les transportaba desde el aeropuerto, fuertemente protegida, aparcó ante el tribunal, y los guardias tuvieron que contener a la multitud que les aclamaba, entre la que estaban los periodistas que cubrían el evento.

Kwapiuro se sentía un poco mareado. Le habían vestido a la europea, con cierto toque étnico, pero le habían dejado llevar sus collares de hombre espíritu, y sus pulseras de semillas.

La defensa trató durante una hora entera de presentarle como un salvaje ignorante, pero Kwapiuro no era ninguna de ambas cosas, y quedó bien claro. Luego, cuando Mário comenzó su interrogatorio, su testimonio fue demoledor.

Aunque el juez llamó al orden al fiscal varias veces por preguntar temas que no concernían directamente al caso, supo darle a sus argumentos la vuelta de forma que Kwapiuro pudo explicar la persecución sufrida a causa de los sicarios, las muertes de su familia y otros miembros de la tribu, y su reciente huida a la desesperada entre los disparos de los asesinos. No

consiguió un testimonio rotundo de que esos asesinos fueran contratados por la compañía, pero sí de que actuaban en sus terrenos, con sus armas y sin ser molestados por los guardias privados contratados por la misma.

Johnny e Isabel fueron llamados a continuación, y ofrecieron cada uno su relato de cómo fueron tiroteados en la tienda de Río de Janeiro, así como en la casa convento. Johnny explicó el diálogo mantenido con los dos sicarios que les visitaron en su

oficina-vivienda del Mato Grosso Do Sul, antes de su huida precipitada para salvar la vida, y cómo los localizaron y los raptaron. La defensa no pudo contrarrestar su testimonio.

Tras un receso para comer, la furgoneta transportó a Muriel y otro miembro de la comunidad católica, que explicaron la vida de los asesinados, su labor, y las trabas que constantemente tenían que soportar por parte de la compañía para defender los derechos de las tribus que vivían en los territorios comprados por la misma.

Durante el tercer día del juicio, Kwapiuro hizo una pregunta al fiscal Mário:

–No entiendo. Estamos en un juicio por el asesinato de dos personas blancas en la misma zona donde fueron asesinados mis padres. ¿No se les acusará por la muerte de mis padres?

–¿Sabes quién les mató? –preguntó Mário.

–Fueron los mismos. Los que talan los árboles de miles de años, los que matan a los animales de la selva, los que ensucian el río.

–Has de saber el nombre de las personas que hicieron eso –explicó Mário.

–Hay personas tan malvadas que no tienen nombre –dijo él al fin, y el fiscal guardó silencio.

Aquella misma tarde se escuchó el testimonio de Benedito Peres, declarando abiertamente que los dos acusados eran sicarios a sueldo de la Compañía de Explotaciones Agrícolas, S. A. Sin embargo, la defensa sacó a relucir que Benedito Peres había sido despedido de la misma por sus rencillas con los capataces, y que su testimonio podía estar teñido por el deseo de revancha. El abogado defensor presentó testimonios de las

borracheras del interrogado, de su mal carácter (seguramente propiciado por las inhumanas órdenes recibidas) e incluso hizo que se viera como algo deshonesto por su parte el simpatizar con los ecologistas que de tanto en tanto efectuaban operativos en el área de la compañía. En conjunto, consiguió desacreditar su testimonio. El equipo fiscal se sintió molesto por el hecho de que una de las pocas personas con principios de la compañía sufriera ese escarnio público, y así lo hicieron constar en acta.

Durante todo el juicio, Mário tuvo la sensación de enfrentarse no sólo a la defensa del acusado, sino también al obeso y sudoroso juez, que le ponía tantos obstáculos como podía para realizar una acusación coherente. Sin embargo, con un testigo presencial y tres testigos de las agresiones sufridas, no podría impedir que la acusación prosperase. Al parecer, había llegado a un trato con la compañía, y sacrificaría al acusado a cambio de salvarla.

En cuanto se logró una sentencia contra Antônio Abregu y Edson Dos Santos que exculpaba a la compañía, apareció en televisión la firma del contrato millonario de la misma con el gobierno de Brasil para la explotación de soja en los terrenos arrebatados a la jungla. Soja y caña para combustible orgánico, nuevas riquezas para relanzar la economía del país.

A nadie pareció pasársele por la cabeza ni siquiera la idea de que eso fuera pernicioso para la salud del Planeta Tierra.

Bueno, a Greenpeace si se le había ocurrido, y junto con la campaña mediática de Amnistía Internacional y el informe depositado sobre la mesa de la sede de las Naciones Unidas por Human Rights Watch, habían desencadenado un ciclón sobre la cabeza del Presidente de Brasil, cuyo punto culminante y decisivo había sido el juicio a los sicarios de la compañía.

Con tal de salvar el succulento contrato con ella, el Presidente anunció una ley restringiendo el expolio cometido contra la Amazonia. Pretendía con eso tapar la boca de las organizaciones de activistas ecológicos y de Derechos Humanos que se habían levantado en masa ante el escándalo.

Isabel y Johnny entraron en la pizzería y subieron al salón superior, donde había una mesa con quince personas ya sentadas. Se saludaron informalmente y tomaron asiento juntos. Harry se levantó con una

caipirinha en la mano y brindó por la sentencia. Los miembros de la comunidad católica a la que habían pertenecido Lucía y Pedro levantaron sus vasos.

–El secreto está en beberla con cañita –explicó Muriel, sentada junto a Isabel.

–¿Eh? –preguntó ésta.

–La caipirinha. El secreto es beberla con caña, no directamente del vaso.

–Ah...

–No estamos contentos con la sentencia –prosiguió la hermana Muriel–, pero es un comienzo.

Eric y Harry habían organizado la comida tras conocerse la sentencia que condenaba a los asesinos (uno a título póstumo) a muchos años de cárcel.

Kwapiuro también estaba presente, pero deseaba irse cuanto antes con su tribu. Le había pedido a Johnny que le llevara al límite de la jungla, y lo demás era cosa suya. Sin embargo, había querido celebrar con los demás.

La velada continuó con afabilidad y cierta calma poco habitual en celebraciones parecidas.

La misión diplomática de Isabel, Harry y Eric estaba a punto de concluir, y volverían a Barcelona. Muchos de los presentes no se volverían a ver antes de que partieran, de forma que las despedidas fueron largas.

Johnny esperó al final. Tenía que regresar a su puesto en el límite entre la selva y la compañía. Pero primero debía hablar con Isabel. Al fin consiguió arrancarla de los abrazos y besos de los demás.

–Eh, Isabel...

–¿Sí?

Sus miradas se cruzaron, y desaparecieron tantos años que les separaban, dejando sólo los recuerdos que les unían. Pero ambos sentían algo más, algo nuevo. Aquellos adolescentes ahora eran personas maduras, y habían vivido experiencias fuertes y duras. Había nuevos recuerdos, recientes, y no sólo nostalgia. Había emociones nuevas y

maduras, y los dos lo sabían.

-Quería decirte que me ha gustado mucho volver a verte. No me gustaría despedirme de ti.

-He de volver a Barcelona, y tú has de volver a tu lugar de trabajo  
-repuso ella.

-Quizá eso se pudiera arreglar... Hablaría con Human Rights y Amnistía encontraría otro militante.

-Hablas en condicional.

-Todo depende de tí. Para cambiar toda mi vida, debo saber qué sientes tú.

-No estoy segura, tengo que pensarlo.

-Bueno, esperaré a saberlo.

Se despidieron. Ya no había razón para que Johnny se escondiera... ¿O sí?

Tomó el avión de media mañana, al día siguiente.

Condujo hasta su vivienda-despacho hasta que la luz se escondía tras los árboles, y se adivinaba un cercano anochecer. Llegó al claro, y le costó reconocerlo.

Su vivienda estaba convertida en un montón de ascuas frías. Había ardido hasta los cimientos, y con ella, todo lo que tenía. Excepto el escueto equipaje que había llevado consigo. No podía hacer otra cosa que volver por donde había venido.

Cuando llegó al convento de los jesuitas y llamó a la puerta, era ya la noche del siguiente día.

Le abrió uno de los sacerdotes, que se sorprendió de volver a verle.

-¡Johnny!, ¿qué ha ocurrido?

Ernesto bajó la escalera en ese momento, y Eric e Isabel le seguían.

-Han quemado todo lo que tenía. Todo.

Isabel corrió a abrazarlo y le besó instintivamente.

-Ya nada será igual -aseguró.

Era cierto. Habían tomado un camino, y no podían volver atrás.

-Bueno, eso me libera, en cierta forma -. Trató de sonreír. Isabel también sonrió con complicidad.

Se alojó en el convento con ellos, provisionalmente.

A la mañana siguiente, Harry comunicó a Eric que ya tenían billete para volver. Madeleine no tardó en saberlo.

Johnny se puso en contacto con las dos organizaciones en las que militaba, anunciando las novedades y solicitando un relevo en ambas. No les gustó, pero tuvieron que acomodarse a los hechos.

Por su parte, Kwapiuro estaba ansioso por volver a la selva, camino de su Tekoha, su territorio ancestral. Éadrom se le acercó a media mañana.

-He pensado en acompañarte, con algunos de mis amigos.

-No, yo camino solo.

-Comprendo tu sentir, pero somos guardianes. Queremos aprender de vosotros. Llevamos demasiado tiempo lejos de la tierra sin mal. Queremos volver a aprenderlo todo.

-He de hacer un largo viaje. Mi gente ha marchado lejos, y vosotros no podéis ir a donde yo voy -respondió tajante.

-¿Abandonáis el tekoha?

-No sé. El Jefe Onti lo sabe. La tribu lo sabe. Yo no lo sé.

-Podemos acompañarte al límite y esperar ahí. Estoy seguro de que sabremos qué hacer.

-Si queréis, podéis venir, pero sólo hasta el límite.

Por la mañana temprano, Kwapiuro y el grupo de guardianes de la tierra marcharon camino de *la tierra sin mal*, como los guaraníes llamaban a su querida selva.

## 20

### El secreto

De vuelta en la Fiscalía de Campo Grande, Mário arrojó las carpetas con el caso de los 'crímenes del Mato Grosso', como los había denominado la prensa. Debería archivarlas el secretario de turno. Los asesinos habían sido condenados. Incluso se había logrado una tímida ley de protección del Medio Natural. Pero, por alguna razón, al fiscal que había en su interior eso no le satisfacía. Había flecos sueltos, y eran importantes. Por ejemplo: ¿por qué razón debía morir Dos Santos?

La corrupción del caso era evidente. La razón por la cuál el juez había sido tan benigno con la defensa a lo largo de todo el juicio era evidente, lo mismo que los intereses económicos con los que habían presionado al Presidente recién elegido, el cual había hecho de la agricultura intensiva de combustible biológico y soja su caballo de batalla electoral, y cuyo despegue económico subsiguiente sería su aval en las próximas elecciones.

Pero había otros detalles mínimos, pero importantes. Uno de ellos era lo poco frecuente de la persecución personalizada de un testigo de unos asesinatos cuyos autores eran 'sacrificables' por la compañía, como se había demostrado. ¿Por qué motivo había que realizar tiroteos en plena ciudad y hasta un secuestro, atrayendo la atención de la prensa?

¿Por qué?

Esta sensación se vio acentuada cuando leyó en la prensa la noticia de la muerte en prisión de Antônio Abregu. Una muerte como tantas otras, debido al ambiente carcelario. Ahora bien, eso constituía el 100 % de los implicados en los asesinatos. Demasiada casualidad.

El secretario entró en su despacho.

–¿Archivo el sumario del Mato Grosso? –preguntó, cogiendo ya las abultadas carpetas del mismo.

Mário dudó un instante. Cuando ya salía por la puerta con ellas, exclamó:

–¡No!. Déjalo. He de repasarlo. Y llama a José.

Al secretario le extrañó, pero no dijo nada. A los pocos minutos, su ayudante entró por la puerta.

–¿Sí?

–Ya sé que tenemos muchos casos abiertos, pero quisiera exprimir un poco el del Mato Grosso...

–¿Ahora que tenemos sentencia? –. A José aquello le extrañó.

– Sí. Creo que hay más tela que cortar.

A José nunca se le ocurriría discutir con su jefe porque, además de jefe y amigo, era alguien con una gran intuición. Por eso era el fiscal, y él sólo su ayudante. Parte necesaria, pero secundaria.

–Bien –dijo, sin más.

–Me gustaría que fueras a la selva e investigaras un poco sobre Abregu y Dos Santos. Correremos con los gastos extra.

–¡Encantado! –. No pudo disimular su alegría.

–Se ve que te gusta mucho... la selva, quiero decir.

–Sí, me gusta –. Sonrió.

Fue a su domicilio y preparó su bolsa de viaje. La echó en el maletero del coche y partió directamente al hospital.

Laura se sorprendió de verle tan pronto.

–¿Te gusto yo o es la comida del hospital? –bromeó.

–Sin duda es la comida –. Sonrió y luego la besó, demostrando todo lo contrario.

–Tengo que investigar a esos fulanos de la compañía.

-Ves con cuidado, ya te has dado a conocer aquí.

-No te preocupes, he tomado precauciones -dijo, palpándose la cinturilla del pantalón, bajo los faldones de una camisa suelta.

Comieron juntos en Casa de la Selva, el local de la alemana. Allí hizo sus primeras preguntas sobre el muerto, Edson Dos Santos. Aquella rubia enorme no conocía al individuo, pero se dirigió a uno que parecía un antiguo hippy de cincuenta años.

-José, estamos comiendo -le reprendió Laura.

-Tengo que empezar a estirar el ovillo por algún lado. No puedo presentarme en la compañía y empezar a preguntar sin más.

Ella no añadió nada, así que se dirigió al hippy cincuentón, que llevaba un pañuelo rockabilly alrededor del cuello y un chaleco de ante.

-Dice Hanna que está preguntando sobre Edson. Tenga cuidado, eso puede traerle problemas -dijo el 'viejo rockero' cuando se presentó.

-Ya está muerto, ¿qué problemas me puede dar?

-Quizá a quien le mató no le gustará que ande removiendo el asunto.

-¿Por qué no habría de gustarle? Y, por cierto ¿por qué le matarían?

El individuo guardó silencio. Al parecer lo único que quería era advertirle. Pero al fin añadió:

-Se mata a alguien por venganza, para cobrar un seguro, o para impedir que hable.

-Lo sé, es mi oficio.

-Pues ya le he dicho bastante. Vaya con mucho cuidado.

Cuando volvió a su mesa junto a Laura, preguntó a la dueña, Hanna:

-¿Quién es ese hombre?

-Era técnico en terrenos. Buscaba los terrenos más fértiles y apropiados para la compañía.

-¿Le despidieron?

-Sí, de forma fulminante y sin ninguna razón.

-Extraño. ¿A quién pusieron en su lugar?

-No lo sé. Él dice que a un chupatintas de ciudad.

-¿Cuándo fue eso? -preguntó José.

-Poco antes de que matasen a esos dos católicos.

Terminaron su comida y volvieron al hospital, donde él tenía su coche. La abrazó antes de subirse a él.

-Hasta la noche. No te lo he preguntado ¿puedo alojarme contigo?

-Claro. Hasta la noche.

Habían despedido fulminantemente a un competente técnico en terrenos, poco antes de los asesinatos del Mato Grosso. Siempre habían supuesto que el motivo de sus muertes fue su militancia contra la compañía, pero ¿y si había otra razón? Sacó su móvil y llamó a su jefe.

-Hola, José. ¿Alguna novedad? -. El fiscal iba al grano.

-Puede. He conocido a un experto en terrenos que fue despedido sin motivo aparente poco antes de los asesinatos. Y me ha dado por pensar que el móvil podría no haber sido el que hemos supuesto. Podría haber algo detrás. ¿Aún está por ahí el indio?

-Han marchado, él y unos cuantos, en dirección a la jungla. En unas rancheras. Deberían estar cerca de donde estás tú, si es que estás donde yo creo.

-Estoy en los alrededores del hospital. Veré si les encuentro.

-Bien. Ten cuidado.

Condujo por las carreteras de la zona durante una hora. Finalmente, vio una polvareda hacia su izquierda. Tomó un desvío. Poco después, alcanzó las dos rancheras que llevaban al grupo de Éadrom, Junger, Harry, Classic, Loto y Kwapiuro. Les hizo señas con el claxon y al fin, se

detuvieron.

–Hey, hola. ¿Se acuerdan de mí?

–Sin duda, eres el ayudante del fiscal –respondió Loto, la tibetana.

–Sí. Tengo que hacer unas preguntas a Kwapiuro.

–¿Más preguntas?, pero el caso está cerrado ¿no?

–Bueno, no exactamente. ¿A dónde os dirigís?

–A dejar a Kwapiuro lo más cerca de su tribu y luego, esperarles. A ver qué deciden.

Los ocupantes de las rancheras se habían bajado y acercado a José, para saber qué estaba ocurriendo.

–Kwapiuro, ¿está cerca el lugar donde asesinaron a Lucía y Pedro?

–Está más hacia el norte. Esta carretera no nos lleva.

–¿Recuerdas si había algo especial en ese terreno?

–Es tierra Tekoha, nuestro territorio. Tiene muchas cosas especiales.

–¿Como qué, por ejemplo?

–Ríos, selva, animales...

–¿Algo valioso para la compañía? –insistió José.

Kwapiuro le miró como miran los que no tienen mal. Todo aquello era valioso, pero la compañía no le daba ningún valor.

–No sé. Ellos no aprecian en nada la vida. No sé qué pueden considerar valioso.

–¿Les importaría que nos desviásemos hacia el norte? Me gustaría ir al lugar donde les asesinaron.

–¿No han estado ahí ya?

–La policía levantó el informe. Nosotros no hemos estado, ni creo que el

juez haya estado.

–Pues ya es hora de que vayan –añadió Harry.

Recorrieron unos kilómetros hasta que llegaron al desvío hacia el norte y tardaron unas dos horas en alcanzar el punto en que mataron a Lucía y Pedro. Para entonces la tarde estaba muy adelantada.

–Se nos echará la noche encima, sería mejor que preparásemos un campamento con un fuego –dijo Kwapiuro.

–Buscaremos un claro, creo que hemos dejado atrás uno hace unos diez minutos.

Desandaron el trecho y encontraron el claro. Encendieron un fuego en medio y colocaron las rancheras juntas cubriendo uno de los ángulos. En el espacio restante encendieron dos pequeñas hogueras. Se situaron con las espaldas cubiertas por los vehículos. De una de las rancheras Harry extrajo una carabina de caza y la preparó para defenderse de posibles fieras. Kwapiuro lo miró con sorpresa, pero no dijo nada.

Cocinaron la cena y la comieron con cierta animación: para varios de ellos era su primer safari improvisado. Loto explicó lo diferente que le resultaba la jungla de su tierra natal, que ella conocía muy poco, en realidad. Se había criado en la India, en la capital del Tíbet en el exilio, y el Himalaya era muy diferente a eso.

Éadrom explicó la experiencia del primer grupo, al que habían pertenecido Isabel y Johnny, ahora ausentes. Los huitoto habían sido sus maestros, les habían enseñado a conectarse con el espíritu de la tierra y de la selva. Le escucharon atentamente, sobre todo Kwapiuro, quien encontró en sus palabras cierta cercanía.

Ya era entrada la noche cuando el alemán, Junger, dijo que iría al cercano río a lavar los utensilios de cocina. Kwapiuro dijo que le acompañaría, y Classic se ofreció a protegerles con la carabina.

–Eso nos deja desarmados en el campamento –indicó Harry.

–No del todo –intervino José, mostrando su automática.

-Mejor nos llevamos la pistola -dijo Junger, y Classic la cogió.

-Sé manejar una de estas -dijo el inglés.

Cogieron una linterna y fueron los tres al río.

Junger se puso a fregar los platos y cubiertos, pero a Kwapiuro no le gustó nada ver la espuma brillando bajo la linterna que sostenía él. Classic se dio cuenta:

-Es jabón ecológico -dijo-. No contamina.

-No lo sabía. Prefiero mirar las estrellas del río.

-¿Estrellas del río? -se interesó Classic.

-Son puntos brillantes a la luz de la Luna. Mira -. Apartó la espuma con la mano y la linterna despertó unos cuantos puntos brillantes. Dorados.

-¿Qué los produce? -preguntó Junger.

-El metal amarillo.

Se miraron. Terminaron de lavar los platos y fueron junto a los demás.

-Cuéntale al ayudante del fiscal lo de las estrellas del río.

José les miró expectante.

-Hemos visto brillar unos puntitos dorados en el río. Parece que es habitual.

-¿Qué es eso? -preguntó José.

-El metal amarillo. Es el señor del río. No hay que tocarlo.

Loto exclamó:

-En el Tíbet el oro tampoco se debe tocar. Dicen los lamas que atrae desgracias.

-¡Oro! ¿Hay oro aquí? -interrogó José.

-No sé -dijo Kwapiuro-. Es el metal amarillo.

-¿Hay metal amarillo donde mataron a Lucía y a Pedro?

-Sí, está en todo el Tekoha.

La misma idea cruzó por las mentes de todos: algo habían visto los asesinados, y algo sabían sus asesinos que motivó su muerte.

De repente, el contrato millonario de la Compañía de Explotaciones Agrícolas cobraba una importancia inesperada.

Todavía estaba a tiempo de hablar con el fiscal. Cogió su móvil.

-Estamos sin cobertura -anunció.

-Era de esperar -dijo Harry.

-Ha de haber un informe sobre eso en algún lugar.

-De momento pasaremos la noche -dijo Junger- hemos de hacer turnos de guardia. Somos seis, así que tocamos a hora y media, más o menos. ¿Quién está cansado de verdad?

Todos miraron a Loto, pero fue Classic quien habló:

-Yo me caigo de sueño, pero me levanto temprano. Puedo hacer la guardia sobre las seis o las seis y media, o incluso antes.

-Yo puedo hacer la de las tres, que parte la noche en dos -anunció Junger.

-A mí me da igual -dijo Loto.

-Yo no dormiré -indicó Kwapiuro-. Éste es mi terreno, lo conozco.

-Yo puedo hacer la primera -dijo Éadrom.

-Bueno, eso deja la última guardia a Harry, creo. Bien, pues, a descansar -. Al parecer Junger tenía cierta formación militar.

Kwapiuro se fijó en que la chica, Loto, sacaba un rosario de cuentas del tamaño de un guisante y se sentaba cerca de una de las hogueras pequeñas con una rama recta a un lado, que había estado puliendo

durante la última hora. Él se sentó al otro lado, sin decir nada.

Los sonidos de la selva pueden quitar fácilmente el sueño a quien no los conoce, pero Éadrom y Junger habían tenido experiencias en la jungla, aunque muy distintas.

El alemán no tenía sueño, así que se acercó a Éadrom.

-Esto no es muy diferente de la selva africana.

-Bueno, un poco.

-Hay animales e insectos peligrosos, eso es todo. Y humedad.

-Los huitoto nos enseñaron a no tener miedo, sino prudencia. Pero ya casi me había olvidado.

-Yo no he olvidado nada del Congo. Es imposible olvidar a esos niños desnutridos. La amenaza de las facciones militares, las noches en vela, temiendo un ataque...

-¿Casco azul? -preguntó Éadrom, que sabía sólo retazos de su historia.

-No, personal civil del ACNUR. Teníamos poca protección armada.

Sonó un rugido seguido de un ruido de ramas, no muy lejos de allí.

-¿Sabes usar ese trasto? -le preguntó Junger señalando la carabina.

-Bueno, sé lo justo. No me gustan las armas.

-Bueno, me quedaré durante tu guardia, no tengo sueño.

-Gracias, será mejor que la tengas tú, entonces.

Le pasó el arma.

Por su parte, Loto dejó su rosario y buscó dónde dormir. Extendió su saco y poco después descansaba con aparente paz.

Los demás también fueron cayendo en el sueño. Al cabo de un tiempo en que permanecieron en silencio, recordando o, simplemente, escuchando

los mil sonidos de la jungla, Junger mandó a Éadrom a dormir.

La noche pasó de guardia en guardia sin novedad, y pronto amaneció y fueron despertando todos.

Pronto tenían preparado un buen desayuno y, al poco, montaron en las rancheras y llegaron hasta un lugar donde el móvil del ayudante del fiscal encontró una débil cobertura.

José llamó a Mário:

–Tengo algo, Mário. Al parecer, podría haber oro en la zona, y haberlo sabido los muertos, y por eso les matarían. Sólo es una hipótesis. Anoche vimos destellos dorados en el río, y el guaraní asegura que hay un metal amarillo en toda la zona. De ser así, ha de haber un informe en alguna parte. Despidieron al técnico en terrenos.

–Lo sé, me lo dijiste ayer. Interrógale sobre eso. Luego me llamas. Intentaré saber lo que pueda de ese informe.

–Bien. Hasta pronto, espero.

–¡Ah!, y no dejes que ese indio se marche. Si hay oro, tendrá que testificar.

–Lo intentaré. Adiós.

En cuanto pudo, en la primera parada, sacó el tema.

–Kwapiuro, si el metal amarillo es oro, tendrás que testificar para la fiscalía.

–Bueno.

–Quiero decir que aún no puedes ir con tu tribu.

–Kwapiuro se va con los suyos, al Tekoha.

–No puedo dejarte ir. He de investigar lo del oro, y si aparece, no puedo irte a buscar al fin del mundo para tomarte declaración. Además, si te pasa algo, sería responsabilidad mía por dejarte ir.

–Kwapiuro se va al Tekoha con la tribu.

Aquello era muy desagradable.

–No podéis llevarle. Ha de volver a Campo Grande.

Junger estaba tenso. Los guardianes también querían ir con Kwapiuro. Ya se habían puesto en marcha. Volver suponía perder esa oportunidad única de aprender de los kaiowás.

–Él no quiere ir a Campo Grande. Quiere ir con su gente.

–En nombre de la Fiscalía de lo Criminal de Campo Grande, exijo que nos llevéis de vuelta –. Miró de reajo la carabina que Junger tenía siempre cerca. Por suerte, Junger se sometió a la Ley, y el resto obedeció, sin decir nada, pero de mal humor.

Así que volvieron a Campo Grande. El grupo decidió esperar allí a que todo terminase por fin y pudieran ir a la selva con Kwapiuro.

## **21**

### **En Mato Grosso do Sul**

José aparcó su vehículo frente a La Casa de la Selva y entró.

–Hola, Hanna, ¿se acuerda de mí?

–Sí, claro. Laura no está.

–Bueno, en realidad estoy buscando al hombre con el que hablé el otro día, el técnico en terrenos.

–Ah, Luiz. Aún no ha venido, pero no tardará. Es hombre de rutina.

–¿A qué se dedica ahora? –preguntó José.

–Colabora en revistas ecológicas de todo el mundo. Artículos y reportajes fotográficos. Aquí no se necesita mucho dinero. Es nuestra estrella local –. Sonrió.

El ayudante del fiscal se tomó un café y esperó leyendo alguna de aquellas revistas en las que colaboraba Luiz. En eso apareció y pidió una caipirinha. Luego vió a José y su sonrisa desapareció.

–Hola, Luiz.

–¿Qué quiere ahora? –. El ex-técnico temía que la cercanía de José le trajese problemas.

Era inútil andarse con rodeos.

–¿Llegó a hacer un informe sobre el terreno?

–¿Cuál terreno?

–Supongo que sobre la zona donde murieron esas dos personas.

–No.

–¿Encontró algo fuera de lo corriente en el terreno?

–Nada en absoluto.

–Es decir, le despidieron antes de que analizase el terreno –insistió el ayudante del fiscal.

–Ese sí. He trabajado en otras zonas.

–¿Alguien más hacía esos análisis?

–Bueno, siempre hay técnicos en esa compañía.

–¿Conoce alguno que estuviera en esa zona por esa época?

–¿Cuando lo de los asesinatos? No.

No sacó nada en claro de esa entrevista. Pagó su café y se despidió de Hanna y de Luiz.

Condujo hasta el hospital y buscó a Laura. Se saludaron con un beso en la boca. Un beso sabroso. Oyeron una risita femenina que provenía de algún pasillo.

-Tengo libre dentro de una hora. ¿Vienes a casa? -le preguntó ella.

-Por supuesto.

-¿Qué tal la entrevista? -preguntó ella.

-No he sacado nada en claro. Llamaré al fiscal.

Estuvo hablando unos minutos por el teléfono móvil y luego esperó a que ella terminara su turno en el cuarto del personal sanitario, el cual parecía haberle aceptado como parte integrante. Ya nadie se extrañaba de verle por allí.

Pasaron otra noche juntos, en la cuál se explicaron sus historias personales en una de esas veladas de las cuales a veces sale un libro de poemas, o de prosa intimista.

Fiscalía de Campo Grande

Mário, el fiscal, había esperado que su ayudante consiguiera algún dato. Un poco decepcionado, sacó una de las carpetas del sumario, la que tenía las fotos tomadas por el equipo de la policía científica. Allí estaban las de los cadáveres.

En la mente del fiscal flotaba una intuición: si es que era cierto que les habían asesinado por algo que sabían, debía haber una conexión entre la información sobre los terrenos y ellos. Si se trataba de oro, los asesinados no tenían conocimiento de su existencia, y si la tenían, no era a través de ningún técnico en terrenos. Seguramente, lo conocían debido a su relación con los pobladores de las tierras.

Contempló las fotos.

Salió de su despacho y cruzó la calle, hasta llegar a los juzgados. Bajó al sótano y mostró su acreditación al funcionario que custodiaba las pruebas de los distintos casos. Pidió la caja que contenía las pruebas del caso del Mato Grosso. El funcionario salió de su garita y abrió una puerta que daba acceso al almacén. Al poco, volvió con una caja. Allí, debidamente etiquetadas, estaban todas las pruebas del caso. Buscó lo que le había

llamado la atención al mirar las fotos.

Allí estaba. Un colgante nativo que Lucía llevaba alrededor del cuello cuando fue abatida por las balas. El colgante tenía plumas verdes de algún ave exótica, un diente de tapir engarzado en algo que parecía madera, unas semillas de tintoria y de tagua, y unas cuentas doradas más o menos redondas. El conjunto era muy bonito.

Estudió detenidamente las cuentas doradas. No era un experto, pero le parecieron de oro puro. Alguien había robado algo de oro al río, o a alguna veta, para adornar el collar.

Y, de alguna manera, eso llegó a conocimiento de la compañía. Tenía que establecer la conexión.

Por de pronto, rellenó la solicitud para que las cuentas fueran analizadas por un perito y establecer sin duda su composición.

Dejó allí el collar y volvió a su despacho, al otro lado de la calle.

Al día siguiente cogió un coche oficial y condujo directamente hasta la sede de la comunidad de los asesinados. Se encontraba cerca del límite con la selva, pero todavía en terreno urbanizado. Desde allí habían partido Lucía y Pedro la mañana de su asesinato.

Llamó a la puerta y una feligresa salió para ver quién era.

–¿Quién? –preguntó, un tanto temerosa.

–Soy el Fiscal de lo Criminal. Quisiera ver a la hermana Muriel.

–No está. Ha salido.

–Bueno, es sobre el caso de Lucía y Pedro. ¿Alguien les conocía bien?

–Yo misma.

–Pues debo hacerle algunas preguntas. ¿Su nombre?

–Terezinha.

Parecía sorprendida, pero le abrió la puerta y entraron. Le condujo a una

sala de visitas agradablemente amueblada.

-Creí que habían cerrado el caso.

-Sí y no. El juicio ya se vio, pero es posible que haya más delitos, y quizá más culpables. Por eso estoy aquí.

-Diga.

-El día de su muerte, Lucía llevaba puesto un collar indígena. ¿Sabe algo sobre él?

-Ah, el collar -. Terezinha sonrió, si bien con un poco de tristeza-. Era muy bonito. Se lo regaló un novio.

-Creí que eran ustedes religiosas -comentó Mário.

-Somos seculares, no hemos hecho voto ninguno. Tratamos de vivir el Evangelio, pero no somos monjas.

-Perdone mi ignorancia. Decía usted que se lo regaló un pretendiente. ¿Sabe su nombre?

-Sí, claro. Fue Carlos. No conozco su apellido.

-Necesitaré una descripción.

-Era un hombre de un metro sesenta, más o menos. De piel morena y pelo recio. Quizá era indio.

-¿Sabe algo más de él?

-No.

-¿Seguro? ¿Dónde quedaban, por ejemplo, si es de aquí, o de fuera...?

-Creo que es de Campo Grande, porque no tenían problema para verse. Yo lo hubiera sabido.

-Bien, gracias.

Tenía que encontrar a ese tal Carlos.

La policía había iniciado acciones en la compañía para encontrar un informe que la relacionase con el oro, pero sin resultado.

El alto ejecutivo que había tenido comunicaciones con los sicarios veía a los agentes entrar en sus archivos, tanto físicos como digitales, con cierta aprensión. Sabía que no les relacionarían, había tenido buen cuidado en eso, pero no le gustaba nada verles por allí.

Mientras, las pesquisas del equipo del fiscal no conseguían nada. La compañía era muy cuidadosa con el rastro de sus crímenes y sin saber exactamente dónde buscar, era difícil encontrar algo.

Mário ojeaba una y otra vez las carpetas del caso, pero sin resultado.

Dejó a un lado los papeles y entró en su biblioteca. Siempre que estaba saturado, entraba en la carpeta de su ordenador llamada 'biblioteca', donde guardaba los pdf de sus libros favoritos.

La carpeta se abrió. En realidad era una web privada donde almacenaba libros y contenido multimedia. La carátula que le había puesto rezaba: "Una buena pregunta es más valiosa que una buena respuesta". Se quedó mirando la frase. Quizá no encontraba nada por estar haciendo malas preguntas. Quizá la pregunta adecuada le daría un camino hacia la verdad.

En todo ese caso, ¿cuál era el elemento más extraño, disonante? Las disonancias solían anunciar datos ocultos. Lo pensó detenidamente.

Sin duda, lo más chocante del caso era el meteórico ascenso de Edson Dos Santos desde un puesto de sicario del tres al cuarto a negociador con el Presidente.

¿Cómo ascendió tan rápido?

A la mañana siguiente muy temprano apareció en la sede de la compañía debidamente autorizado para rebuscar en sus archivos, tanto digitales como físicos. Introdujo el nombre de Edson en el ordenador, vigilado de cerca por el personal de la empresa.

Edson parecía invisible en el ordenador. Como si nunca hubiera trabajado

para ellos.

Tras una mañana agotadora, dejó instrucciones a su equipo para rebuscar en los archivos físicos, en un sótano mal ventilado.

Su ayudante estaba investigando en la selva y alrededores, en el escenario de los crímenes, así que salió a comer solo. Había un local que le gustaba mucho, donde se sentía relajado y lejos de los problemas y desgracias que constituían su trabajo. Uno de sus principales atractivos estaba personalizado en Svitlana, una guapa ucraniana de unos cuarenta años.

–Hola Svitlana.

–Hola, Mário. ¿Menú?

La chica era guapa y simpática, pero de pocas palabras (lo cual era uno de sus atractivos). Le tendió la fotocopia con el menú del día, y él eligió un primero y un segundo, seguido de un postre.

Mientras esperaba su comida, se dedicó a observar a Svitlana. En algún rincón de su mente existía una fantasía donde él llegaba a un hogar y ella y un par de chiquillos rubios le recibían. Desechó la imagen, como tantas otras veces. Svitlana tenía un guapo novio, joven, que hablaba con ella en un dulce idioma eslavo que supuso era ucraniano.

Y él tenía sus casos.

Sonó su teléfono móvil.

–¿Sí?

–Soy Gonsalves, señor fiscal. He encontrado a Edson. En una factura.

–¿Una factura? ¿De qué?

–La compañía le pagó a él y a un tal Carlos Zago una excursión de varios días por la Amazonia.

La luz de alerta se iluminó en el cerebro del fiscal: 'Carlos, un tal Carlos'.

–Buen trabajo. Que sigan mirando eso, y quiero esa factura en el

despacho a primera hora de la tarde. Por cierto, ¿No has comido?

–No, señor fiscal.

–Vete a comer y luego me la traes. Estaré ahí.

–Sí, señor fiscal.

Colgó y se sintió eufórico: ya tenía una identidad para el tal Carlos.

¿Carlos era novio de Lucía y empleado de sus asesinos?

Svitlana le sonrió al dejar su plato encima de la mesa. Era guapa de verdad, y ese acento eslavo que tenía... Intentó concentrarse en su comida, y en su caso.

## 22

### El informe

Carlos Zago estaba fumando un porro de marihuana y escuchando Led Zeppelin en sus auriculares de colores chillones (rosa y amarillo) cuando sonó el timbre. Sonó varias veces, insistentemente, antes de que su natural pereza dejara lugar a la curiosidad.

–¿Quién es? –preguntó a través de la puerta.

–Fiscal de lo Criminal de Campo Grande –respondió Mário.

–¿Qué quiere?

–Hablar con usted, por supuesto. Porque es usted Carlos Zago, ¿verdad?

Desde el interior de la puerta, tardó varios segundos en procesar toda esa información y responder:

–Sí, soy yo.

–Pues abra. Por favor. Puedo solicitar una orden del juez, pero vendré con dos policías de uniforme.

La puerta se abrió.

–Pase.

Carlos era un hombre desaliñado de unos cincuenta años. Con la barba de varios días sin arreglar, y una indumentaria digna de la película 'Hair', sólo que después del bombardeo en Vietnam. El piso olía a humo de marihuana, lo cual no le era desagradable al fiscal. Seguramente disimulaba otro tipo de olores no tan de su gusto.

–¿Qué ocurre? –preguntó un tanto desorientado.

–¿Conocía usted a Lucía Mouto o Pedro Aluche?

Dudó un instante, seguramente calculando hasta qué punto eso le podía comprometer.

–Sí. A Lucía. A Pedro no llegué a conocerle.

–¿Eran novios?

–Bueno, algo parecido. Manteníamos relaciones.

–También conocía a Edson Dos Santos.

Esta vez Carlos negó con la cabeza.

–Sabemos que estuvieron juntos durante varios días en la selva, pagados por la Compañía de Explotaciones Agrícolas.

–Yo sólo le acompañé. Soy medio indio, así que pensó que le iría bien –. Hizo un gesto como de disculpa.

–¿Cómo supo de usted, quiero decir, de qué se conocían, para que se lo pidiera?

–Bebíamos juntos a veces, en un local cerca de aquí.

El fiscal anotó en su libreta que debía verificar eso.

– ¿Y? –insistió.

–Oh, pues me pidió que le acompañara. La compañía pagó. Pasamos cuatro días allí, fue una aventura.

–¿Ya salía entonces con Lucía?

-Sí. Ella y yo...

-¿Cuándo la conoció?

-¿Es un interrogatorio? -preguntó Carlos.

-Claro. ¿Cuándo la conoció?

-Eh, pues dos años antes. He ido algunas veces a rezar con ellos, para rehabilitarme...

-¿Del alcohol?

-Je, je. No, del alcohol no -. Nonrió como si fuera gracioso-. De la coca. He conseguido dejarlo. Es un triunfo, ¿no cree?

-Sin duda.

-Ellos me ayudaron. Les estoy agradecido. Siento lo que Edson les hizo, de verdad.

-¿Encontraron allí algo valioso para la compañía?

Carlos sonrió y pareció ir a decir algo, pero pronto cambió de expresión y permaneció en silencio.

-¿No encontraron nada? -insistió Mário.

-No -. Lo dijo muy brevemente.

-¿Nada?

-No, allí no había nada.

Mário sacó de su maletín una foto a color y ampliada del collar que Lucía llevaba cuando murió.

-¿Reconoce este collar?

Carlos le miró de lado, como los animales acorralados.

-Sí, eh, yo se lo regalé.

-¿Dónde lo consiguió?

-Un indio me lo dió a cambio de algo...

-Y usted se lo regaló a Lucía.

-Sí, eso es.

-¿Ve estas bolitas? - preguntó señalando las pequeñas bolas doradas.

-Sí, claro.

-¿Son de oro?

Dudó.

-No sé, señor. A mí me lo dio el indio, y no le pregunté.

-¿Dos Santos no le preguntó, tampoco?

-No sé -. Carlos estaba evidentemente mintiendo. La experiencia de Mário como fiscal no le dejaba dudar de eso.

-Vamos, Carlos. Los dos sabemos cómo es el oro, ¿verdad?

-Era un collar bonito. No sé nada más.

-Mira, el indio le diría que era un collar valioso, para sacarle más, ¿no es así?

-Siempre lo dicen.

-Y usted preguntó de dónde salía el oro, ¿no?

-No, fue Edson quien... -. Se mordió el labio. Había caído en una sencilla y vieja trampa, ayudado por la marihuana fumada. Mário sonrió. Le tenía.

-¿Fue Edson quien averiguó el origen del oro? ¿Edson tuvo la culpa?

Echarle al socio la culpa también era una vieja argucia. Además estaba muerto, no le tendría miedo.

-Sí, fue él. Edson le preguntó de dónde sacaban el oro.

-¿Y el indio se lo dijo?

-No.

-Entonces, ¿cómo lo supo?

Carlos miró hacia el cenicero, luego a la pared.

–¿Cómo lo supo? –insistió Mário, intuyendo que estaba a punto de desmoronarse. Lanzó un palo de ciego–. ¿Por eso murió Lucía?

Carlos se tapó el rostro con las manos y sollozó en silencio. A los pocos minutos, destapó su rostro.

–Sí. Fue culpa mía. Nunca imaginé que fueran capaces de eso. Ella me lo dijo.

–¿Lucía sabía del oro?

–Los indios no le dan valor, pero ella recorría esa zona bastante a menudo. A veces le contaban cosas, confiaban en ella. Leyendas del río, y del gran padre dorado que vive en la montaña de donde viene el río... Ella veía destellos dorados por las noches cuando acampaban en el río. Las tribus explicaban cosas, ya sabe. Para ellos el oro no tiene utilidad. Demasiado blando. Es bonito, le dan un carácter mágico, más bien.

–Entiendo. Y ella se lo explicó a usted, y así se enteró Dos Santos.

–Sí, exacto. Pero ella supo que Edson lo sabía, lo sospechó. Por eso iba a reunirse con los jefes nativos, para explicárselo y pedir perdón.

–Pensé que iba a asesorarles legalmente –dijo Mário.

–Eso también.

–¿Sabía Edson que ella iba a decirles eso?

Carlos miró avergonzado al suelo.

–Sí.

Al parecer, aquel hombre era incapaz de guardar un secreto.

–Tengo que pedirle que me acompañe a la Fiscalía para tomarle declaración –. Mário no pensaba soltarle mientras estaba dispuesto a hablar–. Eso le ayudará a sentirse mejor.

–Creo que sí.

El fiscal había llegado allí en su auto, de forma que ambos subieron al mismo y condujo directamente a los juzgados, donde un secretario tomó declaración a Carlos. Realmente pareció aliviar su conciencia al confesar

su participación en las muertes de los dos activistas católicos.

El ayudante del fiscal, José, estaba sentado a la mesa con el grupo de guardianes, entre los que estaba Kwapiuro. Eric también se había unido.

–...Y eso es todo –terminó de explicarles sus últimos descubrimientos–. Pero no es suficiente. En algún lugar hay un informe sobre esos terrenos, algo que demuestre el interés de la Compañía en el oro de Mato Grosso Do Sul.

–Parece un problema –dijo Éadrom–. Y quizá lo sea, o quizá no.

–No entiendo –reconoció José. Los demás le miraron esperando su respuesta.

–Déjeme a mí –dijo, y llamó aparte a sus guardianes.

Éadrom había pasado varios años en la Amazonia. Los suficientes para saberse de memoria las leyendas locales sobre el padre dorado del río. Sabía lo de la montaña del metal amarillo, y sabía dónde estaba.

Sabía que había un número limitado de especialistas en terrenos, si bien era grande. También sabía que ningún profesional serio confesaría la identidad de sus clientes. Pero tenía una ventaja: sabía que la compañía había encargado ese estudio y sabía la zona a estudiar.

Junger, Harry, Classic, Loto, Johnny, Isabel, Eric y Muriel estaban en un local alquilado que disponía de centralita de teléfonos. Cada uno de ellos estaba sentado a una mesa, y tenía un listado de profesionales de terrenos delante.

–¿Sí?

–Hola, soy el secretario de la Compañía de Explotaciones Agrícolas. ¿Recuerda el estudio de la montaña amarilla en el nordeste de Mato Grosso Do Sul?

–Perdone, nunca he trabajado para esa compañía –respondió la voz de uno de esos especialistas.

Parecida conversación tuvo lugar decenas, cientos de veces durante las

siguientes horas repetida por todos ellos.

Finalmente, agotaron el listado.

Y se agotaron ellos.

–La idea era buena, pero algo ha fallado –señaló Johnny.

–Sí, quizá no existe ese informe –intervino Loto.

Éadrom estaba pensativo.

–Deberíamos mirar en el domicilio de Edson –dijo al fin.

–¿Entrar en su domicilio?

–Sí, exacto. Si mi intuición no me engaña, hay algo extraño en todo este asunto. Quizá Edson jugaba con las cartas marcadas.

–¿? –. Todos le miraron.

–Quizá. Quizá Edson jugaba en su propio bando. Quizá trataba de obtener ventaja sobre la compañía. ¿Quién puede averiguar dónde vivía?

–Yo mismo –dijo Johnny–. Hay un par de trabajadores que me deben favores.

–¿Eres de esos que los apuntan en una libretita? –bromeó Isabel.

–Bien, cuando lo sepas nos ponemos en marcha –terció Éadrom.

Al norteamericano no le costó enterarse de ese dato. Tenía contactos, y no hay nada que tres o cuatro caipirinhas no consigan. Y entonces el grupo preparó el asalto.

Edson había vivido en una zona residencial del centro de Campo Grande, en un edificio de pisos de cierta calidad. Para la incursión habían designado a Johnny, Loto e Isabel. Harry y Eric debían quedar al margen debido a su papel diplomático.

Les costó un cuarto de hora entrar sin llamar la atención, esperando a que algún vecino saliera por el portal y no se fijara mucho en quien entraba. Una vez dentro, subieron caminando por las escaleras hasta el tercer piso, que mostraba un precinto adhesivo del juzgado, y Johnny se encargó de

forzar la cerradura. Entraron. Isabel buscó el contacto general de la electricidad y luego encendieron las luces.

El piso era de unos ochenta metros cuadrados, con un salón comedor bastante amplio y tres habitaciones además de una dedicada a despacho personal.

–Yo miraré en el despacho –dijo Isabel–. Que alguien busque en el dormitorio.

Era bastante habitual encontrar informes en las mesitas de noche, y ella lo sabía. Era una de las que preferían estudiarlos metida en su cama con una buena infusión, como roibos o manzanilla. Así que Loto fue al dormitorio y Johnny lo investigó todo en general.

El despacho era un caos de papeles, pero había una serie de informes apilados en una pequeña montaña que Isabel se dedicó a mirar. También encendió el ordenador y trató, infructuosamente, de entrar en el programa, que estaba protegido por una contraseña. Tras una hora allí dentro, se convenció de que el informe no existía. Y, de existir, estaba en el ordenador, cuya contraseña desistió de adivinar. Salió y se encontró con Loto.

–¿Has encontrado algo? –le preguntó sin muchas esperanzas.

–Quizá. Había una agenda con muchos números de teléfono. Nos la llevamos. ¿Y tú?

–Nada en absoluto.

Por su parte, Johnny estaba sentado en el sofá, ojeando una revista.

–¡Vaya forma de ayudar! –le soltó Isabel.

–Según se mire –contestó, dando la vuelta a la revista para que ellas la leyeran, y señalando un anuncio, que leyó en voz alta: "Grupo especialista en análisis agrícolas. ¿Cree que su terreno puede ser mejor aprovechado? ¡Llámenos!"

El anuncio tenía una marca escrita con bolígrafo señalando el teléfono. Los tres se miraron. Johnny descolgó el teléfono. Tenía señal. Marcó el número. Al otro lado de la línea, contestó una voz de mujer.

–Hola, señor Dos Santos.

Johnny se sobresaltó. Seguramente tenían su número grabado.

–Eh, les llamo por el informe del análisis –empezó, de forma muy genérica.

–¿Algún problema? ¿No ha quedado satisfecho?

–Oh, si. Sólo quería saber –. Vaciló sin saber por dónde continuar–... si me podrían enviar una copia a una dirección de Internet.

–¿Otra copia? –. La mujer se extrañó un poco.

–Sí, es para mi compañía. Me exigen que venga de ustedes.

–Ah, si usted lo quiere... Pero tiene que dirigirse a nuestras oficinas para invalidar la cláusula de confidencialidad de su contrato, ¿recuerda? Insistió usted mucho en eso.

–Ah, claro. Mañana me paso, gracias.

Cuando colgó el aparato, una inmensa sonrisa iluminaba su rostro.

–No ha podido ser más fácil –exclamó satisfecho–. Al parecer le enviaron un informe confidencial. La compañía no debe saber nada del oro.

–Sin embargo, va a firmar un suculento contrato con el Gobierno –dijo Éadrom.

–Sí –fue una breve exclamación de Isabel, casi para sí misma.

## **23**

### **Juego sucio**

El inspector de lo criminal Joao Silvestre se había encargado de la investigación de los asesinatos del Mato Grosso. Por supuesto, cuando se supo de un segundo asesino, se le comunicó, y siguió haciendo su trabajo lo mejor que sabía. Por eso, cuando recibió la relación de las llamadas efectuadas por este segundo asesino que, además, ocupaba un lugar preeminente en la compañía, reparó en que un número de teléfono se repetía habitualmente. Una vez investigado, resultó pertenecer a la compañía para la que trabajaba, lo cual no tenía nada de extraño. Sin embargo, siendo un sicario, jefe de sicarios, el concienzudo inspector

Silvestre quiso conocer la identidad del receptor de las llamadas.

Y, para saberlo, acudió al juez solicitando una orden para hacer averiguaciones.

Quiso la suerte que estuviera de guardia el orondo e infantil juez que mantenía relaciones más que amistosas con la compañía.

–Este caso está cerrado –le soltó fríamente–. Los asesinos han sido juzgados.

–Pero es posible que haya otros delitos y otros culpables.

–Su solicitud no tiene consistencia para darle la orden. Busque indicios –le aconsejó.

El inspector salió del despacho del juez con una sensación de frustración. Se quedó en medio del pasillo con los hombros caídos, hasta que vio la indicación en un panel en la pared: "Fiscalías".

Claro, eso era, recurriría al fiscal.

Mário le recibió amablemente, pero su neutra cordialidad se convirtió rápidamente en interés cuando se enteró del motivo de la visita.

–¿Así que Dos Santos de comunicaba habitualmente con un teléfono de la compañía, siempre el mismo? –preguntó cuando el policía terminó de hablar.

–Desde un mes antes de los asesinatos, sí.

Un mes antes. Aproximadamente, la fecha que constaba en la factura de su pequeño safari de exploración con Carlos. Una coincidencia significativa.

–Venga conmigo.

Mário estaba al tanto de las 'amistosas' relaciones entre el juez de guardia y la compañía, de forma que bajaron a la cafetería de los juzgados. Buscó con la mirada y localizó a una madura mulata que estaba sentada a una mesa, disfrutando, al parecer, de un buen café y leyendo un periódico. Se acercaron.

–Sandra, ¿me permites un minuto?

La mujer levantó la vista del periódico con expresión severa.

–Mário, qué bien. Estoy descansando.

–Perdona que te moleste. Es que necesito que una hermosa jueza me firme esta orden -. Le tendió el papel que había sacado de su impresora.

–Hay jueces de guardia, para eso están.

–El que está ahora disponible resulta que no parece ser neutral en el caso que debo investigar –explicó.

–Yo no tengo la culpa. Que él te lo firme.

–No te cuesta nada –insistió el fiscal.

–Es una cuestión de orden legal. Yo no estoy todavía de guardia.

–Podemos imaginar que sí. En la orden no consta la hora.

La jueza le miró, y parecía enfadada.

–¿Cuál es la importancia del caso que justifica esta alteración del protocolo legal?

–Puede que el gobierno esté a punto de firmar un acuerdo que resultaría nefasto para la economía y la ecología del Mato Grosso Do Sul.

Sostuvo su mirada durante unos tres segundos, pero la sonrisa de Mário no se esfumó.

–De acuerdo, trae -. Le arrancó literalmente el papel de la mano, sacó un bolígrafo chapado en oro y estampó su firma y número de colegiada. Luego se lo arrojó a la cara.

–Gracias, bella dama –dijo el fiscal sonriendo.

Cuando se alejaron, el inspector Silvestre le preguntó:

–¿Siempre es así?

–Oh, no, sólo cuando está contenta –respondió con una sonrisa.

–No quisiera conocerla cuando está enfadada –soltó el policía.

–Ni los delincuentes –dijo Mário.

Era la primera hora de la jornada laboral. El fiscal y el inspector entraron juntos en la sede de la compañía y pidieron hablar con el más alto mando de la misma. Enseñaron la orden.

Un ejecutivo enfundado en un traje gris perla con una corbata a juego les recibió. Se estrecharon las manos y tomaron asiento.

-Ustedes dirán.

-Necesitamos saber a quién corresponde este número de teléfono y extensión.

-¿Y eso? -inquirió el ejecutivo.

-Es cosa nuestra.

El otro levantó su teléfono y marcó la extensión. Le contestó una voz al otro extremo de la línea:

-¿Sí?

-Soy Vasconcellos, de Relaciones Industriales. ¿Con quién hablo?

-Con Minauro, de Explotaciones Industriales de Río de Janeiro.

-¿En Río de Janeiro?

-Así es. ¿Qué desea?

Vasconcellos le pasó el teléfono al fiscal.

-Buenos días, señor...

-Minauro.

-Soy el Fiscal de lo Criminal de Campo Grande y desearía concertar una entrevista para hacerle unas preguntas.

-¿Sobre qué?

-Verá, prefiero decírselo en persona. ¿Le va bien mañana por la tarde, sobre las cinco?

-A esa hora suelo estar en mi casa, pero les esperaré en mi oficina.

–Se lo agradezco. Hasta mañana.

Abandonaron la compañía y el fiscal reservó para ambos un vuelo para la mañana siguiente. A continuación, la dirección les proporcionó los datos completos de la identidad de Minauro, de la sede de Río de Janeiro.

–¿Nos daría tiempo de ir al Registro Mercantil? –preguntó el inspector Silvestre.

–Sí. ¿Para qué?

–Mire, fiscal, habitualmente, cuando pasa lo que parece que está pasando con Dos Santos y ese ejecutivo, hay por medio un lucro de alguna especie. Se va a firmar un contrato millonario. Un facineroso y un encargadillo saben algo que su compañía no sabe, como eso del oro que me ha explicado. ¿Quién explotará la veta de oro cuando salga a la luz?, ¿una compañía agrícola?. ¿Qué tal tener preparada una empresa 'amiga' para subcontratarse para esa tarea?

–Tiene sentido –comentó Mário–. Vamos al Registro.

En la sección correspondiente del Registro de lo Mercantil, el fiscal y el policía se identificaron ante una guapa empleada que puso los ordenadores a su disposición, sentándose a buscar los datos solicitados, es decir, empresas donde figurasen los nombres de Edson y ese tal Minauro.

–Parece que van a tener suerte –comentó a los pocos minutos–. Aparece una "Minería El Dorado, S. L." en cuya acta fundacional aparecen los dos nombres que me han pedido, como únicos socios. La empresa tiene un capital inicial de dos mil dólares, a partes iguales entre los socios.

–Una empresa humilde, a la espera de una veta de buena suerte –comentó el fiscal–. ¿Me dará una copia?

–Sin duda.

La eficiente chica imprimió las páginas correspondientes y se las entregó.

–Con esto lavaremos un poco de sangre –comentó el inspector a la chica, agitando las páginas recién impresas.

El vuelo a Río de Janeiro comenzaba a ser una rutina más del caso. Llegaron para la hora de comer y Mário invitó al inspector Silvestre en un restaurante de bajo precio pero buena calidad. Sus viajes a Río eran frecuentes, y le gustaba aquel lugar, sobre todo por quienes lo atendían. La cocina era aceptable, a veces incluso muy buena, y no sobrecargaba el

presupuesto del contribuyente.

A las cinco menos diez estaban cerca de la sede de la compañía, y pararon para un último café antes de su entrevista.

A las cinco en punto entraron por la puerta. Les recibió un guardia jurado. No parecía haber mucha actividad a esa hora. El vigilante de seguridad les tomó los datos y les indicó el despacho del ejecutivo.

Minauro les recibió con una sonrisa a todas luces prefabricada. Todo en él daba la impresión de una impecable puesta en escena.

Les invitó a tomar asiento y él se situó tras su mesa, cruzando los dedos bajo su barbilla. Su mirada de halcón depredador contrastaba con una sonrisa inmutable.

–Ustedes dirán.

–Señor Minauro. Estamos investigando la relación de su compañía con los asesinatos de Lucía Mouto y Pedro Aluche, en Mato Grosso Do Sul. Somos el Fiscal de lo Criminal de Campo Grande y el Inspector de Crímenes encargado del caso .

–Pero el juicio ya se vio, creo.

–Así es, veo que está informado. Sin embargo, además de los asesinos juzgados y condenados, podría haber cómplices e instigadores, e incluso otros delitos. ¿Conocía usted a Edson Dos Santos y Antônio Abregu?

–No, quiero decir no mucho.

–No mucho en persona, quiere decir, porque telefónicamente se relacionó muy frecuentemente con Edson Dos Santos -. El fiscal sacó el pliego con las llamadas entre ambos y lo dejó sobre la mesa, ante el rostro de Minauro.

–Bueno, era empleado de esta compañía. Yo trabajo para ella, y es posible que me haya comunicado con él. No recuerdo especialmente a ese hombre.

–Entiendo –prosiguió el fiscal–. Entonces nos dirá la razón por la cuál invirtió mil dólares en fundar a medias con él una compañía de

explotación minera.

La sonrisa de Minauro dejó paso a una pétrea expresión de póker.

–Ah, saben eso. Bien, ese hombre me habló de que quizá en el futuro la compañía podría necesitar algo de ese tipo para su actividad en Mato Grosso.

–Sin duda, sabía usted que lo iba a necesitar, ya que invirtió mil dólares.

–No entiendo.

–El oro. Edson le habló del oro. Y decidieron sacar provecho.

–No sé de qué me habla –. Minauro mostraba una máscara de mármol en su rostro.

–Más le vale saberlo, porque ese oro fue el móvil de los crímenes. Vamos a presentar nuevos cargos por incitación al delito, asociación criminal con intención delictiva, deslealtad comercial hacia su empresa y alguna otra cosa más. Y con todo eso vamos a ir al Presidente de Brasil. A su compañía no le va a gustar nada.

Dejaron a Minauro digiriendo esa almendra amarga y salieron del edificio.

–¿Lo ha dicho en serio, lo de ir a ver al Presidente?

–Por supuesto. No vamos a dejar que haga el ridículo firmando ese contrato, ¿verdad?

–No, claro, mirándolo así...

## **24**

### **En Campo Grande, capital de Mato Grosso do Sul**

Kwapiuro no tenía mucho equipaje que hacer. Esperaba tranquilamente mirando la televisión. Ese artilugio le fascinaba, era lo más diferente a su mundo que podía imaginar y, sin embargo, era capaz de estarse horas

absorbiendo los colores y formas que se formaban en la pantalla.

El resto de los guardianes se preparaban para acompañarle en su viaje a la selva. Johnny e Isabel no. Habían decidido tener una relación. Ya no eran unos jovencitos idealistas: ahora eran auténticos activistas idealistas, y querían vivir una nueva experiencia. También tenían proyectos para colaborar con sus organizaciones. Y Harry y Eric, la misión diplomática de un pequeño país, pero con importancia estratégica en los intereses de Occidente, se prepararon para tomar un vuelo que les dejaría, tras alguna que otra escala, en Barcelona.

José había solicitado unos días libres. Deseaba someter a la doctora Laura a una investigación exhaustiva, usando todas sus habilidades. Quizá le llevase varios años. Pero empezaría con esos pocos días. Quería averiguar sus gustos, sus esperanzas, sus sueños, y eso iba a ser una tarea entretenida.

Dejaría al grupo en el límite de la jungla y se dirigiría al hospital.

La campaña llevada a cabo por Human Rights Watch ante el Alto Comisionado, junto con las manifestaciones de protesta y la recogida de firmas en Internet, todo ello apoyado por la acusación a la compañía y a Minauro llevada a cabo por la Fiscalía, consiguieron detener la firma del contrato millonario con la Presidencia de Brasil y la creación de una Comisión Parlamentaria de Control Ambiental.

Minauro, el ejecutivo de la compañía, fue encontrado culpable de incitación al asesinato, agrupación con intención criminal y complicidad con los asesinatos anteriormente juzgados.

–Bien, cuando quiera –dijo Éadrom–. Nosotros ya estamos.

Había solicitado un vehículo más amplio que su coche particular así que todos montaron en un Gran Cherokee y José condujo hasta salir del núcleo urbano.

Éadrom, Junger, Classic, Loto y Kwapiuro descendieron del Gran Cherokee de la Fiscalía que José había sonsacado a una simpática auxiliar en los límites del mundo 'civilizado' (ese en el cuál uno no es nadie sin un celular y está totalmente perdido sin tener televisión) y vieron cómo el vehículo

se alejaba de allí.

Cuando ya no se escuchaba el motor, otros sonidos substituyeron a éste: trinos de pájaros hermosos, murmullos en la maleza de procedencia ignota, voces de animales...

De pronto Kwapiuro se sintió de nuevo libre. Sintió la humedad del aire, los aromas de las plantas, la sensación de su ser interno. Entonces se dió cuenta de lo perdido que había estado en ese mundo extraño.

Sin su tribu. Pero ahora tenía otros amigos. Otra tribu, más pequeña, pero igual de querida y valiente. Esos eran los nuevos tiempos de cosas nuevas que el jefe Onti le había anunciado.

"Nunca te pierdes a ti mismo, sólo te ves en otros rostros y en otras situaciones". La voz antigua que el jefe Onti le había enseñado a escuchar se oyó con toda claridad dentro de sí.

"Hablo con el hombre que siempre va conmigo..." le había dicho Ernesto un día, cuando intercambiaron experiencias durante su estancia en la prisión donde les protegían. Era un verso de un poeta. Le parecía un verso muy sabio.

El grupo de Éadrom acampó al atardecer. Allí no había claros donde hacerlo, la vegetación era muy espesa. Habían tenido que prescindir de la ropa interior, y la exterior estaba empapada de sudor. Comprendieron por qué los habitantes de la jungla iban siempre como iban...

–Los animales no llevan ropa –les dijo.

Loto le miró desconcertada.

–No pretenderás que nos desnudemos...

\_ No. Haced lo que queráis –contestó el kaiowá.

Finalmente, adaptaron su ropa para tapar sus partes más íntimas, y prescindieron del resto. Otra capa de 'civilización' que debían dejar atrás. Aprendieron que el pudor y el respeto no está en el exterior, sino en el interior.

Otra lección que el grupo de Éadrom recibió, en su inmersión en la naturaleza.

Por las noches, mientras los demás se turnaban para hacer guardias, Kwapiuro se alejaba unos metros y se sentaba en silencio. Allí se concentraba en su tribu, enviando su espíritu a encontrarse con los suyos.

El jefe Onti, viejo hombre espíritu de su tribu, había estado huyendo junto a lo que quedaba de ella. Huyendo del destino.

Los sicarios asesinos sólo eran el síntoma de la enfermedad. Pero no se puede huir eternamente del ritmo de la vida. Incluso la degradación de la Tierra entraba en ese ciclo. Nacimiento, muerte, esfuerzo, lucha, destrucción y renovación. Presas y depredadores, dos caras de la vida.

Esa mañana había despertado con el sonido de la cascada que les protegía. Los ecos del valle oculto, las voces de los animales que allí se habían refugiado durante millones de años, desde que el cataclismo creó el gran valle. Escondido entre una maleza impenetrable, resguardado por la cascada que les nutría de agua. Y había comprendido que el cataclismo fue bueno para la vida. Y que la destrucción de su mundo anunciaba un mundo nuevo.

Ahora quedaba proteger a los suyos lo mejor posible.

Kwapiuro estaba en camino hacia allí, sus visiones se lo anunciaban. Venía con nuevos guardianes, de ese mundo nuevo al que deberían acostumbrarse. Se lo avisó a los suyos: 'Kwapiuro viene'.

## **25**

### **En Barcelona**

Eric descendió del avión junto con Harry detrás de otros pasajeros, y se encaminaron hacia la salida de llegadas internacionales.

Se sentía extraño. Volvía a un lugar donde había sido perseguido por la policía, internado en un CIE sin haber cometido otro delito que el de

intentar sobrevivir al hambre. Le habían quitado la mercancía muchas veces, perdiendo sus ganancias escasas y dejando a su familia sin comer, resistiendo sólo con lo que Madeleine conseguía pidiendo limosna. ¡Limosna! La sola palabra le humillaba.

Le habían insultado personas de mente estrecha e ideas radicales. Le habían regateado el precio de sus artículos, hasta que, forzado por la necesidad, los había malvendido. Le habían pedido dar sus servicios sexuales mujeres maduras que daban por hecho que él no podía negarse. Había corrido delante de las patrullas, escondiéndose con el bulto de sus bolsos en esquinas, paradas de metro, callejones, intentando salvar la comida de su familia.

Y ahora descendía de un gran avión con pasaporte y un visado diplomático junto a un cónsul, y todos le trataban como si fuera importante.

Y él era el mismo. Nada había cambiado en él.

Levantó la vista y sintió un vuelco en el corazón cuando vio a Madeleine agitando los brazos, al lado de Salva. Se apresuró entre la multitud que se apiñaba para salir y, como muchos de ellos, se abrazó a su esposa y la besó, con lágrimas en los ojos.

–Ya estamos juntos –murmuró ella.

Salva les llevó con David, su hijo. Durante la ausencia de Eric el consulado, a instancias de Harry, había tramitado los permisos de residencia de la familia. Había una multa por venta ilegal de marcas copiadas. Afortunadamente, no habían sido bolsos falsificados, sino copiados, y eso sólo era una falta administrativa que se había podido subsanar. Además, como trabajador ayudante del cónsul honorario, Harry, había recibido también su documentación de residencia permanente.

Le parecía mentira a Eric que esa falta que tan fácilmente se había resuelto gracias a la ayuda de Harry, a otros compatriotas suyos les costaba la expulsión sin poder ver siquiera a su familia.

A la mañana siguiente, Eric se presentó en el consulado.

Harry estaba en su despacho, pero salió y le estrechó la mano.

-Bien, Eric. ¿Y ahora qué deseas hacer?

-No entiendo. ¿Quiere despedirme?

-¡Oh, no! -. Harry rió-. No es eso. Pero ahora ya tienes tus permisos y los de tu familia. Quizá desearías hacer otra cosa que trabajar aquí.

-Estoy a gusto en el consulado -. Eric le miraba. Sabía que quería decirle algo, pero no se le ocurría lo que pudiera ser.

-He hablado con el Embajador, en Madrid. No tenemos mucho presupuesto, pero he pensado que podríamos ponernos en contacto con los africanos que llegan hasta aquí y malviven como lo hacías tú, y ver qué se puede hacer para ayudarles. No podemos dar trabajo a todos, pero usaré mis influencias para hacer lo que se pueda. ¿Querrías ayudarme?

Eric sintió una gran alegría. Él no sería un privilegiado con suerte, sino un protector de los suyos.

-¡Claro, Harry!, ies una gran idea!

Cuando se lo contó a Madeleine, ella insistió en ayudar como fuera. Estaba buscando trabajo, pero de todas formas usaría su tiempo libre.

Miguel salió del edificio histórico de la facultad y entró en El Estudiantil, una cafetería con una gran terraza. En sus días afortunados había sido la única, típico lugar de coqueo de los estudiantes, pero ahora tenía una abundante competencia con otras cervecerías, uno de los pocos negocios que en el centro de Barcelona estaban asegurados.

Sus colegas estaban allí. Pidió unas cervezas para todos, y sacó uno de esos billetes con los que solía invitar. Pocos de sus colegas eran estudiantes. Algunos eran 'skaters' con gorras de beisbol. Otros traficaban con marihuana.

Miguel era buen estudiante, pero echaba en falta a sus cuates de México, y a su familia, y se había buscado un grupo. No eran una banda, pero tampoco eran buenos estudiantes.

El mosso de esquadra entró y se dirigió directamente a uno de ellos. Otra policía vigilaba con la mano en el mango de su porra.

-Tú, carnet.

El chico se vio sorprendido. Y se asustó. Trató de buscar su documentación, pero se le cayó al suelo. La recogió.

-A ver, ¿qué llevas en los bolsillos?

Al muchacho se le pasó por la cabeza decirle que eso era asunto suyo, pero el policía le agarró y le sacó de mala manera a la calle. Los que estaban en la terraza del local se alteraron.

Miguel y el resto se quedaron sentados. Sabían lo que buscaba el policía. Aquel era el que pasaba la droga en la Universidad. Si tenían suerte, sólo le detendrían a él.

Josep, el mentor de Miguel en Barcelona, amigo de Oscar, el que había ayudado al cura Ernesto, entró en la cafetería y sacó a Miguel cogiéndolo suavemente del hombro.

-Vámonos de aquí.

En la acera, los mossos estaban cacheando a su colega. Llegó otra patrulla y entró en el local.

-¿No podemos ayudarles?

-Ahora no. Luego. Es un camello, y tú lo sabías. ¿Por qué vas con él?

-¡Es amigo mío!

-No es amigo. Se bebe las cervezas que tú pagas. Te busca problemas. Acabarás suspendiendo y echando a perder tu oportunidad. Esas oportunidades sólo se presentan una vez. Es una advertencia y va en serio.

-Vale, vale, men. Lo he pillado -. Luego le miró, como si fuera la primera vez que lo veía-. ¿Avisaste tú a la poli?

-Sí. Soy tu ángel guardián, y eso incluye avisar a la poli. Además, tengo un amigo que quiere hablar contigo. Ahora.

El rostro de Josep era impenetrable. No pudo distinguir en él ninguna emoción, pero sí una intensidad que le asustó un poco.

Le metió en un coche y se montó en el asiento del conductor. Arrancó y entró en el tráfico de la Gran Vía, que era intenso a esa hora.

Se desvió por una calle lateral y llegaron frente a un edificio como los demás. Salieron del auto y Josep le indicó un portal. Miguel se fijó en el escudo tras la vidriera.

Subieron y llamaron a un timbre.

Un hombre africano les abrió.

–Soy Josep, Harry me está esperando, y al trasto éste.

El africano sonrió.

–Sí, esperábamos al trasto –. Le tendió la mano a ambos.

Un hombre canoso, con perilla bien cuidada y vestido con un traje impecable les recibió inmediatamente, con gran afabilidad. Miguel se sintió atemorizado. Era evidente que estaban en un lugar oficial de algún tipo, y ese hombre era el jefe.

El hombre se encargó de despejar sus dudas:

–Soy Harry Jameson, cónsul honorario de la República de... –. Miguel sintió un nudo en el estómago al escuchar el cargo de ese hombre–, y deseo pedir tu ayuda.

Madeleine entró en el despacho, tras llamar con los nudillos.

–Ella es Madeleine. Quien os ha abierto la puerta es Eric, su esposo, y empleado del consulado. Somos amigos del sacerdote Ernesto.

Los ojos del chico se abrieron como platos:

–¡Ernesto! ¿Está bien?

–Sí, perfectamente. Por cierto, buena intervención lo de Amnistía

Internacional.

Miguel se puso colorado.

–Es lo que pude hacer por él.

–Pues sirvió de mucha ayuda. La campaña y las manifestaciones fueron fundamentales. Por eso hemos pensado en pedir tu colaboración. Parece que tras las clases te queda tiempo libre –. Miguel percibió la ironía del cónsul–. Y el Consulado está pensando en iniciar una campaña de ayuda a las escuelas de Chiapas, en tu país. ¿Crees que podrías adaptarte a seguir tu carrera en la UNAM de México?

–¿Y volver con mis padres? –. El chico soltó una exclamación que fue casi un grito.

–Sí, claro. ¿Te atreves a hacerle frente a Don Cabañas? Nosotros te ayudaríamos. Hemos usado algunas influencias para que te deje en paz. Podrías volver con los tuyos, vivir en el Distrito Federal y visitar a tu familia. ¿Te sientes preparado para volver a tu ambiente sin dejarte corromper? Creo que podrías hacer una gran labor allí.

Aquello era un sueño hecho realidad.

–¡Claro! –respondió rotundamente.

## **26**

### **Volver a los orígenes**

Y así, volviendo a los orígenes es como concluyen las cosas. Se cierran los ciclos, se cumplen las estaciones de la vida. Se nace, se vive, se muere, y todo prosigue. Cambia el clima, se funden los polos, hace calor en invierno y frío en las noches de verano. Los kaiowás aprenden portugués, y los americanos guaraní.

El jefe Onti se levantó temprano y saludó al viento que le traía los saludos de sus antepasados.

Sacó su pipa de la bolsa de hombre espíritu y unas hojas secas de hierbas aromáticas de la jungla y las metió dentro. Las encendió con un palito de la hoguera maestra de la casa comunal y aspiró un par de bocanadas con satisfacción.

A su alrededor la vida bullía. Desde el centro del poblado se podía escuchar las voces de diversas especies animales.

De repente, en los árboles del lindero, los monos chillaron y saltaron de rama en rama.

Una figura delgada y ágil caminaba hacia él. Vestía una mezcla de su indumentaria nativa y ropas del mundo extraño. Llevaba un macuto de tela colgando, y su collar de hombre espíritu rodeaba su cuello.

'Kwapiuro ha vuelto'

Algunos ya empezaban a rodearle y saludarle efusivamente, y él les correspondía. Se oyeron las señales dando la noticia a toda la tribu, y pronto todos le rodearon, pero él prosiguió su camino hacia el Jefe Onti, saludando y sonriendo.

Cuando llegó frente al jefe Onti, saludó ceremonialmente:

–El relator especial ya sabe de nosotros y nuestro problema. Los hermanos guardianes del mundo ya saben de nosotros y nuestro problema. Algunos esperan en los límites de la Tierra Prohibida. Quieren aprender de nosotros.

–El camino de la Tierra prosigue, pues –respondió el Jefe Onti–. Todo se cumplirá. Yo te saludo, hombre espíritu de la tribu.

Onti se sacó los atributos de jefe y se los entregó al joven Kwapiuro. Luego, dio media vuelta y se metió en la casa comunal, dejándole allí, rodeado de su tribu, de la que era jefe.

El Jefe Kwapiuro.



Agradecimientos:

En primer lugar, agradezco a mi esposa Chelo su ternura y paciencia sin las cuales no tendría ánimos para nada.

Y a Francisco Valera, cuya labor de apoyo en Internet ha sido vital, a través de sus innumerables páginas y blogs.

Agradezco a Alberto Rodríguez su ingente esfuerzo de documentación a través de libros como El Narco, de Ioan Grillo.

Y a todas las personas quienes publicaban en Internet documentación sobre el tema nativo, mientras escribía esta novela, la mitad de cuyos beneficios he prometido a una simpática militante de Amnistía Internacional.